

Memorias de la Maldad

Memorias de la Maldad

Emilato

El mundo no está amenazado
por las malas personas
sino por aquellos
que permiten la maldad.

Albert Einstein

Prólogo.

La noche proyectaba lúgubres sombras sobre los depósitos de basura cuando una figura encorvada se movía sigilosa por la plataforma del mercado, llevaba en su regazo un envoltijo con mantas multicolores y lo abrigaba con esmero para que el frío nocturno no afectara el contenido. Cuando pasa cerca de una farola un leve rayo de luz ilumina los ojos de aquella persona misteriosa; las escurridizas y asustadas pupilas giran en todas las direcciones y revelan el miedo de ser descubierta. Se detiene, por un instante, frente al recipiente sucio y descolorido, y creyendo que nadie le observa coloca el fardo sobre el cúmulo de bazofia. El bulto parece reacomodarse, sin embargo permanece inactivo. El sujeto antes de alejarse le brinda unas suaves y delicadas palmadas, y corre a esconderse detrás de un tapial de una casa en ruinas. Allí permanece acucillado, tiritando de frío, esperando que los carros recolectores vengan, al despuntar el día, a vaciar toda la porquería de los recipientes y con ella se lleven el envoltorio. A ratos se queda dormido y cada vez que abre los ojos mira subrepticamente hacia el tacho con la esperanza que aún siga el paquete en ese lugar.

Muy temprano en la mañana escucha el ruido de los camiones y se despabila para vigilar atentamente el trabajo. Su corazón palpita aceleradamente y teme que su pecho no aguante las enérgicas vibraciones. Respira profundamente esperando encontrar alivio y sosiego pa-

ra su alma; su mente, completamente aturdida, cavila una y otra vez en el momento que tomó la fatal decisión. Con sus ojos sanguinolentos observa como el conductor, ante el llamado urgente de su ayudante, se apea del vehículo y juntos, con aire de investigadores, caminan en dirección del basural. En un primer momento, sus rostros pálidos, reflejan sorpresa, luego muestran inquietud y terminan indignándose y lanzando algunas cuántas y gruesas palabrotas. La figura detrás del tapial ha desaparecido.

Los trabajadores recogen el envoltorio y retiran con cautela las mantas que envuelven al ser que lo cubija. Es una bella niña que abre sus brillantes ojos cuando su rostro se muestra a los desconocidos. Es tan tierna, de apenas uno o dos días de nacida.

La maldad.

¿De dónde proviene la maldad en las personas? ¿Esta condición es connatural sólo de los Seres Humanos? ¿Es un comportamiento que le pertenece exclusivamente a la humanidad? ¿Es una conducta racional? ¿Los animales son malévolos? Pero, ¿qué es la maldad? ¿Será acaso lo que perjudica a las otras personas? ¿Debe incluirse a los animales? ¿Y, a las cosas? ¿Se puede lavar una maldad con otra maldad?

A éstas, y miles de preguntas más que se nos puedan ocurrir, no creo que logremos responder a la pregunta fundamental: ¿Qué es la maldad?

En la alegoría del inicio del “pecado” cometido por los Seres Humanos y relatada en el libro sagrado de los creyentes: La Biblia, se indica que el primer hombre comete desobediencia al ser que los crea, y llevado por este comportamiento arbitrario —libre— toma y come la fruta del “Bien y del Mal”. Producto del no sometimiento a la disposición del creador le lleva, al hombre, a disfrutar de un fruto que le hace distinguir entre lo Bueno y lo Malo. Entonces, me pregunto: ¿Es contrario a los designios divinos que el hombre conozca qué está bien y qué está mal? Siendo que aún no diferenciaba las dos situaciones, ¿qué le llevó a desobedecer? Es decir, a realizar un acto contrario a lo ordenado por su dios. ¿Estaba ya en el interior del hombre proceder de acuerdo con lo que él creyere más conveniente para sus intereses? ¿Entonces el hombre fue creado con esa condición? ¿Su liber-

tad? Si ya poseía esa condición, ¿por qué se le impide comer un fruto...?

Dicen, los creyentes, que el *Libre Albedrío* le llevó desobedecer al creador. Y esta cualidad le fue dada en el momento de haber sido creado. Si mi libertad me dice que mejor es caminar por este camino y no por el otro, ¿por qué tengo que seguir aquel sendero que otro me señale? ¿Será por las consecuencias que devendrían por caminar por uno u otro pasaje? ¿Serán las Leyes las que me permiten o me prohíben? ¿Cómo saber las consecuencias que devienen si nunca hemos andado por esos senderos? ¿Quién transgrede las leyes es malo? ¿Si las leyes son contrarias al bienestar de la gente, debemos cumplirlas a sabiendas que nos causara desdicha? Muchos dicen que las leyes no siempre son justas, pero debemos cumplirlas... pues, el incumplimiento nos llevará a soportar penas (injustas) pero legales y establecidas, redundando, en esas mismas leyes.

Veamos. En el campo de las acciones del hombre, si estamos en una sociedad *civilizada*, encontraremos que pueden existir actitudes buenas y malas. ¿Habrá las que estén en el medio de las dos? Sí. La relatividad de un acto dependerá de quién sea objeto de esa actividad. De cómo juzgue la acción recibida. Sin embargo, en este campo de análisis no deseo considerar la intencionalidad del por qué fueron realizadas. Pues, sería juzgar a las personas y, considero, caería en un terreno de la subjetividad —¿religioso?— Y no de un pensamiento concreto, pero libre. La objetividad de un hecho, a la luz

de todos los hombres, puede ser calificado de bueno o de malo. ¿Qué hace que un hecho los tengamos por malo y por qué lo apreciamos como bueno? ¿Nuestra moral? ¿Nuestras costumbres? ¿Las enseñanzas? ¿El adoc-trinamiento? ¿Los prejuicios? ¿Serán acaso las leyes?

Una sociedad civilizada está establecida por leyes y son ellas las que nos dan el ordenamiento dentro de un grupo social. ¿Cierto? Estas rigen nuestro comportamiento y nos hacen ver como individuos ajustados — *seres normales*— a esas normas o reglamentos. Cuando nos salimos de ellas las mismas leyes nos castigan. Las leyes tiene esa particularidad intrínseca, pues, sólo si actuamos dentro de ellas seremos aceptados como personas sociales. Si no acatamos las leyes seremos conceptuados con antisociales con el castigo correspondiente. Y esa actitud que tomemos —libertad— será condenada por quienes tiene el poder de hacérnosla cumplir. Seremos juzgados, y no necesariamente podemos haber causado un mal o perjudicado a nadie. Nuestro juzgamiento será por no haber acatado el ordenamiento establecido.

Harto conocido es que las leyes son impuestas por el más fuerte. Y él lo hace con el propósito de mantener su poder y el dominio de sus vencidos. En caso de que alguien intente revelarse sufrirá el castigo que él —ellos: el poder— mismo ha establecido en sus leyes. Entonces, no hay manera de librarnos de ese yugo. O estás dentro de él: sometido a sus imposiciones, o te liberas del sistema y te expones a la condena de actuar fuera de

él. ¿Verdad? Pero lleguemos sólo hasta aquí. Empezar a elucubrar más allá de estos límites me llevaría a perderme en la inmensidad de lo que la mente es capaz de hacer...

Pues bien. Hagamos un pequeño y somero análisis de estas circunstancias. En primer término pensemos en un gran campo donde están alojadas todas las acciones de los hombres. En ese campo están las buenas acciones y las peores maldades que el hombre ha cometido (comete y cometerá). Todas. ¿Existirá un campo tan vasto que contenga todas las acciones realizadas del hombre? Pues, si el Universo es casi infinito y la Tierra es tan sólo un granito dentro del amplio espacio, pues creo que, sí. Entonces, esas acciones pueden estar dentro de la legalidad y la justicia. Introduzco el término de lo justo, pues, es una calificación primaria de una acción humana. Teniendo estos dos conceptos: legalidad y justicia, podemos ir clasificando los hechos de los hombres. Uno: Legales y justos. Dos: Legales e injustos; tres: Ilegales y justos; y, cuatro: Ilegales e injustos. ¿Les parece bien? No sé cuál de los cuatro es el más importante, por tanto, obviemos el orden en que los he anotado. ¿Vale?

Si pensamos en la historia del hombre veremos que, en su inicio, cualquiera que este fuera, el hombre se ordenó o dirigió sus comportamientos en base de la convivencia natural. Las únicas leyes que conocía eran las *leyes naturales*, inexplicables de su funcionamiento para su incipiente desarrollo cerebral —¿Hemos alcan-

zado un desarrollo total de nuestras capacidades mentales?— que consideró fueron impuestas por los dioses o divinidades celestiales habitantes fuera de este mundo. El Sol aparece por el mismo sitio todos los días y se oculta en el lado opuesto luego de un tiempo. La luna se asoma cuando el sol se oculta; una piedra cae al soltarse de la mano; de una semilla enterrada brota una planta y de las plantas las flores y de ellas los frutos; que si no llueve las semillas y las plantas mueren, que los animales mueren y hieden al dejarlos al sol, que sus padres y amigos mueren y que se los debe colocar bajo la tierra, que el agua de los ríos corre hacia abajo, que moja las riberas y crecen los árboles; en fin. ¿Cómo fueron sus leyes? Las que imponía el más fuerte, el jefe de la tribu... Era su plena voluntad lo que dominaba a los otros miembros. ¿Siempre lo hizo para proteger a su clan? ¿No se benefició de su fuerza para aprovecharse en favor propio? Supongo que sí. Los mejores bocados, la primera bebida y las mejores mujeres... Un convivir sin leyes generales. Puede ser. ¿Justas? ¿Injustas? La justicia, considero, estuvo en lo que solamente el jefe quería brindar. Nada más. ¿Los actos de los miembros de la tribu eran ilegales o legales? Ninguno de los dos. No había leyes. Se imponía la voluntad del más fuerte ¿No será hoy igual? ¿Y las condenas? Las que el jefe quería imponer. Esta zona del campo, es la “alegal”. Sin leyes. No considero que la pueda calificar de ilegal, porque, entiendo que este término, sería para conceptualizar accio-

nes fuera de una ley. Y sin ley no puede haber ilegalidad.

Cuando las comunidades empiezan su desarrollo ven que se requiere de un ordenamiento, de ciertas normas que rijan el comportamiento de las personas. Supongo que, a un inicio, fueron reglamentos verbales dictados por el jefe o el grupo de líderes —los ancianos o el matriarcado— que eran acatados por los miembros para su propio bien. El no sometimiento a las mismas, entiendo, estaba regulado por castigos. La comarca o directamente sus cabecillas juzgaban el acto y dictaminaban la sentencia. La legalidad empieza a desarrollarse y los actos se vuelven legales e ilegales.

Con el desarrollo de la escritura se plasma en signos lo que el pueblo debe obedecer. Lo escrito era la ley. Y esas leyes estaban escritas en barro o piedra. Imborrables. Se hacía lo que estaba escrito, y no había alternativa de cambio, por más que haya variaciones en las costumbres... Era la ley. Y la ley no permitía los cambios. Así sean justos...

Pero, no todo lo legal es justo. Y tampoco se debería interpretar que la legalidad es justicia. ¿Dónde imperan las leyes brilla la justicia? Las leyes que dictaminan quienes están en la cúspide de la pirámide social querrán hacerlas justas, pero ante todo, las hacen pensando en mantener su dominio sobre las demás clases dentro del triángulo. Sobre esto, me viene a la mente el cuento de Maquel, en el cual, teniendo hambre se acerca a un huerto ajeno y recoge algunas manzanas; el dueño

demanda que se las pague pues, indica, le pertenece el terreno y él, Maquel, alega, que a él le pertenece el hambre. La legalidad de la propiedad se contrapone con la justicia de todos los individuos de saciar su hambre.

Las acciones del hombre son dialécticas y van cambiando con el discurrir del tiempo. Por tanto, muchos actos antes injustos se van volviendo justos y, por tanto, deben irse introduciendo en las leyes. No hacerlo, las leyes se convierten en retrógradas y anacrónicas. Y eso es justamente lo que califica el desarrollo de una sociedad: la inclusión de más acciones que realizan los hombres en las leyes y que son consideradas justas. ¿Cuál es el límite que se debe alcanzar? No hay fronteras; el universo de las acciones de los hombres se va incrementando paulatinamente con la evolución y con el progreso de la vida.

¿En la legalidad hay injusticia? Si hay intencionalidad en hacerlas así, existe. Cuando las autoridades de una sociedad se imponen por la fuerza, harán que en las leyes —supuestamente para mantener el orden— contemplen muchos actos, incluido los nobles de la liberación, sean condenados. Es decir, la injusticia estará legalizada. Todos los actos que vayan en esa dirección, queriendo que se reconozcan esos derechos serán ilegales y, por tanto, legalmente se cometerán las más graves injusticias. En esta zona es en el cual se han cometido los más horrendo crímenes contra el Ser Humano. Los tiranos han legislado de forma que muchos de los actos de una sociedad estén restringidos, vedados. Los grupos

rebeldes al querer *conquistar* esos derechos se los califica de ilegales, y por ilegales, malos, y por tanto, califican de legal hacer uso de la fuerza bélica para combatirlos y aniquilarlos.

Lo anterior nos lleva a pensar si en la ilegalidad hay justicia. Esto se puede observar cuando ciertos grupos excluidos de una sociedad pretenden que sus derechos se incluyan dentro de una ley. En una sociedad incluyente buscará que los derechos de muchas persona, antes con un accionar *ilegal*, sean considerados legales. Por ejemplo: los grupos, invisibilizados de una sociedad, como los GLBTI reclaman que sus derechos sean incluidos en las leyes; derechos que sí protege a los otros. ¿Por qué a unos, no; y a otros, sí? ¿Injusticia?

Entonces, creo: para que una ley sea justa debería incluir los más diversos derechos de todas las personas de una sociedad, no excluyendo a nadie, y sin que exista privilegios de los unos en desmedro de los otros. ¿Utopía?

Si en una sociedad existen leyes que no incluyan a todos y que, además, privilegie a una casta, entonces muchas de las actuaciones de sus miembros será ilegal e injusta. La rebelión y la guerra civil serán inminentes... ¿Cuándo? Cuando las conciencias se iluminen, aunque sea con un atisbo de luz, y los hombres logren ver, claramente, la injusticia incluida en las leyes que les domina.

Y me preguntarán, todo esto qué tiene que ver con la maldad. Pues bien. Hemos dicho que un acto

puede ser considerado como legal pero injusto, si tal hecho se ha producido ¿diremos que hemos cometido una maldad? Por ejemplo: Las herencias se repartirán de acuerdo con las leyes, pero, si no hacemos justicia con la sociedad, ¿será malo?

También hemos visto que podemos actuar dentro de la ilegalidad pero con justicia, ¿será eso una maldad? Ejemplo: Nos apropiamos de un bien (calificado dentro de las leyes como robo, o sea: ilegal); pero, hacemos justicia al repartir el bien a los necesitados, ¿será malo?

Si, además, es un acto ilegal e injusto, ¿el hecho podrá calificarse de malo? Ejemplo: Invado propiedad privada, penado por la leyes, y destruyo los cultivos sembrados. Mi lógica racional me dice que estoy haciendo algo malo. Pero si introduzco un tercer elemento, por ejemplo, estoy huyendo para que no me maten, ¿será malo?

He dejado al último: lo legal y justo. Al parecer, en este campo, no se cometen maldades. Pues, a la verdad, también aquí viven las maldades. ¿Ejemplo? Los creyentes deben perdonarme por lo que voy a decir: Su líder fue condenado dentro de la legalidad y, cuando hubo la ocasión de ser liberado, fue cambiado por otro, por un rebelde contumaz: Barrabás. Fue un acto de justicia. ¿Hubo maldad al ser liberado el delincuente? ¿Hubo maldad en la sentencia de la muerte de su líder?

En todos los campos revisados vemos que los hechos que realizamos pueden ser considerados como buenos o como malos; la intencionalidad que está en

nuestro interior y, nadie o muy pocos pueden intuir, es la clave para conceptuar un acto de maldad. No puedo, ni me atrevo, a dar una conclusión. El Ser Humano desde sus inicios, sin importar cómo mismo venimos al mundo, está plagado de actos de maldad. Sin embargo, la humanidad, a pesar de todo ello, sigue con vida. ¿Hasta cuándo? ¿Será que su condición natural de cometer actos que hacen daño y perjudican al hombre, a los animales y a las cosas perdurará para siempre? ¿Será esta condición la que nos lleve a su destrucción?

PARTE I

Los inicios.

Pues bien. Imaginemos al primer hombre tentado a cometer su *primera* desobediencia. Todo lo que había hecho en su mundo, hasta ese momento, estaba correcto; es decir, como nadie le había prohibido nada entendió que todo estaba bien. ¿Todo lo que había hecho estuvo *bien*? No importa, él aún no sabía. Sólo sabía que no debía cometer esa fruta. Su mente se preguntaba qué pasaría si come del fruto prohibido; lo único claro para él es que su creador le ha dicho que no lo haga. Más no sabe por qué lo ha prohibido. No sabe nada. Sólo ve la fruta. Y ahí está la fruta apetitosa, provocándole para que se la coma. Pero, un momento, un momentito... ¡Dejemos al Hijo de la Serpiente fuera de este escenario, por un rato!

Sigamos: Su mente cavila y mira al fruto en un árbol que le han dicho es del Bien y del Mal. Sin embargo, cómo aún no ha probado bocado no sabe qué es desobedecer —la desobediencia, ¿es mala?—. No sabe que el desobedecer es malo o es bueno. A pesar de que tiene miles de frutas jugosas y apetitosas a su alrededor, la que le provoca es la del árbol del Bien y del Mal. ¿Qué le lleva en su interior a comerse esa fruta? ¿Su libre albedrío? ¿La Libertad? Si la libertad es una condición que debemos poseer todas las personas, entonces se entiende que es “buena” que hagamos uso de ella. ¿Lo

contrario, entonces, es malo? Ahora bien: Comer pescado nos alimenta, por lo tanto, comerlos debe ser bueno para todos. ¿Será bueno para el pez?

Sigamos con nuestro amigo. Él ve la fruta y *siente* que la fruta puede ser muy buena para su espíritu — ¿Espíritu? ¿Sabe él diferenciar entre lo material y lo espiritual?— o simplemente nota su estómago vacío y desea comerse. Dentro de un cavilar racional es natural pensar que la prohibición le fue dada porque la fruta contenía en su interior algo que le podría causar algún daño. Claro, la semana anterior se zampó una talega de uvas guardadas y el efecto no fue nada desagradable... También, por experiencia, entendía que algunas frutas del campo no eran buenas para la vida: había visto desfallecer a muchos animales; entonces, cabe pensar que él conocía de algunas que podrían ser venenosas y que al tragarse podrían causarle la muerte. ¿La muerte? No. Esa fruta estaba madurando en otro árbol cercano: La del Árbol de la Vida. Entonces, él sabía con certeza que esta fruta no le causaría la muerte. Claro sólo a él, ya que muchos animalitos murieron antes que él sin que se pudiera hacer nada por evitarlo. Pero él es ignorante de las cosas que suceden...

Sin saber las consecuencias, arranca una fruta del árbol y se la come. Y ¡zas! Sus ojos se abren y empieza a comprender qué es el Bien y qué es el Mal. Me imagino una escena similar a cuando me despierto en las mañanas y miro a la ventana: Si brilla es porque ha llegado otro día; y si la veo oscura, pues, todavía no ha

amanecido. Entonces, empieza a comprender que la muerte es mala —antes no era mala, era natural— cuando ésta ha sido provocada por otro animal abusivo; que es malo que algún animal mejor dotado de fortaleza física se aproveche del alimento del más débil; considera malo que las plantas crezcan demasiado y que oculten al sol que los abriga. Empieza su raciocinio e inicia su confusión...

Con el estómago lleno del fruto del Bien y del Mal percibe el sentimiento protector de las madres al cuidar a sus cachorros de otras fieras, y dice: esto es bueno; mira las aguas correr por los prados y las flores crecer en sus orillas, y comenta que las aguas son una bendición para la vida, y enseguida dice: esto, también, es bueno. Y así va calificando todos los acontecimientos que se desenvuelven a su entorno. Desde su perspectiva. Y todo lo hace en el día, cuando el sol clarea los campos y el verdor de las plantas brillan en rededor. Y dice lo bueno es claro, brillante, transparente. Al atardecer, cuando las sombras cubren el campo, se escuchan los gemidos de la muerte, de la caza furtiva, del atropello a las provisiones de los críos. Entonces imagina que lo malo es negro, oscuro y lleno de sombras. El bueno está en el día, y lo malo, en la noche. Así piensa en un principio...

Pero, en ciertos días, mira un astro que brilla en la noche. La Luna refleja sus pálidos rayos en el campo haciendo que las tenebrosas oscuridades se apacigüen y se logre distinguir el verdor de las plantas y la orilla del

sendero que camina. Y, claro, se parecen a las mañanas en donde las nubes han proyectado sombras grises en su ambiente.

Todo esto le desconcierta, pues observa atónito como se engordan vigorosos leones al comerse a los débiles venados. Y se alegra viendo como las plantas crecen en las orillas de los arroyos y se mueren en la desértica colina.

Siente, de pronto, sus pies descalzos y todo su cuerpo desnudo. Hace poco caminaba por abrojos y no sentía dolor... Se bañaba en los riachuelos y las refrescantes aguas eran cálidas en su cuerpo. Ahora, le lastiman los rayos ardientes del sol y se entumescen sus huesos por el frío de la noche. Desprotegido, busca refugio en las cuevas y cubre su humanidad con hojas de palmeras. ¿Serán las consecuencias de comerse la fruta? ¿Buena? ¿Mala? Se pregunta y repregunta mas no sabe la respuesta. Mira como la lluvia no causa ningún efecto en las ovejas, su pelaje es tupido y abundante y parece que cumplen en demasía con su propósito. Al observar su propia piel la percibe suave y delicada y sabe que, al menor impacto y contacto con los fenómenos naturales, le afectan haciéndole daño. Entonces busca la manera de hacerse del cuero que cubre a las ovejas. Entiende que, para procurarse de esa lanuda y abrigada piel, debe matar al animal. ¿Es Malo matar? Pero no tiene alternativa, es su vida, dice. La oveja le puede suplir de lo necesario para cubrir su cuerpo en las gélidas noches. Una vez que se ha decidido, busca por entre los

arbustos de algo filoso para cometer el crimen. Y lo encuentra. Un tronco recto y reseco. En una roca áspera rebana una punta hasta convertirla en una flecha punzante, esto, dice, posibilitará que la lanza ingrese al cuerpo del animal con facilidad; el resto del madero lo pule para que no le lastime sus manos. Listo, con su arma en posición de combate se parapeta detrás de algunos arbustos esperando el menor descuido de la oveja elegida para el sacrificio. Le llega la oportunidad y ataca. La oveja no tiene escapatoria. La lanza se le introduce en su organismo y le atraviesa sus carnes y le llega al corazón. Ha logrado su primer objetivo. El resto, conseguir su cuero, le será mucho más fácil. La muerte de la oveja resultó un acto bueno al final de cuentas... Pero él no lo sabe.

Provisto de una buena capa y calzando unas toscas sandalias emprende el camino de regreso a su cueva. La carne resecada al sol le servirá de alimento para algunos días. Está feliz. Pero escucha, a los lejos, el balar quejumbroso y lastimero de unos críos. Imagina a cuales pertenecen esos berridos. No le importa. Cuando se le acabe la provisión de carne, y los cueros empiecen a desgajarse, ya irá por otra oveja. Mejor, piensa, me proveeré de mucha carne y de varias pieles, pues, se acerca el invierno y no podré salir de mi cueva por un sinnúmero de días. Sí. Mejor, así. Y cumple con su propósito.

Antes de ese día —del día que comió la fruta del árbol del Conocimiento del Bien y del Mal—, ingresar a

la cueva era un acto cotidiano, nada extraordinario. Pasaba a su interior y se recostaba en su camastro de hojas secas de capulí. Cuando estaba lo suficientemente descansado salía para la recolección de frutas para su alimentación diaria. Pero hoy, después de haber comido semejante fruta, ya no es, nada, igual; las hojas, antes blandas y cálidas, le parecen ásperas, frías e incómodas. Nada aconsejable para su delicado y sonrosado cutis. El cuero recién obtenido de la oveja lo tiende sobre las ramas rústicas y quebradizas y se recuesta a sus anchas; imagina que ahora, su descanso, será realmente placentero.

Sin embargo, al observar al interior de la cueva vio su propia sombra proyectada en la pared del fondo. Supuso que se debía a la luz del sol que ingresaba por la entrada. No se incomodó, pero lo que ahí veía era la silueta de su propio cuerpo desnudo. Era él. Alzaba una mano y la sombra hacía otro tanto; movía una pierna y la sombra, igual. Pero se extrañó, ya que la mano que levantaba no era la misma que movía la sombra: él movía la derecha y la imagen borrosa del fondo le respondía con su mano izquierda. Igual sucedía con sus piernas. En principio todo esto era desconocido para él. Pero al rato le pareció divertido y empezó a jugar con el sujeto proyectado en la pared del fondo. Así estuvo hasta que el Sol se ocultó detrás de las colinas y su sombra desapareció. Esto le puso triste. Y rogó a su creador que volviera la imagen oscura. No obtuvo respuesta. Desdichado, y cansado del ajeteo, se recostó en su lecho y se

quedó profundamente dormido. Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras soñaba. Una sonrisa de satisfacción por haber alcanzado un lecho cálido, cómodo y acogedor, y por haber conocido qué estaba Bien y qué estaba Mal. ¿De verdad había conocido el Bien y el Mal? Escasamente las sombras...

Apenas despertó en la mañana, y abrió los ojos al nuevo amanecer, vio nuevamente su sombra proyectada en la pared del fondo. Pero, ese día, tenía otros conflictos que resolver y se pasaría fuera de la cueva hasta que el sol diera la vuelta tras las montañas. Le dijo a la sombra que no tendría tiempo de jugar con ella, que se divirtiera con las sombras de los pequeños arbustos que crecían en la entrada. Cuando salió de la caverna, la sombra no quiso quedarse a solas y salió detrás de él. Él no se dio por enterado.

Cuando bajaba por la agreste colina vio en el camino una figura muy parecida a la sombra de su cueva. Sin embargo, era diferente. Estaba a una distancia que sólo podía percibir su silueta, pero ésta no era gris y fría como la de la caverna. De ésta silueta emanaba un suave calorillo y brotaba de su cuerpo un aroma sutil de violetas; la piel era multicolor y los rayos del sol la hacían refulgir como agua en un oasis del desierto. Se la veía tan natural como a un ciervo recién nacido. Tan pura y sublime como capullo de una rosa. La figura sobrecogió el espíritu del hombre. ¿Sería que su sombra, a la luz del sol, se había convertido en tan bella imagen? Entonces, para cerciorarse de que su visión era real,

movió su mano, pero esta imagen no le respondió. Aceleró sus pasos para alcanzar a la figura. Su corazón palpitaba a mil por hora, sus neuronas se desbocaban y su boca estaba tan reseca como pozo abandonado en lo alto de la colina. En poco tiempo ya estuvo frente a ese cuerpo. No estaba seguro qué es lo que miraba, pero seguía creyendo que lo que estaba en frente suyo era la misma sombra de su caverna. Le había seguido al salir... Seguramente no quería quedarse sola. Es la luz del sol, la que me provoca esta alucinación, se repetía; la claridad del día la ha convertido en ésta bella imagen. Trato, una vez más, de que respondiera a los mismos movimientos que él hacía, pero no. No. Parecía como si esta sombra actuara movido por su propio espíritu. Se restregó los ojos, ladeo su cabeza, la volvió a mirar desde los pies hasta la cabeza, y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Son la varona... —le respondió tímidamente.

—¿Hacia dónde te diriges?

—He venido a tu encuentro.

Extendió su brazo y rozó con sus dedos la mejilla de ella. Era tan suave como los pétalos de las flores que crecían fuera de su gruta. Maravillado por esta nueva textura, pasó su mano por su propia cara y sintió una desagradable espereza, recién se dio cuenta que llevaba una cabellera larga en su mentón. Ella no tenía barba, era lampiña; pero su piel era tersa y delicada. Volvió, con sus dedos, a recorrer el rostro de la extraña y al sentir nuevamente la finura y suavidad de su piel, son-

rió. Ella hizo otro tanto. Él se sintió cohibido. ¿Vergüenza? Entonces, bajó la vista al suelo y al hacerlo observó que del pecho de ella sobresalían dos protuberancias coronadas por dos botones rosados. El hombre sorprendido de esas extrañas extremidades dio un brinco alejándose de ella. Ella no entendió el proceder del hombre. Pero cuando él se alejó miró que de la entrepierna del hombre colgaba un objeto cubierto por un denso vello. Ambos se sintieron raros y asombrados de sus cuerpos diferentes. Así estuvieron un buen tiempo: él mirando con fascinación las protuberancias del pecho, y ella, el miembro flácido suspendido en la entrepierna.

Luego de estar en esa posición ridícula el miembro del hombre empezó a ponerse rígido. Casi enseguida, por el cuerpo de él, empezó a recorrerle un agradable calorcillo; de sus manos le venían una necesidad irresistible de tocarla; y sin poderse refrenar se acercó apresuradamente y la tomó entre sus brazos. Ella intentó, sin mucha convicción, apartarse. El cuerpo de ella también ansiaba ser tocado. Algo muy extraño les estaba pasando. ¿Esta será la maldad? Ella le miró a los ojos y él, bajando la mirada, se disculpó. Entrelazados se mantuvieron quietos. Los brazos de él envolviendo el cuerpo de ella y ella acurrucada dentro de su pecho. Abrazados se introdujeron en la caverna. Sus cuerpos clamaban del deseo de tocarse y besarse. A ver el camastro, sin contener las prisas, se acostaron uno junto al otro. Ella levantó su pierna derecha hasta alcanzar la costilla del hombre lo que le permitió que su miembro erecto se

acomodara plácidamente en la entrepierna de ella. Sintió una agradable sensación. ¡Esto es el cielo! ¿Será esta la maldad? Ella movía lentamente su cintura y él trataba de llevar el mismo ritmo. En cada movimiento, en cada ida y venida, sentían una agradable sensación. De a poco los meneos se volvieron más resueltos y expeditos hasta alcanzar el éxtasis en sus estremecimientos. Sus cuerpos sudaban a raudales y los gemidos alcanzaban las fronteras de las estrellas. De pronto, todo lo que bullía dentro de él, todo el ardor, y el calor semejante al del infierno estalló y salió disparado de su miembro. El gozo de estar junto a ella, y el de ella de estar apegado a él, se disipó y todos sus miembros se fueron relajando, y cuando estuvieron completamente flácidos se separaron y lograron descansar. En el amodorramiento antes del sueño, se preguntó: ¿Esta será la maldad?

Cuando despertó ya había oscurecido. Estaba desconcertado: no sabía si fue un sueño todo lo que había ocurrido. Al ponerse de lado vio un bulto recostado en su camastro arropado con su capa. Él se encontraba desnudo. Entonces recordó lo que habían hecho y fue como si una ráfaga de luz entrara de improviso en su cueva. Su cuerpo estaba distendido y su mente lúcida, se creía feliz. Temió quitarle la capa que cubría el cuerpo de la varona y que esto la despertara. Se incorporó en su lecho y se dispuso a meditar sobre lo qué sucedería en el futuro después de tanta dicha experimentada. Estaba acostumbrado a recibir una prohibición luego de haber recibido alguna satisfacción. Miró al fondo de su cueva

esperando encontrar a la sombra. Quería contarle todo lo que le había sucedido y, más que nada, la alegría inmensa que brotó de su cuerpo cuando se conocieron en la intimidad. No obstante no la encontró; la sombra no asomaba por ningún lado; agitó violentamente sus brazos esperando en vano respuesta a su llamado. Pero nada. Decepcionado creyó que el tipo de adentro no era en verdad amigo. Un buen amigo está en las buenas y las malas, se dijo. Se incorporó y salió de la caverna. Fuera hacía un fresco que no había sentido desde hace mucho tiempo. Se desperezó alzando sus brazos al cielo. El manto negro que veía todas las noches, ahora estaba cubierto de millones de lucecitas. Todo un espectáculo. Le deslumbró tanta magnificencia y se creyó un ser tan insignificante, como había visto comportarse a una hormiga cuando sobre ella pasaba, en tropel, una manada de búfalos, en medio de tanta grandiosidad inconmensurable. Una estrella fugaz cayó violentamente muy cerca de él y provocó una llamarada gigante; la luz emanada se expandió hasta cubrir todo el campo. Tuvo temor. Vio a todos los árboles como si fuera de día y a los animales moverse despavoridos en diferentes direcciones. El también huyó del lugar y corrió a refugiarse en el interior de su caverna. El corazón le palpitaba aceleradamente, pero esta sensación era muy diferente de la que había sentido hace poco cuando se juntó con la persona que, en ese momento, ocupaba su lecho. Se recostó a su lado y el palpitar de su corazón era tan sonoro que despertó a su compañera. Sobresaltada por el

ruido que provenía de tan cerca giró y le miró enojada. Él se preguntó: ¿Es ésta la maldad? De los ojos de la varona salían chispas que fulminaron el miedo del hombre. Fue como un chorro de agua fría dejado caer sobre una llamarada. Su temor se disipó. Pero levantó una humareda que inundó la cueva.

—¿Qué pasa...? —Dijo sorprendida. Quiso llamarlo por su nombre, pero éste nunca se lo había dicho. ¿Me acosté con un tipo sin siquiera saber su nombre? —se recriminó.

—He visto un cielo espléndido, de un azul profundo, casi negro, lleno de luces titilantes —respondió. Ella se levantó inquieta de su sitio. La varona tampoco había observado este fenómeno. Claro, hacía poco que estaba en este sitio y desconocía por completo todo lo que sucedía en este lugar. Miró fijamente a los ojos de él. Y por la mirada parecía preguntarle más detalles. Él continuó—: Las luces eran tantas que juntas parecían formar nubes blanquísimas en el cielo.

—¿Nubes? ¿No serán las Nebulosas?

—¿Dices que estoy en las nebulosas? —se molestó. Ella no comprendió su enojo y guardó silencio. Luego él dijo—: No. No estoy confundido tampoco estoy imaginando nada...

—Bueno... ¿Y qué más vistes? —tranquilizó al hombre.

—Una de esas luces se desprendió de la nube y cayó muy cerca de aquí...

La historia que relataba su compañero era inverosímil. Ella nunca había visto nada semejante en las pocas noches que había vagado por estos lares hasta que el destino les llevó a encontrarse. Sin poder retener su curiosidad, le insinuó para que salieran juntos a observar lo que acaba de escuchar.

Y era verdad. La noche brillaba con cientos de millones de estrellas en el firmamento. Todo un espectáculo. Maravillados se tomaron de la mano y contemplaron por un rato tanta belleza. Hasta que llegó la pregunta que debía completar el relato.

—Y.., ¿dónde está la estrella caída?

La llamarada se había extinguido, y no había rastros, ni en el suelo ni en el cielo, de aquel fenómeno. Pensó que él la mentía. Al darse cuenta que su palabra creaba desconfianza en ella, se preguntó: ¿Será esta la maldad?

—Cuando aclare el día viajaré en dirección de la lucecita caída...

No se volvieron a hablar en toda esa noche. Ella pensando que su compañero era un falso y que todo lo que le había contado era sólo un pretexto para acostarse con ella. Él se imaginaba caminando hacia esos lugares inhóspitos y se prometía traer las evidencias de lo que le había relatado. Así, cada quién pensando en sus propias vidas y de espaldas uno del otro, se quedaron dormidos.

Al siguiente día, cuando él se levantó de su camastro, ella ya había puesto sobre la piedra plana del

velador varias piezas de carne secadas al sol. ¡Esto es hogar!, se complació.

—Hoy tienes que ir a merodear por todo el bosque hasta encontrar a la estrella caída... —Ella lo dijo como una recomendación, pero él supuso que fue una orden. No dijo nada. Tomó a grandes bocados su carne ahumada, cogió su lanza y salió en busca de la luminaria desplomada.

Luego de muchos días fuera de casa, el hombre regresó. Esta había sido su vida habitual. Salir una mañana y regresar cuando había acumulado cantidades suficientes de frutas y carne. Suficientes para no tener que abandonar su caverna por varias lunas. ¿Lunas?

**Lo que al hombre le sucede
fuera de su caverna.**

El hombre no pudo borrar de su memoria la montaña que observó cuando el campo se iluminó al caer el meteorito. Y en esa dirección se encaminó. Una extraña ilusión le hizo creer que, apenas cruzara el bosque, ya estaría frente al monte. Eso le entusiasmó, y aceleró sus pasos pisando con firmeza la hojarasca, los musgos tiernos, y los helechos que cubrían el suelo de la selva. En su memoria no guardaba que entre los bejucos, las enramadas, los troncos caídos y los árboles gigantes estaban escondidos miles de fieras salvajes, listas para devorar a todo ser viviente que se atreviera a cruzar por sus posesiones. La vida que circulaba alrededor de la cueva consistía en animales inofensivos y muy amigos del trato con el humano. Ese era su hábitat y no creyó prudente tomar alguna precaución adicional. Además, él se había decidido cruzar el bosque cuando aún el sol, a través del tupido ramaje, iluminara su camino. Sin embargo, los rayos topaban verticalmente su cabeza y le pareció que no había avanzado mucho. La espesura de los matorrales continuaba interminable y no se vislumbraba tan cerca el final. Hizo en breve descanso para poner algo en su estómago. Y fue cuando percibió que algunos ojos le miraban.

Sentado en el piso muscíneo, a lo que a él le parecía un suave colchón de seda, apuró su comida. Y cuando se levantó para reanudar la marcha una ágil leona se abalanzó hacia él. Vio las enormes garras en sus patas y los fieros colmillos salientes de un hocico babeante que amenazaba destrozarlo. Esas armas eran más puntia-gudas que la mejor lanza que él nunca hubiera realizado. Su piel color mostaza brillaba en medio de las penumbras volviendo su figura fantasmal. Nunca había conocido animal semejante. ¿Acaso no representaba la maldad? Al ser atacado trató de huir, pero al notar el muy poco espacio entre el grueso matorral, desistió. Entonces, la leona distinguió en ese ser viviente algo especial: Su piel, casi lampiña, tenía un recubrimiento de oveja —habíase comido varias de ellas cuando por descuido o curiosidad alguna de ellas se introducía en el bosque pero nunca había visto a una oveja andar en dos patas— y la destreza de las manos y los pies tenían una agilidad superlativa a cualquier animal por él conocido, de su boca no salía ningún rugido notorio; pero lo que más le impactó fue la mirada: de sus ojos frotaba una luz, que, se dijo, debe ser el espíritu de la vida. Sin embargo, lo vio como a un sabroso aperitivo y se arrojó veloz encima de ese ser exclusivo. El hombre, más con temor a ser comido que por su destreza, alzó su pértiga para esquivar los manotazos amenazantes. Los rugidos estruendosos del animal hicieron vibrar la enramada, y los cabellos largos y enredados del hombre se elevaron por sobre el follaje. Con la luz del sol transparentándose

por en medio de la vegetación produjo un efecto óptico sobrenatural. El animal creyó que era su macho camuflado de oveja. Ha venido a vigilar nuestra caza, se dijo la leona. Cuando el hombre, pálido como la nieve recién caída, miró a los ojos del animal, ésta dócilmente bajo su testa y se alejó avergonzada. Él no entendió nada. Cosas del creador, se dijo; y continuó con su camino.

La piel de oveja, pensó. Si mantengo ésta capa sobre mis hombros, de seguro seré nuevamente atacado... La tarde oscurecía y debía encontrar algún refugio para pasar en la noche. Se desprendió de la piel de oveja y enseguida se sintió vulnerable. Así, desprotegido como toro en el ruedo, subió a un árbol con el tronco encorvado por los años. En esa posición vio como el sol calentaba con sus últimos rayos a la faz de la tierra. Se sintió tranquilo, y supuso que, para cualquier fiera salvaje, sería difícil trepar hasta su sitio. Colocó su túnica a modo de cabecera y se dispuso a descansar. Antes de quedarse dormido probó un buen trozo de carne seca. Entonces se le vino a la mente un acontecimiento que, cuando despertó no supo si fue soñado o si lo vivió en la realidad.

El Hijo de la Serpiente, se encontraba enrollado un poco más arriba de donde había reposado su cabeza. Se le acercó sigiloso y le susurró al oído que no se durmiera porque tenía un sinfin de bellas historias que contarle. El hombre involuntariamente se incorporó en su sitio. Los ojos del animal era de mil u un colores. Asombrosos. Y enseguida embrujaron al hombre. El hombre

estaba hipnotizado, idiotizado. En un destello de lucidez que iluminó al hombre antes de que el animal empezara su relato, le preguntó:

—¿Eres tú la maldad?

Y el Hijo de la Serpiente, sin contestar la pregunta, empezó su relato:

“Hace mucho, mucho, tiempo. Antes de que en la tierra crecieran las plantas, antes de que se formaran los mares, cuando en la tierra habitaban los animales gigantes, en los terrenos donde tú habitas, vivían unos seres extravagantes...

—¿Extravagantes? ¿Cómo es eso...?

Sin inmutarse por la pregunta, prosiguió:

>>... que solían ofrecer sacrificios a un dios misterioso. Pero los animales gigantes que vivían a las faldas de ésta colina no les permitían bajar para abastecerse de alimentos. Muchos audaces desaparecieron devorados por esas bestias. Eran tragados vivos. Solo en las noches, o por la madrugada, cuando los animales comunales descansaban, iban en expedición para procurarse de algunos víveres. Todos los días pedían a su dios que hiciera desaparecer a las malvadas bestias. ¿Estas representaban a la maldad? Pero por más sacrificios que hicieron, sus suplicas nunca fueron escuchadas. La población en la cima de la colina iba en aumento y lo que producían en sus terrenos ya no daba abasto. Los alimentos conseguidos en la selva, para completar la dieta, se hacían cada vez más difíciles de conseguir, pues, la cantidad a recolectar cada día debía ser mayor. Los te-

rrenos, poco a poco, se volvieron estériles por las siembras continuas, pero también, por la escorrentía que erosionaba esos terrenos debido las constantes lluvias...

>> Un buen día que pasaba por este lugar, en una misión que mi padre, La Serpiente, me había delegado, me enteré que estaban construyendo un enorme dique y, presumí, que el propósito era para el almacenamiento de toda la lluvia que caía en la zona.

—¿Y cuál fue tu misión?

Esta vez tampoco le hizo caso; y continuó con su relato:

>>Enseguida me contacté con el jefe del pueblo para tratar el asunto de la construcción de tan gigantesca obra. No me reveló nada. Fue inútil toda tentativa para que me hiciera saber su propósito. Cuando supe que en la sima del lugar vivían unos animales enormes, sospeché que la edificación en marcha buscaba cierta protección para que las bestias no ataquen el lugar. Pero no. Las lluvias, en ese entonces, eran incesantes y torrenciales. La gran cantidad de agua se escurría por las laderas de ese pueblo y lavaba todos los nutrientes del suelo. Bueno eso ya lo dije...

—Quieres decir que estaban levantando un muro alrededor de la colina...?

Ni se inmutó por la pregunta. Y prosiguió:

>>Toda el agua iba a parar en la selva y, por ese motivo, allí crecían los mejores árboles frutales y la hierba frondosa alimentaba suculentamente a los mastodontes. Cuando terminaron de construir los diques, esperaron

que las lluvias continuaran de la misma forma que lo habían hecho por años. Pero súbitamente, las lluvias cesaron. Los siete años de vacas gordas se había terminado, cuando los diques se terminaron de construir, empezaron los siete años de vacas flacas...

—¿De qué vacas me estás hablando?

Sin responderle, prosiguió:

>>Tardó varios años para que la lluvia volviera. Mientras tanto la población empezó a diezmar. La hambruna se apoderó de la región y empezó la bestialidad entre las gentes. El hambre trastocó sus mentes y se cometieron los más execrables e inimaginables actos entre la población: Vendían sus cuerpos por un pedazo de pan para sus hijos...

—¿Los vendían para el placer sexual...?

Esta vez movió su cabeza de izquierda a derecha, y continuó:

>>... La gente moría por doquier, pero el hambre era tanta que los cadáveres eran utilizados para alimentación de los que sobrevivían; nadie salía de sus casas por temor a ser asesinado, pues, su carne era consumida por los homicidas... Al finalizar el séptimo año, el sol ardiente se opacó y empezaron a formarse nubes en el cielo. Una sola familia —el padre con sus dos hijas— había sobrevivido la catástrofe... Cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, el padre destruyó la puerta de su casa —como medida para evitar el ingreso de los caníbales habían asegurado el ingreso, de modo que no había forma de conocer si dentro aún existía

persona viva— y el olor de la muerte y su putrefacción golpeó su rostro; afectado por la fetidez del ambiente cayó enfermo...

—¿Y cómo lograron sobrevivir todos esos años sin alimento...?

Nuevamente, el Hijo de la Serpiente, movió su cabeza de izquierda a derecha, y prosiguió:

>>Sus hijas, estaban tan hambrientas, y al ver al padre moribundo, rondó por sus cabezas la idea de comerse su cuerpo apenas éste falleciera. Sin embargo, su padre se reestableció... Sus hijas desilusionadas por no haber logrado saciar su hambre se enojaron con el padre... Él notando las intenciones malévolas de sus hijas las atrajo para sí y las tranquilizó...

—¿Las tranquilizó...? ¿Me estás diciendo que ahí está la maldad?

Esta vez movió su cabeza de arriba para abajo y sonrió. Luego, continuó:

>>Cuando los ánimos se calmaron, salieron juntos del recinto. Fuera el ambiente era desolador y espeluznante: miles de aves carroñeras picoteaban los últimos residuos de carne que colgaban hilachentos de los huesos blanquecinos... La lluvia, en ese momento, se desató con una furia inusitada; con una fuerza y una intensidad nunca antes vista... Poco a poco, los terrenos se fueron inundando. El muro que habían construido evitaba que el agua se escurriera hacia las laderas y la selva. Todo el flujo fue contenido por el dique. Por sobre las calles anegadas caminaron hacia los sitios más elevados del

pueblo con la esperanza de conseguir algún refugio... La visibilidad era casi nula y tropezaban con cadáveres en cada paso que adelantaban. Ha habido pasado un buen rato desde que salieron de su cueva y la lluvia acumulada ya les llegaba a la cintura... El tiempo apremiaba... “Hemos soportado tanto para morir en la orilla”, decía el padre... No obstante la dificultad de avanzar, no se dejaban vencer... Al ver un tronco sobresalir del agua logró treparse en su lomo y consiguió que sus hijas se encastrarán al único palo de salvación. El agua, de a poco, iba subiendo de nivel. La angustia y la desesperación se apoderaron de sus espíritus. Dosificaron las pocas fuerzas que les quedaban para asirse al madero. Y se dejaron llevar. Estaban desfallecientes por el esfuerzo realizado y sólo esperaban que las divinidades se acordaran de ellos. De pronto, sin saber de dónde provenía, una ráfaga de viento guio al madero hasta un sitio que prevalecía en el gran mar formado. Era un sitio seco y tranquilo. Algunas ovejas —ellos no comprendían cómo había ido a parar a ese lugar—, deambulaban por ese lugar. Esto les trago sosiego; ilusionados de seguir con vida en ese retazo de tierra. Ahí vivieron por cuarenta días hasta que las agua, de pronto, empezaron a retroceder. Viendo como las aguas se alejaban, ellos tuvieron miedo de que sean arrastrados conjuntamente por la corriente. El flujo se alejó del terreno y se convirtió en su nuevo hogar.

—¿Los diques fallaron...?

El Hijo de la Serpiente, movió su cabeza de arriba abajo. Y sin decir palabra, prosiguió:

>> La fuerza del retroceso era descomunal y sin control. El torrente de todas las aguas acumuladas fue a parar a la selva. A las bestias las cogió desprevenidas y fueron arrastrados fuera de bosque a los espacios desconocidos del abismo eterno...

—¿Abismo eterno...? —Interrumpió.

El interlocutor no le hizo caso y siguió con su relato:

>>Por todos es conocido que el mundo es plano y más allá de los límites de la tierra se encuentran los abismos infinitos... ¿No sabrías acaso...? Cuando la familia bajó del sitio elevado, el cual se había liberado de la inundación, encontraron las tierras lodosas pero limpias de toda maldad... Muerto el perro, muerta la rabia... A todos los cadáveres se los había llevado la marea. Dentro de un tiempo, el sol hizo su trabajo de llevarse toda la humedad del suelo y al levantarse el vapor al cielo se formaron grandes arcos de colores. La única familia sobreviviente alabó a los dioses por haberles bendecido con la vida... Y comenzaron a vivir en esas tierras... Y, claro, por la tranquilidad que el padre prodigó a sus hijas, el pueblo floreció hasta que...

—¿Hasta cuándo...?

Ésta vez el reptil le hizo caso y le respondió:

—Hasta que... Los que habían mandado la lluvia infernal enviaron el fuego aplacador de la maldad y destruyeron toda la vida maldita en este pueblo.

—¿Y quiénes causaron tanta maldad para destruir la maldad de la gente?

—Yo no lo sé... Pero mi padre, La Serpiente, dice haberles conocido...

Al terminar su relato, el Hijo de la Serpiente le recomendó que descansará un poco, pues, el amanecer era inminente: los rayos del sol ya dibujaba en el cielo hilachas de fulgor...

Cuando el sol estaba en su cenit, el hombre se despabilo del sueño, se despidió del vástago del reptil mayor, y continuó con su camino. De pronto se le había olvidado qué es lo que le tenía fuera del hogar... Más bien, a la mente le vino la figura de la bella compañera que la naturaleza le había entregado. Pero, se consoló al recordar que dejó suficiente comida para la supervivencia de su mujer. ¿Y si la estrella ha caído en los abismos eternos?, se preguntó. Es seguro que no la encuentre más, y mi viaje será todo en vano, se dijo. ¿Lograré divisar los precipicios que me ha mencionado el reptil? ¿Será cierta la historia que me contó? Estas, y otras preguntas, se hacía mientras se dirigía por el tupido ramaje del bosque. ¿Y si me encuentro con algún animal gigante? Con temor, pero con firmeza, prosiguió con su aventura de encontrar la estrella caída.

Pasaron varios días sin que nada fuera de lo normal lograra divisar. Todos los días caminaba largos trechos en medio de gigantescas plantas café-verdosas, y siempre rodeado de la penumbra fresca del bosque tupido; evitaba enfrentarse a las fieras salvajes encara-

mándose a las copas de los frondosos árboles; descansaba a la orilla de los pequeños riachuelos cuando éstos se le cruzaban en el paso, y allí, sentado a cuclillas, disfrutaba, y disipaba su hambre, con un frugal almuerzo de bayas, carne seca y uno que otro fruto tierno recogido en el camino. Ansiaba vislumbrar por entre los arbustos algo chamuscado que le diera alguna señal de que su travesía había terminado. A veces miraba a los lejos algo oscuro y creía encontrar la huella de la maleza quemada, sin embargo, se desengañaba, al acercarse y al ver que no había sido más que una sombra... Los ánimos de seguir en la búsqueda menguaron y su espíritu de aventurero se disipó. Pero, ¿cómo regresar sin llevar una respuesta a su compañera?

Una tarde, extenuado de la caminata diurna, se recostó boca arriba sobre un pasto verde que encontró sobre una pequeña colina despejada. A su alrededor, el bosque se extendía hasta el infinito. Encontró paz y sosiego. Colocó sus manos debajo del cuello y se dispuso a contemplar la inmensidad del mundo; por extraño que parezca, vio un reflejo azulado en el firmamento. Estuvo por largo rato contemplando la imagen sin comprender qué proyectaba esa luz en el cielo. Cuando se incorporó vio, más allá del horizonte, un espejo que brillaba refulgente. ¿Qué es eso?, se preguntó. Enseguida reemprendió su camino en dirección de este nuevo fenómeno visto.

La noche le cogió en sus prisas, pero se comprometió a la mañana siguiente alcanzar ese bruñido cam-

po. Antes de aislarse en sus sueños escuchó un murmullo como el que hace la brisa al rozar los matorrales; y, de cuando en cuando, unos golpes dinámicos de agua golpeando las peñas. Los sonidos le llegaban persistentes a sus oídos y, meciéndole suavemente en su amodorramiento, hacían que pronto se abandonara en los brazos del dios onírico.

Apenas abrió los ojos se estremeció; lo que vio le dejó estupefacto. Eran las aguas que en tiempos inmemoriales habían roto los diques. El límite de las aguas se curvaba en el horizonte. Todas se precipitaban al abismo del que le había hablado el Hijo de la Serpiente. Se abalanzó en su dirección, corriendo a través de una zona rellena de arena blanca, hasta que las olas mojaron sus pies descalzos. Estaba cálida pero refrescante. Impulsado por su cuerpo, sin conocer la energía que lo inspiraba, se sumergió en las profundidades del mar. Las delicias que degustó su piel eran similares a las que había gozado con su compañera. Añoró su presencia. Y tuvo una erección. ¿Será esta la maldad?

Había llegado al límite del mundo. Nunca había encontrado el sitio de caída de la estrella, pero había encontrado algo mucho más valioso: el mar. Cuando esté con mi compañera le contaré todo y, juro, regresaré para disfrutar, junto a ella, de éstas cálidas y sosegadoras aguas. Ahora, no le quedaba otra alternativa, debía emprender el largo y agotado camino de regreso.

Tanta era su dicha y asombro que ni siquiera se percató de la enorme riqueza animal que albergaba en

sus entrañas ésta inmensa cantidad de agua. Supuso que las gigantescas bestias se habían precipitado hacia el abismo eterno. Ni siquiera quiso imaginar adonde caerían tantas aguas y qué se formarían en ese lugar... Su espíritu no estaba preparado para tan elevados pensamientos; le bastaba con lo que había visto y disfrutado. Su mente se preocupó en regresar a casa lo más pronto y estar, nuevamente, en los tibios brazos de su compañera... Eso le hacía feliz. Se convenció que esta dicha, definitivamente, no era la maldad. ¿Tal vez, sí?

**De lo que encuentra
al regresar a su cueva.**

Había llegado la noche y se encontraba trepado en un enorme cedro, desde esa posición divisó, a lo lejos, el descampado y las rocas donde se encontraba su cueva: su hogar. Con un medio día de camino estaré nuevamente al lado de mi compañera, se dijo. Se acurrucó mentalmente entre sus brazos y piernas y quedose profundamente dormido. La esperanza de reencontrarse con su mujer dibujó una sonrisa en sus labios.

Cuando trepaba la colina vio algo que se movía en torno a su caverna. Pero no era la misma mujer que había dejado hace un buen tiempo atrás. No. Ésta tenía el vientre abultado y el pelo desgredado. Se preguntó, si acaso no sería una pariente que ha venido a visitarla. No conocía a nadie de sus antecesores, ni suyos ni los de su pareja. ¿Antecesores? Al preguntarse y no obtener ninguna respuesta dudó sobre su presencia en el mundo. ¿De dónde vine? El Hijo de la Serpiente le había relatado que miles de gentes habían existido mucho antes de la destrucción total de la vida. ¿Murieron todos? ¿Será posible que hayan quedado algunos sobrevivientes? En tal caso, ¿dónde habitaban? ¿Y esa mujer, de dónde salió? Intrigado, se acercó a su cueva; y la mujer, que estaba inclinada recogiendo algunas ramas secas, al levantar la cabeza, se sorprendió al verlo.

—¿Regresaste? —Le dijo sin ocultar su molestia.

—Regresé... Estoy aquí. Pero, ¿dónde se encuentra mi mujer?

La mujer le miró de soslayo, y con bastante enojo, le respondió con otra pregunta:

—¿Ya no me reconoces?

—¿Eres tú...?

—¡A quién esperabas!

—Te veo muy cambiada... Tu piel ya no es misma..., tu vientre está hinchado..., tus ojos ya no brillan..., tu sonrisa ha desaparecido...

—Estoy embarazada... —le dijo. Y se adelantó en dirección a su pareja haciendo gala de su vientre...

—¿Embarazada? ¿Qué es eso? ¿Quién te ha encintado?

—Tú.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—¡No te hagas el loco...! Antes de salir en busca de la estrella fugaz... ¿Acaso existe otro ser humano en este mundo?

—¡Ah! Claro...

Una luz, salida de su interior, alumbró todo el ambiente y formó un aurea refulgente en rededor de la mujer. ¿Esto es el amor? ¿Será la maldad? El cansancio de la espera se disipó; la pesadumbre que agobiaba sus espaldas se esparció en el aire; su melancolía se transformó en dicha; el enfado que demostró, hace poco, a su hombre se convirtió en júbilo... Y sin que puedan contenerse, una fuerza irresistible los atrajo y se fundieron en

un solo abrazo. Uniendo sus bocas se besaron con pasión. Luego, se tranquilizaron en ese mismo sitio, la avidez no les dio tiempo de ingresar en la cueva; las ansias inaguantables fueron saciadas a la entrada de la caverna sobre el polvo amarillento de las esperanzas perdidas... Estando sosegados, el hombre le dijo:

—Tengo mil aventuras que contarte... —inició la conversación en tono calmado y cariñoso— De historias con gente malvada, de inundaciones, de mares, de abismos eternos, de...

—¡Si cariño...! —Lo dijo sin creerle nada. No le importaba nada de esas historias. Ahora, lo que le interesaba es que su hombre estaba presente y que lo acompañaría hasta la fecha de su alumbramiento... Eso la consolaba y le daba fortaleza... No era feliz... pero, casi...

Al siguiente día las actividades volvieron a su vida cotidiana... Aunque su cauce había sufrido un pequeño desvío. Él salía en busca de alimento; y ella, dentro de la cueva, preparaba las chambritas y los mitones para cuando llegara el bebé.

A las nueve lunas, exactos, le vinieron los dolores de parto. Su hombre había salido en busca de algunas pieles lanudas, mucha fruta y manojos de hierbas medicinales. Nadie les había enseñado qué hacer en estos casos. Pero la mujer sabía que había llegado la hora y que el sagrado fruto de su vientre saldría en cualquier momento. Se acomodó en cuclillas y colocó la mejor de sus pieles debajo de su vientre. Estaba lista... Es sólo

cuestión de pujar hasta que aparezca el hijo. Los dolores recorrían su cuerpo, el sudor empapo su alma y las maldiciones anegaron toda la habitación. Los gritos, elevándose en vertical al cielo y retornando en picada a la tierra, llegaron ligeros al sentimiento del hombre, quién abandonó todo lo recolectado y voló en busca de su pareja. ¿Será esta la maldad?

Los dolores cesaron cuando el niño, varón, asomó su cabeza por su entrepierna y se dejó caer gelatinoso en el cuero. Cuando el hombre llegó vio al niño, recostado entre pajas y heno, mi dulce niño, mi tierno amor, lo tomó con dulzura y delicadeza; la tripa que unía a su madre a través de la placenta la separó de un solo tirón. Luego, le acomodó en el regazo de la madre y el niño empezó a gemir buscando el pezón que lo alimentaría de por vida. Una felicidad indescriptible embargaba el corazón de la varona; y henchía, orgulloso, su pecho el hombre. Y con esa criatura les nació el amor. Ese sentimiento, nunca antes experimentado, invadió su mente, su cuerpo y sus almas. En ese pequeño indefenso y delicado y cubierto de un líquido rojizo encontraron la razón de sus vidas.

No pasó mucho tiempo cuando ya estuvieron en una similar situación, pero, ésta vez, no les tomó desprevenidos. Conocían que a la novena luna la nueva criatura querría independizarse y tener su propio destino en el mundo. Aunque nacía con la conciencia pura y limpia como el agua cristalina del manantial, ésta se iba contaminando con las impurezas que en su cauce

iba encontrando hasta llegar al mar. ¿En qué parte del camino se infectó con la maldad?

El segundo nacimiento fue una niña. El niño había crecido y al ver a la intrusa en los brazos de su enamorada cambio su forma natural de ser. Al tiempo de nacer la niña nació en él un sentimiento de posesión, de propiedad; su ego importaba más que el cuidado que necesitaba su hermana. Y los llantos y los chantajes emocionales no se hicieron esperar. La madre repetía, mentalmente, y con frecuencia: “niño malo”, y le tomaba en sus brazos para que sus chillidos no alertaran a las fieras salvajes del bosque.

Fue entonces cuando la varona se inventó los relatos y los cuentos para calmarle, y le contaba historias de otros niños: de niños buenos que no tenían celos ni provocaban el enojo en sus hermanos; de niños malos que asustaban con llantos a otros niños; de animales fieros que espantaban a los niños. Y se inventó al cuco, al demonio y al diablo de cola y pesuñas de cabra y cuernos de carnero... para que el niño dejara de hacer berrinches y... Una noche mientras los niños dormían se preguntó: ¿Es ésta la maldad?

Al ver que eran ya cuatro las personas que pernoctaban dentro de la cueva, al hombre le pareció que debía salir en búsqueda de otro sitio para vivir, más amplio. Las sombras que, de vez en vez, venían a sosegar su alma, debían quedarse dentro; se lamentó porque en el futuro ya no podría conversar ni jugar con ellas. Les echaría mucho de menos, le harían falta, pero pri-

mero estaba su prole. En la siguiente caverna que halle advertirá que, también, vengan son sombras para que sus niños jueguen y se diviertan mientras él esté de caza y su madre prepare los alimentos y remiende los calcetines... Cuando le comunicó de esta situación a la mujer, ésta estuvo muy de acuerdo, es más, ella ya lo había pensado desde hace mucho tiempo atrás, y le recordó que apenas la niña había nacido le había dicho cuando él dormía. ¿No te acordarás? Yo ya te lo dije, pero como no hacías nada al respecto, me quedé callada esperando que...

Fue así que la familia bajó de la colina para enfrentarse a un nuevo mundo. Las fieras del bosque serían un reto más que debía enfrentar y si debía morir para que sus hijos vivan, no le importaba... moriría. Les amaba y eso estaba por encima de sus anhelos egoístas. Cogieron todos sus pertrechos y emprendieron el camino. Él con su hijo trepado en sus hombros, y la madre con la pequeña colgada de su seno. Salieron, y el sol, iluminando sus pasos, les dio la bienvenida...

El futuro no era nada prometedor: fuera de la colina le esperaba un trabajo arduo, dar el alimento a tres bocas no iba a resultar ninguna tarea fácil. Pero estaba preparado, dispuesto a doblgar su lomo para conseguirlo. ¿Será esto la maldad? Y creó los utensilios para que se le facilitara el arado y el cultivo de la tierra; e inventó otros para su cosecha y otros para preparar los alimentos y varios para comer lo que la bendita tierra le daba... Y la caza se convirtió en su hobby, en su pasa-

tiempo preferido... Claro, hasta cuando la varona le prohibió salir frecuentemente... Nada de todos los días, sólo cuando haga falta la carne, sólo cuando haga falta las pieles, sólo cuando haga falta... Nada más, ni un día más... ¡Entendido! ¡Está bien, está bien... que así sea!

Y el niño crecía aprendiendo del arado y muy poco de la caza. Y la niña de cocinar y de lavar los trates luego de la comida... Y se fueron desarrollando las diversas destrezas; y las discriminaciones que llevaron a los desentendidos y a los enfados, a las quejas del por qué tengo que hacerlo yo si el él también tiene dos manos. Y los hermanos se criaron en dos mundos diferentes y se levantaron las fronteras mentales imaginarias... Eran diferentes e irreconciliables. Pero así lograron sobrevivir y crecer hasta que nació la envidia, y lo que poseía el uno deseaba el otro y lo que requería el otro no le satisfacía al uno. Empezaron las rencillas y las peleas dentro de nueva cueva. Sus padres hicieron todo lo que sus vagos conocimientos les permitieron; su educación no estaba a la altura para limar las asperezas y lograr congeniar las diferencias de géneros.

Hasta que llegó la mañana trágica. Aquella mañana en que los cielos se tiñeron de carmín y los suelos temblaron de espanto. Las aves huyeron a los espacios infinitos para alejarse de la barbarie y los animales salvajes gruñeron de placer al percibir el ambiente cruento y lleno de beligerancia. Las divinidades vestidas con sus mejores galas festejaron el hecho e iniciaron la fiesta, colmada de laureles y confeti, elogiando al uno y despre-

ciando al otro. Los padres al ver la fatal escena clamaron perdón a los dioses de la justicia. El dolor evocó las erupciones de los volcanes y el bramido de la tierra. Las lágrimas inundaron los campos, los valles y su caudal enorme llegó al mar. El mar que en ese entonces era dulce y almibarado se volvió salino y sombrío.

Una mañana, previa al fatal día, tal como lo había hecho en todos sus años de juventud, el hermano salió temprano a recolectar fruta del campo y, si la suerte le era favorable, traer algo de carne. Su padre quedose en casa, pues, su relativa avanzada edad ya no le permitía realizar estas labores. Desde hace un buen tiempo las responsabilidades de alimentar a la familia recayeron en hombros del hermano mayor. La familia había crecido y ya contaban con tres hermanas más... Las tareas nunca le fueron molestas ni le causaban enfado o enojo, a la verdad lo hacía con cierto agrado, y ponía esmerada atención a su responsabilidad; pero, en algunas ocasiones, se renegaba porque le restaba tiempo para dedicarse a entonar algunas canciones en un rústico instrumento que él mismo había creado —Una tarde, luego de haber terminado con sus labores, templó, sin intención premeditada alguna, por el azar del destino, algunas cerdas de las crines de caballo en su arco que empleaba para lanzar sus dardos y cuando las rasgó le salieron varios sonidos agradables, desde ese entonces realizó algunas variaciones al instrumento, y cada vez le salían sonidos más afinados y simpáticos—. Muchas rencillas con sus hermanas habían ocurrido porque sus herma-

nas pequeñas habían tomado su arquilla, así lo había dado en llamar, para utilizarla en sus juegos y travesuras. A la hermana mayor le molestaba que apenas, su hermano, llegara a casa dejara todo para dedicarse a su música y no prestara nada de atención a otras necesidades y actividades del hogar. Y este fue uno de esos días.

Cuando iniciaba con la recolección de la fruta, por su mente pasó raudo una atractiva melodía que esperaba, apenas retornará al hogar, reproducir en su instrumento. Entonces apuró el recogido de alimentos, sin embargo, despreocupó de la caza de algún animal que les daba carne fresca. Estaba contento tarareando la nueva melodía cuando, de improviso, salió su hermana y, antes de que ingresara a la caverna, le echó en cara algunas actividades que ella hacía sin la colaboración de él...

—Están tus hermanas... Ellas deberían hacer parte de las tareas...

—¡No me digas! —le respondió en tono burlón— No sabrás acaso que papá las consiente en todo...

Él se limitó a levantar los hombros, y se encaminó al interior de la cueva. Mientras ingresaba lo hacía entonando la cancioncilla. Cuando se encontraba bajo el dintel, la hermana se percató que en sus hombros no había ninguna presa de animal.

—¿Y la carne? —preguntó enojada.

—No la traje. Hay suficiente carne seca en las perchas...

La hermana quedose mirándole cuando él, sin dejar de cantar, depositaba la fruta en la alacena formada de rocas acomodadas. No se sabe por qué, pero en esta ocasión le molestó sobremanera que su hermano estuviera feliz... Una vez que hubo acomodado la recolecta pidió a su hermana algo de comer...

—Hoy no has traído carne..., hoy no hay comida...

El hermano observó entre sorprendido y enojado el comportamiento extraño de su hermana.

—¿Qué bicho te ha picado?

—Ninguno...

Y sin decir ni una palabra más, salió de la cueva... Él miró estupefacto ese extraño e increíble proceder, y fue inmediatamente en su búsqueda... Cuando la encontró, ella estaba en brazos de su padre... Su madre miraba de lejos la escena.

—Dígale, padre, que me sirva la comida... Todo el día he trabajado duro y tengo derecho a mi plato de lentejas...

—¿Plato de lentejas ? —preguntó su padre—. Ella me ha contado que hoy no has llegado con carne...

—Pero, padre, hay suficiente...

—Nunca es suficiente... —dijo, y abrazo a su hija, quien se acurrucó mimosa bajo la axila de su padre—. Dirigiéndose a su hijo mayor, le increpó—: El día que no llegues con carne ese día no habrá comida...

Su hijo bajó la vista y pensó: “Estoy siendo víctima de una injusticia...” ¿Esta será la maldad?

La madre no dijo nada y se limitó a obedecer las instrucciones de su hombre. Su corazón se sumió en una profunda aflicción y miró, con tristeza, como su hijo se alejaba hasta su jergón sin haber probado bocado. Una lágrima, al bajar por su mejilla, dejó surcos de impotencia y rabia. A la madrugada, cuando todos dormían se acercó sigilosa, y en el más absoluto silencio, al lecho de su hijo y, despertándole, le entregó un plato de lentejas calientes. Fue cuando se le ocurrió la idea.

Luego que su madre se retiró a su camastro, él se quedó cavilando sobre lo ocurrido. Su mente divagaba en busca de alguna venganza. ¿Venganza? Sí. Su honor de varón había sido mancillado por una mujer, su hermana, frente a sus hermanas menores. Su padre no había hecho prevalecer su condición de ser el proveedor de los alimentos en la casa. ¿Quién respetará mis decisiones? ¿Quién acatará mis mandados? ¿Quién complacerá mis deseos? ¿Quién servirá mi mesa? Vio su futuro, como en una película, en el cual sus hermanas pequeñas se reían al verle caminar sin fuerzas buscando algún bocado entre la comida de los cerdos mientras ellas disfrutaban de los más ricos manjares; se vio mendigar a las afueras de la cueva esperando en vano que sus hermanas le convidara algún alimento caliente... Entonces se incorporó en el filo de su lecho e intentó despejar esas ideas perversas de su cabeza... Pero esos pensamientos iban, poco a poco, carcomiéndole su cerebro. El odio a su padre, el odio a su hermana fue in crecento; su cuerpo sudaba a raudales, y sus pies y manos tem-

blaban por la furia contenida. Sintió que debía descargar ese rencor aprisionado de otro modo su cabeza estallaría como cuete en fiesta de corpus. Se levantó y tomó la misma lanza que utilizaba para desgarrar el cuero y la carne de sus presas, y caminó, en medio de la oscuridad, hasta el sitio en cual reposaba su hermana. Cegado por esos sentimientos malvados, que lo rodeaban en una penumbra absoluta, levantó su pértiga y lo clavó en el pecho de su hermana. Cuando sintió que la lanza rompía las carnes y se introducía suavemente hasta alcanzar el alma, despertó de su cólera, y se vio con las manos ensangrentadas. Salió apresuradamente de la cueva en busca de aire. Su cuerpo sin fuerzas cayó de bruces al piso y perdió el conocimiento. En ese momento los truenos rasgaron los cielos y los relámpagos iluminaron su maltrecha figura. Se desató un torrencial aguacero que mojó su espíritu y despertó su conciencia adormecida. Había cometido un crimen; el más vil y el más horrendo acto que humano alguno pueda cometer contra otro ser humano.

Se incorporó y huyó de la casa en busca de algún lugar que pueda brindarle el consuelo a su alma y pueda otorgarle el perdón al brutal acto cometido...

**Lo que le pasó al fugitivo
después de huir de su casa.**

La tormenta comenzó amainar y unos pálidos rayos del sol se incrustaban entre la enramada del bosque. El fugitivo, agazapado bajo un tronco podrido y hojarasca húmeda, con el rostro desencajado, titiritaba de frío y sus dientes castañeaban al mismo ritmo que su corazón compungido. Le dolía el espíritu al recordar como su mano empujaba la lanza, se estremecía al imaginarse siendo él el que soportaba el clavado del arma. De su interior emanó un sentimiento de culpa y de arrepentimiento que le desgarraba su piel y le destrozaba su cabeza. De la profundidad de su alma nació el deseo de redimir su acto: Mi muerte será el pago para tan execrable crimen. Giró su mirada en su entorno en busca de la herramienta que sirva de juez y verdugo y miró una claridad que le produjo un consuelo momentáneo. De la luminosidad emergió una silueta difusa transfigurándose en forma humana. Aunque su cuerpo era transparente, de esa masa emergieron voces que, al mismo tiempo, atemorizaron y tranquilizaron al asesino.

—¿Qué haces buen hombre escondido entre la maleza? — La voz parecía conocer el crimen cometido, pero la pregunta iba dirigida para que el fugitivo declare su acto.

—He matado a mi hermana... —respondió sin ocultar su pesar.

—¿Por qué lo has hecho?

—Me he dejado llevar por el odio...

—¿Conoces de la condena que te espera...?

—No... Desconozco lo que las leyes establezcan...

—¿Leyes? ¿Crees que sólo las leyes pueden castigar los viles actos de los hombres...?

—¿Quieres decirme que si no hay leyes no puede haber castigo?

—No. No he dicho tal cosa... He dicho que no sólo ellas las pueden sancionar...

—¿Entonces...?

—¿Te parece justo realizar actos que van en contra de otra persona? En tu caso, le has quitado la vida a una hermana y no importa si fue o no tu hermana. Lo que eliminado ha sido la vida... Lo único que tú hermana tenía... Además del pesar, aflicción, dolor y el desamparo en que has dejado a tus hermanas menores y, sobre todo, a tus padres... ¿Te parece justo?

—No. No creo que sea justo. Pero al no haber leyes mi acto no es ilegal...

—No es ilegal pero tampoco ha sido justo.

El fugitivo rebuscó en su mente si alguna vez había escuchado esta frase. No era igual pero le pareció muy parecida: No todo lo legal es justo. Entonces, recordando aquellas lecciones aprehendidas quién sabe dónde, preguntó a la silueta con forma humana:

—¿Qué es la Justicia?

—De lo que sé... —dijo con duda— O mejor, te diré lo que yo entiendo. Te ruego por favor, en primer lugar, no creas que lo que tú has hecho está bien sólo por el hecho de que no existen, aún, leyes contra los crímenes cometidos...

—¿Los males se configuran cuando se imponen leyes a los actos de los hombres? —le interrumpió.

—Déjame continuar...

—Prosiga... Y disculpe mi molestia...

—No me molesto cuando las preguntas son pertinentes... Pero vayamos disgregando el tema. Veamos primero qué abarca el Campo de la Justicia. Todos los actos humanos están en este campo. Bueno, no todos. Solo los justos, o sea, los que nuestra naturaleza nos dice que no perjudicamos a los otros y están en equilibrio para todos. Antes de que me interrumpas... porque ya te vi abrir los ojos y mover nervioso los labios... Nuestra condición natural es el raciocinio; por lo que, nuestra razón, nuestra inteligencia nos lleva a poner en una balanza los actos que cometemos en relación con los deseos de otros. Si esos actos están en equilibrio entre el actor pasivo y el activo entonces podemos decir que el acto ha sido justo... Pregunta nomás, —le dijo al mirarle inquisitivo— te veo con ganas de participar:

—Dices que un acto es justo cuando esa acción está en equilibrio entre el actor pasivo y el activo... ¿A qué te refieres con actor pasivo y activo?

—Pertinente tu pregunta... me trataré de explicar... No sé si lo que te digo y te diré, más adelante, está

escrito en algún libro antiguo... Lo que te manifiesto es sólo una forma de reflexión. Pongamos un ejemplo para visualizar mejor lo que trató de transmitir. Un hombre va por un sendero en medio del bosque y se cruza con otro hombre en dirección contraria. Ambos pueden ser actores activos y pasivos a la vez. Pero en el instante que van a encontrarse y el uno está al lado del otro, los papeles se definen. Ahora bien. Pueden suceder un sinnúmero de alternativas de lo que pueda pasar al cruzarse. Pero analicemos sólo un par de ellos: Primero, cuando uno de los hombres cede el paso para que el otro cruce sin obstáculos. Como podrás ya evidenciar, el sujeto activo es el que se mueve para ceder el paso, y el pasivo, quién cruza el sendero sin que nada le impida seguir con su camino. ¿Me estás siguiendo? Sin esperar respuesta, prosigue: Entonces la acción ha quedado en equilibrio y los dos siguen su camino. Al moverse, un tanto, el primer caminante se ha hecho justicia en el caminar y en el cruce de los hombres.

—Muy interesante... ¿Y qué pasaría si ninguno de los dos quiere moverse?

—Este es el segundo caso que quiero analizar. Pues, sucede que nadie puede pasar. Los dos se mirarán a los ojos esperando que el uno ceda el paso. Los dos están en una posición de sujetos pasivos. Puede resultar que el primer hombre, por muchas circunstancias en su pasado: salió enojado de su casa por una pelea con su esposa, o porque está de prisa en su camino u otra causa que no nos importa analizar por el momento...,

empuja al otro para abrirse campo. El sujeto pasivo se convirtió, de pronto, en activo.

—¿Cómo se logra la justicia, si el uno ya atropelló al otro? ¿Lo encontrará en las leyes que rigen el caminar por el sendero?

—Un momento... te estás adelantando... Aún no hemos llegado al tema de las leyes... Estamos en el Campo de la Justicia... Retrocedamos, por favor. Estábamos en que ninguno de los dos hombres quiere ceder el paso. Ambos se miran a los ojos y el sujeto, que se convierte en activo empuja al otro y sigue su camino. El pasivo siente el atropello. Bueno, reflexiono: Sin que ninguna ley ordene estos actos, ¿cómo se obtiene justicia? ¿El sujeto pasivo, simplemente hará como si nada ha pasado y seguirá su camino? ¿Se molestará y también le empujará? No. En ninguna de éstas acciones encontrará la *justicia*. ¿O sí? No. la justicia se hará efectiva cuando el sujeto activo remedie su actuación. ¿Cómo? En la forma en que el sujeto pasivo logre apaciguar —perdonar— el atropello recibido: Puede ser una disculpa sincera o hacer que el sujeto activo retroceda y logré pedir cortésmente el paso preferencial motivando su prisa... Si el sujeto pasivo lo cede o le autoriza, el activo podrá continuar con su camino y se habrá *hecho justicia*. De otro modo, el sujeto pasivo buscará ya no remediación o justicia, lo que buscará será: la venganza.

—No me convence... ¿Quieres decirme que el crimen que he cometido puede ser absuelto solamente recibiendo el perdón?

—Pues sí... Pero tu caso siendo el más grave que los hombres pueden cometer...

—¿Niveles de maldades?

—Dejemos para más adelante tu pregunta... No me quieras desviar de tu crimen.

—Está bien, prosigue...

—Te decía que el acto que tú cometiste es el más grave que hombre alguno pueda cometer... Para que exista Justicia, como reflexionamos, el sujeto activo, o sea tú, debe buscar la remediación del acto cometido. Ahora bien, tu hermana está muerta y, por tanto, no puede absolverte con el perdón y de nada te sirve la disculpas de sus parientes... pues, siendo ella la agredida, es la única que te puede ayudar...

—¿Ahora qué debo hacer para exculpar mi yerro...?

—Tu crimen está carcomiéndote la conciencia, y nunca, hasta tu muerte, dejará de remorderte...

—¿Vivirá conmigo por siempre...?

—Por siempre... Y ese será tu castigo. El perdón, si logran brindarte tus hermanas y tus padres, mitigarán tu culpa... y podrás vivir en un estado de semitranquilidad. Un estado en el cual, tu recuerdo y la conciencia, te hará revivir una y otra vez lo que cometiste sin lograr nunca el perdón.

—¿El olvido me dará, en el futuro, la tranquilidad total...?

—No sé si logres olvidar lo que hiciste... No lo sé...

—Me decías que si no logro el perdón... nunca mi acto encontrará justicia. Al no encontrar justicia los agraviados pueden buscar la remediación en la venganza.

—Exacto... Ellos estarán, este momento, buscándote por todos lados para que pagues lo cometido... Ellos te harán pagar el crimen con tu vida...

—¿Me matarán?

—Pues, es una forma de encontrar el equilibrio. Una manera en la cual tu acto encuentre justicia.

—Si me perdonan... —reflexionó en esta opción— ya no será ajusticiado.

—Claro... Si te perdonan la vida. Sin embargo, la única que puede perdonarte, ya te lo dije, es tu hermana... Pero, ella ya no está con nosotros...

El fugitivo se recostó sobre el lecho húmedo para asimilar las reflexiones que había hecho la silueta antropomórfica. Había cometido un crimen horrendo y la única que podía absolverlo estaba muerta. ¿Qué hacer? Lástima. No hay leyes que me juzguen para pagar mi culpa; mi pena estaría establecida en esos códigos y me limpiaría la falta cumpliendo con esas reglas.

La figura se fue difuminando y no tardó en desaparecer. El fugitivo se remordía en su conciencia y buscaba en vano un pequeño consuelo para su pesar. Algunas preguntas todavía quedaron en su mente... Pero, cómo hacerlas si las leyes aún no estaban presentes en el actuar de las personas. Entonces se le ocurrió una idea fatal y tenebrosa, igual de trágica que la que él ha-

bía realizado. Pero ahora ese acto lo cometería contra él mismo. ¿Estaría justificado ese acto? ¿Ante quién justificaría su actuación? ¿A su conciencia? ¿Sólo con su propia muerte se haría justicia? ¿Ante quién clamaría...? Ante quién... ante quién... ante quién...

Su hermana ya no estaba y sólo él era el culpable. Su rostro se anegó de lágrimas, se arrodilló en dirección al sitio donde, hace un rato, se encontraba la silueta, juntó sus manos entrelazando sus dedos y agachando su cabeza, hablando en voz susurrante, pidió perdón a su hermana muerta, a sus hermanas vivas y a sus padres... Pero vio que no era suficiente. Entonces, clamó perdón a los árboles que cobijaban el cuerpo de su hermana en los días lluviosos y al lecho donde solía reposar cuando dormía; pidió misericordia a los vestidos y a las pieles que jamás cubrirían su cuerpo de mujer y al aire que jamás iba a respirar; demandó indulgencia a los rayos sol que ya nunca más calentarían sus pies y al suelo que jamás sentiría sus delicados pasos; suplicó compasión al viento que levantaban sus cabellos, al canto de los pájaros que la hacían despertar, a los animales, al agua, al río, al mar, a la hierba tierna... y a todo lo que ella había tocado y conocido. A todos... Gritó para que los cielos fueran abiertos; y clamó al mar para que lo traguen sus entrañas... Su lamento retumbó en el aire, y las flores se estremecieron, las hojas de los árboles se atemorizaron y los animales huyeron despavoridos de su lado y se alejaron del bosque, y él se quedó solo. En un silencio absoluto, infinito, atroz, profundo...

Atormentado por la soledad y el vacío... Entendió que nadie le juzgaría y que, por tanto, no recibiría ninguna condena... Y se sintió un gusano arrastrándose en el estiércol esperando anhelante que la naturaleza le diera el perdón... Sin embargo, confesó que era indigno de cualquier indulgencia; creyó improcedente que una persona así reciba la misericordia... No se lo merecía. ¿O sí?

PARTE II

**Lo que el prófugo
observa en su fuga...**

Aunque su espíritu estaba confuso, reflexionó que debía marcharse, lo más lejos que su caminar alcance, hacia otros territorios donde los habitantes no conocieran de su malvado proceder. Se decidió no confiar, a nadie, sobre lo que había hecho. Todo guardaría en su mente y en su conciencia. No estaba seguro de encontrar otras sociedades y otras personas, pero, por las historias contadas por el Hijo de la Serpiente, intuyó que se tropezaría con ellas en algún momento y nació en su mente la curiosidad de saber cuáles serían las leyes que juzgarían su pasado. Temía que su actuación, en otras latitudes, fuera castigada con penas insufribles. Las condenas por tan execrable episodio debían ser graves y dolorosas y no estaba dispuesto a soportarlas. En lo más íntimo de su ser se le esculpió la culpa y, a pesar que decidió no confesarlo a nadie, en su rostro llevaba la señal de su yerro.

Divagó, durante mucho tiempo, por la selva sin encontrar una dirección que lo guíe. No sabía que orientación seguir, tampoco le importaba el sitio a dónde llegar. Todo le daba igual. Si caminaba frente al sol o a espaldas de la luna le era intrascendente. No obstante, cada día, se adentraba en el corazón de la jungla, con su cerebro confundido, embotado, caminaba en medio de

los matorrales y cruzaba las cerradas malezas sin orientación. En su ofuscado caminar se abastecía de insectos y de alguna caza pequeña: ratones, ardillas y algún conejo. Los frutos y plantas refrescaban su vientre y su alma enajenada. Al atardecer descansaba en lo alto de los árboles por el temor de ser tragado por las fieras, sin embargo, las bestias se alejaba de su presencia tan pronto lo veían pasar. De su cuerpo brotaba el olor de la muerte y ningún animal se atrevía a interponerse en su camino. Los animales lo divisaban recelosos entre los bejucos y las enramadas pero no osaban atacarlo. La parca estaba con él y, aunque lo veían frágil y denotaba ser una fácil presa, presumían que, al momento de embestir, serían ellos los primeros en sufrir las consecuencias de su atrevimiento. Se resignaron a verlo pasar por sus narices y despreciar tan apetecido y delicado manjar. Algunos intrépidos animales que se habían lanzado al ataque del humano desfallecieron al instante, pues, la muerte, ingresó a sus almas apenas abrieron sus fauces.

Solitario, sin más compañía que su dolor y su arrepentimiento, desalentado y desesperado subió a lo alto de una montaña para distinguir qué tenía a su alrededor. La selva se extendía hasta el límite de horizonte donde ésta se unía con el manto celeste de las alturas. Sin embargo, divisó un claro, bastante extenso, a las faldas de la cordillera. El verde olivo del espacio se maticaba con pequeños puntitos titilantes multicolores. Se maravilló al ver tan atrayente zona y, por un momento,

se olvidó de su terrible y vergonzoso pasado. Desde ese entonces supo qué dirección debía seguir. El sol, que se asomaba luego de la fría obscuridad y le calentaba el cuerpo del lado que latía su corazón, le enseñó el camino; iluminada su mente intuyó que si seguía en esa trayectoria, en no mucho tiempo, estaría ingresando al descampado.

Luego de recorrer por el tupido bosque durante varias lunas, una fría mañana, de improvisto, se le presentó, ante sus ojos, una gran llanura. La superficie era tan grande que no pudo abarcar con vista toda la planicie. Entonces se dirigió a un sendero abierto en medio de la enramada. Su piso estaba cubierto de piedras labradas y la vegetación que lo cercaba era tupida y coloreada de abundantes flores. El camino venía del interior del bosque y se extendía, en sentido contrario, hasta varias edificaciones que al fugitivo le parecieron enormes colinas de tierra amarilla. Asombrado miraba a un lado y otro sin dejar de extasiarse, y decidió seguir en dirección de las construcciones. Se encontraba absorto en su pensamiento cuando escuchó un ruido ensordecedor, eran unas resonancias extrañas que nunca antes él había percibido... Era como si mil truenos le acorralaran y trataran de atraparlo en sus entrañas. Tuvo miedo. Del corazón de la tierra emergían los retumbos, era la furia de la naturaleza que venía en su búsqueda para castigar al prófugo. Corrió por el sendero y se acurrucó temerosos entre la maleza. Al rato vio pasar a unos extraños animales de dos cabezas y cuatro patas; de la parte su-

perior del cuerpo le sobresalían dos patas adicionales de menor tamaño, y en una de ellas colgaba una extremidad fina y larga que exprimía del aire un cortante silbido. Eran varios animales que cruzaron por su lado y sus ojos desorbitados no daban crédito a lo que veía. Deben ser los emisarios enviados desde los confines del mundo para aplacar la cólera de los dioses, pensó. Cuando la nube de polvo que se formó en su paso dejó ver la otra orilla de la vegetación salió de su escondite. El corazón le latía desbocado. Una fuerza insólita le atraía hacia las colinas amarillas. No pudo resistirse y continuó, con pasos tambaleantes, hacia las construcciones. Cuando pudo acercarse un poco, éstas se hacían más imponentes, y pudo apreciar los detalles fantásticos que los adornaban. Estaban recubiertos del mismo sol. Brillaban como mil rayos refulgentes y herían los ojos de quien los mirara. Fascinado y deslumbrado creyó encontrarse en los palacios de las divinidades y de los hacedores de las cosas y la vida. Imaginó que todo lo que tenía ante su vista eran las habitaciones de aquellos inauditos animales que acaba de mirar.

Estupefacto continuó con su camino y cuando estuvo a punto de llegar a las edificaciones se cruzó con un río soberbio y caudaloso; las aguas cristalinas en su recorrido cantaba hermosas canciones que adormecían el alma y extasiaban al espíritu. Al acercarse a sus orillas vio miles de peces con sus pieles plateadas y el lecho estaba recubierto de miles de piedras brillantes como metales bruñidos. Pasmado ante tanta belleza se

puso a descansar y bebió de las aguas frescas del manantial. Así estuvo un buen rato hasta que recobró sus fuerzas y se encaminó hasta unas construcciones marmóreas que estaban a poca distancia al otro lado del río.

Cuando cruzaba las apacibles aguas vio en la orilla a una multitud que se encaminaba hasta las edificaciones semiconstruidas del frente; estas gentes vestían unos trajes sucios y raídos y de sus cuellos colgaban argollas y cadenas. Los mismos animales que había visto hace poco hacían rechinar sus delgadas extremidades superiores y golpeaba las espaldas de esa gente. Eran rayos que doblaban sus cuerpos y en cada latigazo se escuchaban lastimeros quejidos. Los hombres soportaban grandes pesos en sus hombros, caminaban largos trechos y depositaban las rocas a los pies de otros hombres, también con grilletes y cadenas, ubicados bajo unos toldos agujereados. Estos recogían las piedras y, arrodillados o en cuclillas, daban fuertes martillazos hasta encontrar la forma que las piedras tenían en su interior. Otros cientos de hombres levantaban esas rocas pulidas para que los constructores elevaran grandes muros al extremo de la planicie. Los fieros animales de dos cabezas fustigaban constantemente a la muchedumbre. Su vil pasado se perdió, momentáneamente, en algún lugar recóndito de su mente y le nació el espíritu de la compasión.

Una vez que se halló al otro lado del río vio enormes y fastuosos palacios con paredes y pilares construi-

dos con pedazos extraídos de las nubes y los pisos con materiales obtenidos del fondo del río.

Otros, cientos de hombres y mujeres, deambulaban de un lado para otro. Estos eran muy diferentes de los cuales él tuvo compasión. Todos iban vestidos de túnicas blancas y recubiertas la cabeza con turbantes de colores. Su piel era limpia, sus ojos transparentes y sus sonrisas claras y sonoras. No había duda, así creyó su mente, que se hallaba en los aposentos de los dioses y los hombres de la otra orilla eran los mortales que habían cometido algún crimen y estaba purgando su condena. Su cruel pasado cruzó veloz por su mente y se afligió. Estaba en una disyuntiva y tuvo temor que fuera capturado y sometido a los brutales tratos de las fieras fantásticas. Sin embargo, nadie notó su presencia. Nadie descubría su figura. Era como si su cuerpo fuera incorpóreo y sólo el aliento de la vida existiera en él. Se palpó sus extremidades y las encontró firmes y llena de músculo. Su cintura seguía recubierta con pieles de animales y cubrían sus partes pudorosas. Seguía siendo él.

Al ver que nadie se percataba de su apariencia caminó libremente por todo el pueblo. En una tienda de telas y cordones, cuando el dueño tuvo un pequeño descuido, se procuró de un manto y cubrió su cuerpo al modo que todos los hombres de allí lo hacían. Se sintió más confiado y observó desahogado a la gente caminar por las calles. Como si las vestimentas tuvieran un mágico poder, de pronto, su cuerpo se hizo visible a todos

los moradores. El dueño de la tienda al verlo ataviado con sus telas, pero que no sabía que eran de él, le increpó:

—¿Por qué tienes la cara sucia, el pelo desgreñado y tus manos y pies llenos de fango?

El prófugo no supo responder. Extendió sus manos y a él le parecieron normales, pero cuando miró sus pies notó que no estaban provistos de ninguna protección. Le pareció incómodo que las personas caminaran con esos adminículos. El dueño de la tienda se sorprendió al ver que el tipo que tenía enfrente vistiera esas lanas caras... El tendero no quiso avergonzarlo preguntando dónde las había conseguido, pero al mismo tiempo se contuvo de indagar sobre su origen, pues temía que el visitante se enojara y se produjera un conflicto al ingreso de su tienda —en el pasado había procedido de esa manera y la gente que cruzaba el lugar le juzgó mal por no confiar en sus conciudadanos— y se volviera a perjudicar en su negocio con la pérdida de clientes. Haciendo como si no le importara su aspecto, le preguntó:

—¿De qué lugar viene mi ilustre visitante?—lo hizo con ironía. Pero el prófugo miró con simpatía al negociante y se limitó a sonreír. Esto enojó al dueño de la tienda que, saliendo de su lugar, retiró violentamente al prófugo de su puesto y le dijo despectivamente que siguiera su camino.

El fugitivo sin molestarse se alejó del lugar moviendo su cabeza de arriba para abajo a modo de reverencia y despedida. Su conciencia, debido a que había

crecido en un medio salvaje, le indicaba que las cosas no poseían propiedad y que, todo lo que había en el pueblo, podía tomar según su necesidad sin dar nada a cambio. Con esa idea en la mente fue hacia los sitios en los cuales mostraban una gran variedad de frutas frescas y secas y verduras. Cogió un manojo de nueces y otro de aceitunas y se los llevó a la boca. El negociante de este almacén salió presuroso de su lugar y aprehendió al sujeto exigiendo que devolviera lo hurtado o que le entregara la paga correspondiente. El prófugo no comprendió qué sucedía. En la selva cogía todo lo que estaba a su alcance y nadie le reclamaba nada. Forcejeo un tanto y las pocas nueces que aún le quedaban en su mano las colocó en el cesto del cual había tomado. Esto no satisfizo al dueño que demandó el pago de las se había comido. El prófugo seguía sin entender qué estaba ocurriendo mientras masticaba ruidosamente los frutos en su boca y escupía las pepitas al suelo.

En tanto, un mocetón, de unos quince años, que a un gesto simulado de su amo había salido despavorido del lugar, regresó con dos hombres armados con sendos sables en su cintura. Estos, sujetaron fuertemente al fugitivo de los brazos y le condujeron —literalmente le arrastraron— fuera de la zona. El pobre hombre seguía sin saber nada de lo que estaba pasando, y peor podía entender a dónde era llevado. El negociante de fruta fue tras ellos. En un sitio inmundado y maloliente fue arrojado a los pies de quién sería su carcelero. El carcelero preguntó la causa de la detención y sin que el inculpa-

diera su versión ni que se levantara un juicio en su contra fue conducido al calabozo.

El fugitivo se encontró de pronto con muchos hombres acostados en el suelo. Muy poca ropa cubría sus cuerpos, y un olor nauseabundo que emanaba de su interior le produjo arcadas. A ninguno de los ocupantes de la celda le molestó la nueva presencia. Parecía que ni ellos mismo tenían conciencia de su propia existencia. En algunos vio como en la piel de sus manos y caras supuraba un líquido verdoso sanguinolento. Deben ser las llagas del pecado, pensó. Sin embargo, observó en un rincón a un hombre con sus vestimentas completas, se encontraba sentado con las rodillas levantadas y su cabeza entre las piernas; escuchó que sollozaba quedamente. Se le acercó tímidamente y se acomodó a su lado. El hombre al verlo con unas vestimentas caras alzó sus ojos llorosos y, sin que el prófugo dijera nada, le relató su historia.

<<Mire, buen hombre, estoy desde hace una semana tirado en este asqueroso lugar sin que sepa la causa de mi desdicha. Una mañana que salía con el traje nuevo, que mi padre me había regalado tiempo atrás, mis hermanos celosos me atacaron y me escondieron en una cueva. No comprendía qué es lo que causó la envidia de mis parientes... siempre habían sido buenos conmigo. Cada vez que solía pastar las ovejas me llevaban la fruta y la carne para que en la jornada no pasara hambre. Ese día, esperé un comportamiento igual... pero esta vez llegaron todos mis hermanos, cinco en total.

Me asombró sobremanera verlos juntos. Sin que tuviera tiempo de huir del lugar al intuir sus intenciones, me ataron y me golpearon. Me arrastraron a una cueva del lugar y me abandonaron malherido. Cuando recobré mi conciencia me percaté que se habían llevado la capa. Aterrado me asomé al ingreso de la caverna, pues, temí que mis atacantes vigilaban mi recuperación para reiniciar con su violencia. Pero no. El sitio se encontraba vacío. Supuse que las ovejas habían sido arreadas hasta el redil en la propiedad de nuestro padre. Al anochecer llegué al hogar... En entrar en la estancia mi madre, en hinojos, suplicaba al esposo el perdón por mi tardanza.

—El sol se ha ocultado y las ovejas, en la oscuridad, son presa fácil de los lobos... —le decía mi padre— Debe haberse entretenido con la nueva túnica que le regalé. Es un insensato y mal hijo...

—No culpes a tu hijo sin razones... En el camino hay muchos peligros que pueden haberle retrasado...

—¡Todos sabemos de los peligros que acarrea la noche...! ¡Y él más que nadie...! —Las palabras brotaban con simulada calma. Pero su cuerpo y su mente ardían fervientemente y le demandaban, cuando antes, enmendar la falta de su hijo predilecto... Levantado la voz añadió—: ¡Cuándo esté en casa sabrá recibir su merecido castigo...! ¡Un ejemplar castigo!

—¿Castigo? —pregunté—. Entré presuroso y me dejé caer en su regazo.

Mi padre se incorporó de prisa de su puesto y tomándome del cuello me increpó:

—¿Por qué has tardado tanto...? ¿Tu madre no ha dejado de llorar...? ¿Y las ovejas...? ¿Dónde han quedado las ovejas...?

—¡Deben estar en el establo...! Mis hermanos... — No terminé la frase. Enseguida entendí lo que mis hermanos habían pretendido.

—¿Qué sucede con tus hermanos?

—Ellos me han atacado en el campo... Se han llevado mi túnica y...

—¿Qué locura estás diciendo...? —me interrumpió mi padre.

Entonces mi madre intervino. Me rodeo con sus brazos y le manifestó a mi padre que nos acomodáramos en la mesa. Que en tranquilidad entenderíamos todo...

Les conté lo que había acontecido. Mi padre me miraba incrédulo y mi madre no daba crédito a lo que escuchaba.

En resumen, te contaré que mis progenitores no creyeron en la historia que les relaté. Decían que era un absurdo que mis hermanos me robaran la capa, y que fueran ellos los ladrones de las ovejas... Me tildaron de delincuente y fui llevado delante del juez. El Magistrado creyó que debía purgar mí descuido aunque no estaba seguro de que yo haya hurtado los animales. Desde ese día, estoy aquí pagando una culpa que no es mía... Mi madre lamenta mi ausencia, pero dice que así me comportaré mejor en el futuro. Mis malvados hermanos han jurado ante los altares no haberme provocado ninguna desgracia... y les mienten a nuestros padres que las ove-

jas están a buen recaudo... El Juez ha dictaminado que permaneceré en la celda hasta que se resuelva todo este asunto... >>

El fugitivo escuchaba con atención la historia... pero no pronunció palabra. No dio su opinión ni emitió ningún juicio de valor... El pastor de ovejas percibió que su interlocutor no estaba creyendo en lo que decía, por tanto, le preguntó:

—¿Tú tampoco me crees...?

—No sé... —se atrevió abrir la boca. Luego dijo—: En algún lugar he escuchado esta historia... pero el final de la leyenda es muy distinto al que tú me cuentas...

—Es muy posible... La injusticia se da en todos los lados... Para burlar a la justicia los hombres se valen de muchas artimañas, artilugios, subterfugios... y logran conseguir sus propósitos. La justicia no puede adentrarse en la mente y las intenciones de los hombres. Mi caso es patente de las situaciones adversas que les acontece a los hombres. Si la mayoría de la gente dice que hoy es noche y si no estamos dispuestos de verificar tal aseveración, todos caeremos en el error... Es la dictadura de la mayoría...

—¿Y si sólo uno tiene la verdad?

—Es tildado como un loco de remate... El mundo —o sea la mayoría— lo juzga y le condena al cadalso... a la picota...

—¿Consiguen su muerte?

—En muchos casos, lamentablemente, así sucede... Y debido a que todos están alienados, nadie hace o

dice lo contrario... El inocente... es el equivocado y el culpable...

—¿Y si antes de ser condenado consigue que todos le crean...?

—Dictadura de una sola idea... ¿Un tirano?

—Sí. Un dictador. ¿En qué sustenta su poderío?

El pastor no supo responder. Meditó una respuesta convincente, pero en ese instante el carcelero le llamó por su nombre... Cuando se asomó timorato a las verjas, le ordenaron:

—¡Coge tus bártulos...! El Monarca requiere tu presencia.

No tenía nada que llevarse. Se despidió sin ademanes de aquel hombre primitivo. Al salir le prometió que le ayudaría a salir del calabozo. El fugitivo le limitó a sonreírle compasivamente.

**De cómo el pastor llega ante el rey del pueblo
y logra liberar al prófugo.**

Pasaron muchos días cuando nuevamente el carcelero se asomó por la celda... Todos sintieron temor al escuchar sus pasos. Todos, menos el fugitivo. Él no estaba enterado que cada vez que el carcelero llegaba y se llevaba a uno de los presos, estos, jamás retornaban; bastaba que pasase un breve momento desde su partida y ya escuchaban escalofriantes alaridos cerca de allí. Todos los presidiarios se arremolinaron en la pared mugrienta del fondo esperando que no sea su nombre el que pronuncie el celador.

—¡Tú...! —Gritó el carcelero y señaló con el dedo al fugitivo.

El hombre cavernario giró su vista a los costados para ver si alguien se encontraba a su lado. Pero no había nadie, todos estaban amontonados al fondo de la celda. Entonces, mostrándose con el dedo índice, preguntó:

—¿Yo...?

—Sí. Tú... ¡El Ministro de Alimentos requiere tu presencia...!

Al escuchar que tan alta autoridad del reino necesitaba de él, sintió un gran alivio... En su mente dibujó los agrados que disfrutaría a continuación. Me sucederá algo parecido de lo que le pasó mi amigo, el pastor,

se dijo. No estaba muy equivocado. Pero su destino ya estaba trazado.

Dos eunucos le guiaron hasta el palacete. El supuso, estaba casi seguro, que dentro de las elegantes habitaciones encontraría al funcionario de alto rango, su amigo. Pero antes de llevarle a la presencia del consejero fue conducido a los baños públicos para que se lavara toda la porquería que llevaba encima. Luego fue llevado al barbero para que se cortase sus cabellos y se acicalara sus barbas. Cuando ya estaba limpio le condujeron a unos ricos y elegantes aposentos para vestirle con suntuosas telas. En el trayecto siempre fue guiado por esos dos hombres sin sexo, y cuando ellos entraron, con él, al vestidor se enojó tanto que enseguida puso una seria resistencia... Por supuesto, él no estaba enterado, en ese momento, que sus acompañantes jamás experimentarían las delicias que había gozado con su Varona. — Tiempo después, no mucho en verdad, se enteró que esos hombres, guapos, musculosos y bastante dóciles, encargados del cuidado de las doncellas del rey no tenían sexo. Esa condición les impedía tener algún acercamiento con las bellas damas del palacio y que, si lo hicieran, el rey confiaba que nada les sucedería a sus amantes—. Cuando ellos le explicaron que su trabajo consistía en acompañar a los amigos del ministro dentro del palacio, y que, además, no tenían sexo..., se tranquilizó y se dejó llevar. En su incipiente mentalidad no supo cómo discernir esta circunstancia muy particular. Y se le ocurrió la malévola idea de castrar a todos los seres

que cometan algún mal a la humanidad. Pueda ser que así la estirpe maligna no prolifere en la faz de la tierra, pensó. ¿Qué mal cometerían estos hombres? ¿Una medida drástica para qué no cometan ningún agravio a las chiquillas del rey? ¿Una medida preventiva? Mientras caminaban, por un pasillo reluciente como la luna llena, a los aposentos del jerarca, meditó sobre el triste futuro en la vida de estos hombres y, ante todo, por su condición de varones en aquella época. ¿Les castrarían, también, sus cerebros? ¿En qué parte del cuerpo se localiza el instinto de la conservación de la especie? ¿En sus órganos sexuales? ¿En su cerebro?

Una vez que fue llevado a la presencia del jerarca se le olvidaron todos esos pensamientos. Claro, estaba ante la persona, segundo en importancia después del rey, que atendía todas las exigencias del monarca, incluyendo la de interpretar el significado de sus sueños. Apenas ingresó se deslumbró al observar ese lugar. El aposento era fastuoso y brillaba como el sol en las mañanas, los ornamentos de la habitación eran delicados y exóticos; y las flores colocadas en maceteros de delicadas y suaves formas emanaban los más exquisitos perfumes. El ministro se encontraba recostado en un camastro de blandas telas y mullidos terciopelos. A su costado, de pie, dos hermosas mujeres abanicaban, con sendos aventadores de plumas multicolores, rítmicamente su lecho. Alzando su mano derecha hizo señal para que pasasen los súbditos. El fugitivo se intimidó observando tanta magnificencia, y avanzó arrastrando

los pies hasta una distancia prudente delante del jerarca. En su camino logró ver, uno en cada columna, a guardias militares armados con férreas espadas de un metal amarillento. El ministro hizo una señal con su mano izquierda y al instante se detuvieron los abanicos.

El fugitivo nunca habíase encontrado cara a cara con ningún enviado de los dioses. Claro, tampoco entendía nada de semidioses. Y menos, comprender todo el protocolo que debía cumplir en presencia de estos hombres. Entonces, los eunucos, a verle aturdido, golpearon con firmeza los hombros del fugitivo para que se humillara ante el ministro; el prófugo postró sus rodillas en el piso y agachó su cabeza hasta rozar con su nariz el suelo reluciente y vio su rostro reflejado. En esa posición incómoda alzó la vista y con los ojos entornados vio al ministro, y sonrió. Los guardias que custodiaban la estancia, al notar que mostraba los dientes, consideraron una burla y una insumisión al jerarca; se abalanzaron violentamente contra el visitante para corregir al malcriado. El ministro alzó ambas manos y detuvo, al instante, a los soldados. Estos miraron perplejos al jefe y volvieron obedientes a sus puestos. Entonces, para conmoción general de los presentes y el clamor de las divinidades, el ministro se apeó de su lecho y se aproximó al visitante. Le ordenó que se levantara y, una vez puesto de pie, le abrazó efusivamente y le besó sus mejillas. La concurrencia miraba atónita la escena. Entonces, le invitó a su lecho. Y mientras se dirigían al camastro le pasó su brazo sobre los hombros del visitante. Una

vez que se acomodaron, uno junto al otro, el jerarca le explicó del porqué de su llamada.

—Te he mandado a llamar... pues —se detuvo antes de darle una explicación, luego, dijo—: para que me ayudes con una exigencia del rey. La solución al pedido, que más bien debería decir: es una orden divina, debe estar solucionada antes de la medianoche.

—¿Y cómo puede este humilde salvaje, ayudarte...?

—Tu capacidad de sobrevivencia me ha dado la pauta para comprender que sois la persona indicada, creo que la única, para responder acertadamente al rey...

La curiosidad carcomía el espíritu del prófugo, tal como la maleza envolvía las ramadas de los árboles del bosque. La persona que estaba sentado junto a él era la misma que, hace poco tiempo, había compartido su celda. Esa persona le había prometido ayudarlo para salir del calabozo. Lo había cumplido. Ahora se encontraba en deuda. Pero cómo corresponder su atención. Rebuscó en su alma, con todas las fuerzas mentales de su ser, la capacidad que le había dicho que él tenía. Se tanteó los muslos y sus antebrazos y notó que se encontraban más delgados y con menos músculos de cuando entró a la cárcel. Dónde, carajo, las he perdido, se preguntó. Su poca capacidad mental, además, su posición de vasallo común no le bastaban para inquirir sobre qué había hecho su amigo para alcanzar tan altos sitiales. La posición del compañero de celda estaba tan lejos de su hori-

zonte intelectual, aunque muy cerca de su contenido espiritual. ¿Qué dices? Que su corazón pensaba y las cosas que él realizaba lo hacía con sus sentimientos y no llevados por las emociones del cerebro. ¿Me explico mejor? No. Ahí está bien. Saliendo del ensimismamiento que le había llevado la propuesta del ministro, se atrevió a preguntarle:

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Bueno. La situación es sencilla... A la verdad, ya tengo clara la respuesta, pero requiero una confirmación a mis impresiones... Es decir, tu criterio.

—Si se trata de sentimientos estoy listo para hacerlo... Cuéntame todo.

—Te cuento. El rey se levantó, hoy, con el pie izquierdo... Con un carácter que no se aguantaba ni él mismo... Entonces me llamó a su aposento, con la urgencia que lleva a un prostático a encontrar un baño, para que atendiera sus exigencias...

—¿Cuáles exigencias...?

—Pues, tuvo un mal sueño...

—¿Sueño...? —le interrumpió.

—¡No me cortes...! —le miró despectivamente—. Ya te lo explico: En el sueño ha visto que, mientras caminaba al río, algunas piedras se han metido en su sandalia y no le han permitido avanzar tranquilamente... Me ha confesado que las piedrecillas eran de diferentes colores, pero muy molestosas. En el trayecto, me indicó, las fue retirando una a una; al retirarlas le causaban alivio y dolor al mismo tiempo... Y que, la última

presentaba unas aristas muy puntiagudas, como espinas de rosas, y se le había clavado en su talón; al desprenderse le brotó mucha sangre y le provocó una dolencia inaguantable...

—¿Piedras en la sandalia...?

—Sí. Tengo, como ya te lo dije, algunas ideas... pero, me gustaría que me dieras tú impresión...

—De verdad, ¡estoy impresionado...!

—No me importa que estés impresionado... Quiero tu criterio o tu opinión sobre lo que yo interpreto... ¿Entiendes?

—¿Me crees un tonto...?

—No. Para nada... ¡Escucha! ¡Requiero atención! Lo que yo veo es que el rey debe deshacerse de todos los esclavos que extraen las piedras de las canteras... Eliminar a los esclavos, sacar las piedras... ¿Entiendes?

—Sí. Es muy lógica tu interpretación... Pero le falta algo a tu exégesis del relato del sueño del rey —añadió el prófugo.

El ministro quedose pensando por un momento. No entendía dónde el salvaje había escuchado esas palabras, sin embargo, le pareció que lo que decía era bastante acertado. Entonces empujó a que terminara su visión. y le preguntó—:

—¿Qué consideras que le falta...?

—Me dices que, el rey, en el sueño mira —mejor diría: *siente*— algunas piedras en sus sandalias. Que éstas son de colores y que le causan molestias y son dolorosas... Pues, te diré mi apreciación: Bien dices que

el rey debe deshacerse de las piedras o sea de los esclavos... Pero, a pesar de que le provocan mucho dolor él rey es muy obstinado y no dejará que ellos sean libres... Entonces, aunque no me creas —le dijo mirando a los ojos— cada una de las piedras representa alguna calamidad que deben soportar todo lo que el rey ha pisado, es decir, todo su pueblo, incluido los animales...

—Continúa... —El ministro estaba fascinado de lo que escuchaba.

—Te decía... Cada una de las piedras representa una calamidad y los colores simbolizan que todas serán diferentes...

—¿Diferentes? ¡Explicate mejor...

—Sí. Habrá tantas calamidades como piedras haya soñado el rey en su sandalia...

—¡Muy interesante!

—No obstante, el rey continúa con su camino al río a medida que se desprende una a una de ellas... Sin embargo, la última, la que le provoca más dolor porque le desgarrar la carne del talón, es la que permite desprenderse de las piedras, pero a un costo muy alto...

—¿Quieres decir que el rey sufrirá algún accidente de muerte?

—No. Él no. Pero los primeros hijos de su pueblo sufrirán las consecuencias...

—¿Morirán?

Al escuchar esa pregunta al prófugo se le humedecieron sus ojos... Su garganta se le secó, y logró pronunciar un inaudible:

—Sí...

El ministro del rey quedó estupefacto. Abrió tanto sus ojos que parecía se le saldrían de sus orbitas... Se cubrió la boca para no explotar con un alarido de angustia y lamento. Luego de un rato se calmó y le exigió al amigo que le resumiera su interpretación...

Cuando así lo hizo, exclamó:

—¡Me parece una locura! ¡Una verdadera locura!
¡Dime si se hará realidad todo lo que me cuentas!

—Lamentablemente... Sí.

—¿Y qué debo decirle al rey...?

—Dile... La Verdad.

—Tu interpretación, dirás...

—Da igual...

**Por no dejar libre a sus esclavos,
un pueblo sufre muchas desgracias.**

La primera señal se presentó luego de una angustiosa y prolongada sequía. El río, otrora caudaloso que cruzaba el pueblo, mermó su cantidad de agua hasta un nivel preocupante: el cauce era un hilacho de aguas pestilentes; y en sus orillas, fangosas y de un color rosáceo, se habían acumulado una gran variedad de peces y aves de rapiña, muertos. Amontonados unos sobre otros. Los olores nauseabundos provocaron que mucha gente, poco a poco, fuera migrando hacia zonas más alejadas del pueblo. Mientras reacomodaban sus nuevas residencias proferían algunas mofas al rey y exigían a sus allegados para que fueran donde el monarca a que les diera soluciones a los problemas de agua. Cuando el rey se enteró de la situación crítica de su pueblo —No lo hizo porque tuvo misericordia de ellos. Le importaba muy poco. O sólo cuando le eran de su provecho: Los asesores y magos de la corte real ya le habían prevenido del peligro que representaba para su reino que toda la gente se fuera del país. ¿A quién gobernarás?, le aconsejaban—. Entonces el rey, más enfurecido que inquieto por el desasosiego de su gente, ordenó a sus huestes para que condujeran a los esclavos al desierto y abrieran brechas en el suelo hasta encontrar fuentes de agua. Lamentable-

mente, sólo en unos pocos hoyos obtuvieron resultados satisfactorios, y, en la mayoría de las excavaciones, que alcanzaban profundidades inmensas, no hallaron nada más que piedras y rocas. En esas condiciones el agua disponible apenas abastecía a la familia y a los esbirros del rey. Largas colas se apostaban frente a los pozos para abastecerse de tan solo una vasija para el consumo del día... De a poco, la situación llegó a extremos difíciles de soportar...

Y fue entonces cuando el ministro recordó la interpretación del sueño que le dio al rey. En esa época la abundancia de alimentos era tan grandiosa que a nadie se le ocurrió, ni por idea, que algún día estarían en estas calamidades. Menos, todavía, al rey. Cuando el ministro le manifestó que las piedras en las sandalias, vistas en sus sueños, eran calamidades que debían soportar por no dejar libre a los esclavos, el rey lanzó una sonora carcajada y le ordenó que no anduviera pensando en pendejadas. La mofa recibida por su interpretación enojo al ministro pero se dominó y no contestó nada a su rey. Eso hubiera provocado la condena a muerte.

Sin embargo, guardó en su memoria, con algo de resentimiento en el corazón, la burla recibida por su majestad. Y le vino a su mente todo lo que le había comentado el compañero de celda. Con el recuerdo que empezaba a ponerse rancio acudió, pasado el mediodía, a los aposentos del rey para traerle a memoria de lo que un día había soñado. Tenía la esperanza de hacerle entrar en razón. El pueblo sufría y él debía hacer todo lo

que estuviera a su alcance para convencer al rey. Antes de ingresar, solicitó, a los guardias, permiso para entrar y, antes de que ellos lo otorgaran, se metió a los aposentos reales:

—¡Viva el Rey! Desde ahora y por todos los siglos... —Saludo reverente a su majestad.

—Saludos mi buen ministro... ¡Qué hace que vengas a mis aposentos a tan tempranas horas...!

El ministro no tuvo el valor para contradecir la hora y enojar al monarca, pues, ya habían pasado las horas de la comida del mediodía, así que simuló no haber escuchado nada... Sin preámbulos, entró directo al grano:

—¿Recuerda, mi majestad, el último sueño que le mantuvo preocupado durante un buen tiempo...?

—Pues, no. No lo recuerdo muy claro... —hizo un gesto de fastidio— Pero no estoy para recordar sueños... La falta de agua es una situación preocupante y prioritaria en este momento. La gente se va del pueblo... Los animales se mueren... Esta situación, ¡carago!, no es un sueño es una verdadera pesadilla... —Detuvo su lamento; pasó su mano por la mejilla, y mirando al ministro, le preguntó—: ¿Me ayudas a rememorar ese bendito sueño?

—Mi rey... Una noche, su majestad, soñó con algunas piedras de colores que le estorbaban en sus sandalias... ¿Lo recuerda?

El rey miró las lámparas que colgaban en el salón, entrecerró los ojos e hizo un gesto gracioso con su

boca. Parecía que se esforzaba en recordar. Claro a él no se le daba muy bien hacer ninguna clase de esfuerzos. Luego de un momento, con el rostro iluminado, exclamo:

—¡Ya lo recuerdo...! —lo hizo como si hubiera descubierto el misterio de la piedra filosofal—. Tu amigo de celda interpretó que nos sobrevendrían algunas desgracias si no liberábamos a los esclavos... ¿Cierto?

El ministro se sintió aliviado.

—Así es, Mi Rey...

—¿Y qué me aconsejas hacer al respecto...?

—Liberar a los cautivos —lo dijo sin rodeos—. No hay otra solución a esta...

—¿Liberar a quienes sustentan el reino con el trabajo más duro, difícil, agotador,... y gratis?

El ministro hizo silencio. No podía objetar al monarca. Pensar diferente ya era mérito suficiente para recibir un severo castigo. Y, lo que dijo a continuación lo hizo solamente para salir del aprieto en que él mismo se había metido...

—Redoblemos el turno de trabajo de nuestros esclavos...

—¡Muy buena idea! Con eso lograremos encontrar, rápidamente, más pozos de agua... —El rey sonrió y se mostró complacido por la idea. Se frotó las uñas en el túnica como si dijera: ¡Qué buenas ideas tengo!.

—¡Que así se haga, mi Majestad!

El ministro salió de los aposentos del rey muy acongojado...

Mientras tanto, las calamidades iban en aumento. La sequía continuaba y por el río ya no corría agua, en su cauce discurría la sangre de los miles de peces y aves de rapiña muertos. El ganado, esquelético y con pasos indefinidos y tambaleantes, acudía a las riberas del río en busca de pasto fresco, pero encontraron en su lugar montañas de carne nauseabunda y maloliente. Sin fuerzas para alejarse del lugar caían muertos sobre esa inmundicia añadiendo más roña al río.

Los cientos de ranas que habitaban en sus orillas, en tanto, huían despavoridas de su hábitat y se refugiaban en los lugares frescos dentro de las cabañas de la gente del pueblo. —La población acaudalada de la ciudad contaba con hermosas casas localizadas a considerable distancia del río, y las ranas no alcanzaban estos paraísos. De modo que, este tipo de población, no sufrió las consecuencias de la proliferación de las ranas—. Era tanta la cantidad de ranitas croando de un lado para otro que se metían hasta en la sopa. Y era lógico, buscaban desesperadas algún sitio húmedo donde refrescar sus delicadas pieles. Pero todo era seco. Miles de *croadores* murieron en el intento de alcanzar el paraíso, pues, todo el trayecto, desde su sitio natural de vida hasta las ansiadas sombras, estaba cubierto de una gruesa capa de tierra árida polvorienta. La fetidez de tanta muerte se acrecentó hasta alcanzar niveles que el aire se volvió irrespirable... El sexto caballo del apocalipsis había llegado. ¿Sexto?

Sí. Este caballo era de un color verde podrido con manchas marrones en sus flancos. El jinete que lo montaba llevaba en su cinto la espada de la peste y las enfermedades. Ingresó sádicamente al pueblo para atacar a todo desprevenido transeúnte; los niños y los ancianos eran su blanco predilecto, pero no escapaban de su florete las mujeres y los hombres.

Personas muy queridas del ministro fueron tocadas con la daga del jinete. Y el jerarca acudió nuevamente al monarca para recordarle las consecuencias del sueño. Cuando se acercó al lugar observó que algo había cambiado en el entorno. La cantidad de siervos había disminuido, y los guardias ya no se apostaban por todos los lados. Se percató de que existían varios lugares vacíos donde antes reverberaban las suntuosidades y las delicias. Esta vez sí cumplió con todo los protocolos para ingresar al camastro real, sin embargo cuando estuvo dentro el monarca no estaba en su lugar. Los abanicos descansaban ociosos al costado y las doncellas se hallaban en un rincón del aposento gimiendo alguna dolencia. El ministro espantado al ver tan lastimero cuadro levantó los brazos y exclamó, desde lo más profundo de su alma:

—¡Mi Rey! ¿Dónde estás mi querido monarca? ¡Necesitamos de tu presencia para calmar tanta dolencia y desconsuelo! ¿Dónde se ha perdido tu magnánima voluntad! ¡Dónde están tus divinos deseos! ¡Acude pronto para aplacar el dolor y el sufrimiento de tu pueblo amado! ¡Acude, Mi Rey; escucha el clamor de tu gente...!

El rey saliendo timorato de su escondrijo asomó su cabeza detrás de las cortinas. Sus ojos ensangrentados daban visos de que no había pegado las cejas en muchos días. Al cerciorarse quién estaba solicitando su presencia salió al encuentro del ministro. Por las mejillas de jerarca rodaron gruesos lagrimones y se estrecharon en un fuerte abrazo.

—¡La gente está desesperada...! ¡Mueren niños y ancianos todos los días! Los cementerios ya no dan abasto...

—Pero dime... ¿Qué debo hacer...? —le interrumpió.

—Has que salgan libres los esclavos... Ya lo discutimos la vez anterior... —le dijo resuelto el ministro, luego añadió—: No proceder de esa manera, en un futuro cercano ya no quedará nadie en el pueblo. Además, la gente está huyendo hacia territorios no cubiertos por tu mano poderosa... He escuchado que murmuran que eres un rey...

—¡Claro que soy el Rey...! —afirmó el monarca furioso, sin esperar que el ministro terminara su frase.

—...un Rey cruel... —se atrevió a decir.

—¡¿Cruel?! ¿Qué me estás diciendo...? ¡Este pueblo es realmente ingrato...! Tantos insomnios y tantas malas noches preocupándome por su bienestar... ¡No lo puedo creer!

El ministro guardó silencio. Sabía las consecuencias de contradecir el rey...

—La gente no puede esperar de mí ninguna compasión... —continuó el rey. Miró a su consejero esperando recibir su aprobación.

—No lo creo...

—¿Qué no crees...? Acaso, dime tú, ¿lo que hago no es bueno para el pueblo?

—Sí mi rey...

—¿Sí qué...? Me confundes con tus respuestas... —dijo enojado.

El ministro no encontraba las palabras adecuadas para decirle que la actuación del rey estaba estimulado por el capricho y, no tanto, por la maldad de su corazón. Rebuscó en su mente la palabra precisa para abrir un resquicio en el ánimo del rey y encontrar algo de misericordia. No lo encontró. Sin embargo, no quería darse por vencido.

—Me temo que las calamidades continuaran sí, mi rey, persiste en su decisión...

—¿Una piedra más en mi sandalia? —Pregunto el rey denotando curiosidad.

—Una piedra más... —le aseguró.

El monarca se aproximó a su camastro, y acomodándose en las mullidas sábanas ordenó que se le abanicara. Los siervos que estaban adormilados, enseguida, se pusieron manos a la obra; las doncellas que gemían a un costado se levantaron violentamente para servirle sumisamente las frituras abandonas en las fuentes. Entonces sucedió algo que hizo tambalear la malévola decisión del monarca. Las chicas, cubiertas de sanguinolento

tas llagas en su cara y en sus manos, miraron tristemente al monarca. El rey soltó un grito horripilante.

—¡Qué hacéis aquí...! ¡Inmundas...! ¡Hijas del averno...! ¡Nietas de Satanás...!

—Somos tus doncellas... —dijeron con una voz inaudible y se desplomaron en el piso.

—¡Sacadlas inmediatamente de aquí...! —ordenó a sus guardias.

Los soldados al acercarse vieron aterrados las llagas purulentas de las otrora bellas niñas. Estremecidos escalofríos recorrieron por sus entrañas y sintieron recelo de tocar esos cuerpos. Cuando intentaron separarse del lugar, de reojo, observaron el mármol, pulido como espejo, de las paredes y advirtieron que sus rostros estaban cubiertos de miles puntitos rojos. Estremecidos abandonaron el recinto. El monarca estupefacto gritaba:

—¡Detenerse cobardes! ¡Deténganse...! ¡Es una orden del rey...! ¡Es una Orden del Rey...! ¡Seréis castigados con la muerte...! ¡La muerte os espera si no regresáis inmediatamente...!

Los soldados sin escuchar las advertencias abandonaron los aposentos del rey...

El ministro y el rey... ¿Está bien el orden? ¿No? Entonces, el rey y el ministro se quedaron solos en la habitación. Los eunucos, desde que supieron que las pestes invadían el reino, salieron del país hasta las tierras que los vieron nacer. Esas tierras fértiles, donde crecían las más jugosas y deliciosas frutas tropicales, donde nacían las más bellas morenas dotadas de cade-

ras anchas y senos generosos, donde el elefante, el tigre, el hipopótamo y el león se disputaban a mordiscos los manjares de la vida salvaje... A esa tierra... Bendita tierra del origen de las especies y de la vida... A esas tierras del que un día salieron, sin contar con su permiso, atados de cadenas y grilletes...

¡Solos los dos...! Se miraron a los ojos sorprendidos y salieron del lugar en silencio. Cuando se asomaron al pórtico de ingreso vieron una nube gris que se movía en el cielo. Las sombras proyectadas cubrían el campo y a las inmundicias regadas; el sol alumbraba tímidamente la carroña esparcida... Entonces, un molesto y estruendoso ruido lastimó sus oídos; un zumbido incisivo y persistente les entró en la intimidad del pensamiento y les revolvió el cerebro, atolondrando sus neuronas. La nube era un organismo vivo que se movía por su propia voluntad. El nubarrón, al percatarse de la presencia de los dos sujetos con sangre virgen, se abalanzó contra ellos y les rodeó, ansioso de consumir, hasta la última gota el elixir de la vida que de ellos emanaba. Aturdidos por el extraño fenómeno agitaron aceleradamente y arbitrariamente sus brazos tratando de alejar el ataque. Las avispas, las moscas, los zancudos, los saltamontes, las cucarachas, los ciempiés, las libélulas, se colaron por sus vestimentas y se introdujeron en sus intimidades y, con sus finos aguijones, empezaron a chupar la sangre de los jerarcas. No obstante, lograron realizar sólo unas cuantas absorciones; intempestivamente los insectos retrocedieron y se alejaron espanta-

dos del lugar. El sabor apercibido no fue del agrado insectil. Los flujos internos de los individuos contenían elementos muy nocivos para los delicados gustos de los comensales, ya se habían acostumbrado a degustar efusiones en putrefacción y, el olor nuevo de estos anfitriones, no alcanzaba los niveles de los delicados y sutiles aromas de los cadáveres. Pero hubo un importante componente que no pudieron soportar y fue el que, realmente, les hizo retroceder y apartarse de esos personajes: era un tufo maligno que les recordaba sus vidas pasadas en el infierno. Por eso, decidieron alejarse de ahí e ir en búsqueda de sustancias no tan malignas. Y se quedaron los personajes, otra vez, solos.

El ministro le invitó al rey a pasar dentro del palacio, pues, la conmoción provocada por los insectos no tuvo, para ellos, mayores consecuencias. Solamente una que otra picadura en los fondillos y en las entrepiernas. Mientras se dirigían a la entrada de la residencia ya los bichos despejaban el ambiente y el aire se fue clareando; los rayos del sol penetraron en el lugar y nuevamente reverberó la podredumbre. El cruce a través de los pasillos lo hicieron en silencio. Cada quien meditaba en lo que habían acabado de observar. La situación era compleja y parecía no haber una solución a corto plazo. Entonces, al ministro se le ocurrió una idea genial: llamar al prófugo para recibir sus recomendaciones. ¿Pero dónde encontrarlo? ¿No habrá, acaso, muerto, también? Entonces el rey ordenó a que el fugitivo se presentara *ipso facto* delante de su presencia:

—¡En este momento quiero ver al salvaje...! —vociferó.

Sin embargo, no había nadie alrededor. Sólo el ministro escuchó la orden. Giró su cabeza para cerciorarse si alguien estaba a sus espaldas, pero no vio a nadie. Tuvo una necesidad irresistible de echarse a reír. Pero contuvo su carcajada con un breve carraspeo.

—No hay nadie en el palacio, mi rey... —dijo, acentuando cada una de las sílabas.

—¿Y dónde ha ido toda la servidumbre...?

—A la casa de San Pedro... Perdón, mi rey. Debo reportar que, todas las doncellas han fallecido víctimas de la peste. Los eunucos han fugado a sus naciones, pues, han preferido el escarnio público a la muerte ignominiosa del hambre y la deshidratación; y los guardias y soldados, han huido despavoridos al ver en sus rostros las señales indiscutibles de la pestilencia.

—¿Y la otra servidumbre...?

—¿Cuál...?

—Los cocineros y servidores, los sastres y costureros, los saltimbanquis y bufones, los consejeros y los magos... Tenía una tribu de esbirros que, cuando todo marchaba bien se me cruzaban en el camino, más que ayudando, estorbando... ¡Ahora que los necesito ya no hay nadie...! ¿Qué es esto...?

—Mi rey, ellos son parte de los esclavos del que tanto le he mencionado...

El rey imaginó que, entre tanto desconcierto, sin intención, había dado la orden de que sean liberados los

esclavos... Quedose pensativo y rebuscó en su memoria cuándo cometió el desliz. Mirando fijamente a los ojos del ministro, le preguntó:

—¿Los esclavos fueron liberados ya?

—No. No ha existido aún la orden... Pero, si no los liberamos las consecuencias que puedan devenir van a ser difíciles de soportar... y controlar.

El rey se sintió aliviado al escuchar que no había emitido la orden. Pero, ¿dónde se hallaba toda la servidumbre?

—Entonces, ¿por qué no están en sus puestos de trabajo...?

—Mi rey... todos los siervos están en sus alojamientos... en cuarentena...

—¿Cuarentena...?

—Sí, Mi rey. Aislados lejos de aquí para que la peste no contamine todo el palacio...

—Pues, necesito urgentemente que se pongan a mi servicio... —dispuso.

—No creo que sea posible... Pero, puedo ser yo quien vaya por el fugitivo...

En cuando el ministro salió de los aposentos para ir en búsqueda del fugitivo, el rey se recostó en su camastro y meditó en todo lo que sucedía en su reino. La muerte se había apoderado de todo lo que veía... Muy pronto, pensó, él mismo sería víctima de su necesidad.

Entonces, miró a un hombre vestido de blanco que se abría paso entre el polvo del desierto. Cuando estaba a poca distancia observó que aquel hombre col-

gaba de su espalda dos extremidades muy blancas, tan níveas como capullos de algodón recién cosechado. ¿Algodón? ¿Dónde he visto estas plantaciones? Estos brazos adicionales se movían lentamente y hacían que el hombre no alcance el suelo. ¡Volaba! De sus ojos brotaban lágrimas que resbalaban por sus mejillas rosadas. Enseguida esas gotas de agua se convertían en gemas de diamante, y cuando llegaban al suelo se escurrían en la superficie y se perdían para siempre. La imagen era espectacular y le rodeaba una aureola azulada tan brillante que velaba la vista. El rey, colocó su mano sobre su frente, en posición de resguardo, para evitar que la luz intensa le obnubilara la visión. Medio ciego escuchó una voz ronca que le dijo: <<Dejad que la simiente de mis ancestros salga de vuestros aposentos. La felicidad de un pueblo está en la liberación y en el gozo de sus íntimos deseos de vivir>>

Instantes después la imagen se desvaneció. El rey vio al ministro acompañado del prófugo que entraban apresurados. Aunque el monarca nunca había conocido al fugitivo lo reconoció al instante. Pero no sabía en qué sitio o en qué lugar lo había visto anteriormente:

—¿Te he visto en algún lado...? —le preguntó apenas le tuvo cerca.

—No creo que haya tenido el honor de conocerme... —respondió el prófugo con una sonrisa en sus labios. Enseguida, le dijo—: Por mis premoniciones estimo que debo haber aparecido en alguno de sus atolondrados sueños...

El rey estuvo a punto de castigar con una bofetada al malcriado. Pero el ministro actuó inmediatamente tocándole el hombro y le hizo un guiño de los ojos como queriendo indicarle que no hiciera caso a los atrevimiento del sujeto. El ministro, para evitar que la situación no se malogre, intervino:

—El rey está muy molesto y nervioso por todas las calamidades que están pasando...

—Si hubiese dejado ir a los esclavos nada de esto hubiera sucedido... —Dijo el prófugo mirando a los ojos del ministro.

El rey giró su vista hacia todos los lados un tanto enojado. Luego dijo:

—No os he llamado para que juzguéis mis actos... Exijo una pronta solución a todo este embrollo en el cual, vosotros, me habéis metido...

—¿Yo...? ¿Qué? —Pregunto sorprendido el fugitivo.

—Tú vaticinaste toda esta tragedia... ¿Quién puede ser entonces el culpable?

—Yo interpreté su sueño... Sólo realice un análisis de su pesadilla. Fue su señoría quién tuvo la desventura de imaginar todo lo que nos está pasando...

—Pero fuiste tú quién dijo lo que va a pasar...

—Pero, usted, lo soñó...

Las acusaciones mutuas hubieran tardado hasta el día de hoy si no hubiera sido por el ministro que con sus manos se interpuso entre los dos.

—¡Dejémonos de acusaciones...! Vamos a encontrar las soluciones...

—Sí. Necesitamos soluciones... Soluciones, en las cuales no incluya la liberación de los esclavos... —dijo, el rey, convencido.

—Mi rey... —dijo timorato el ministro— la salida a todo este embrollo...

—No. Ministro... —le cortó el rey—. La salida de los esclavos no es la solución.

—¿No es la solución...? ¿Por qué lo dice tan seguro?

—¿A dónde irá toda esta gente? ¿A morir en el desierto? ¿A vagar por los montes y los valles padeciendo de frío, sed, hambre...? No. No quiero que las muertes de todos los esclavos queden en mi conciencia... Recuerden que no he sido yo el que ha secado el río, tampoco que las ranas invadan las calles y viviendas, y, menos, que la peste y la muerte se hicieran presentes... No. No ha sido por intervención mía... ¿Por qué me culpáis por eso? Yo lo único que he deseado es cuidar de los míos. Esa es mi responsabilidad... De lo que venga del exterior, ¿acaso yo soy el causante? Mis más cercanos siervos se han ido de mi lado —se lamentó— y me han dejado desamparado, y ellos, bonita la cosa, me culpan de su desgracia.

—Pero tú mi rey... —intervino el prófugo—. No has hecho caso de los designios divinos... Ellos han dicho que debes liberar a tus esclavos...

—Y... ¿Por eso han matado a todo un pueblo? ¿Quién me devolverá la vida de mis doncellas, de mis eunucos y mis soldados fieles...? ¿Acaso, liberando a los esclavos recuperaré todo lo que me pertenecía...? ¿Las divinidades, generosas de vidas ajenas, me traerán nuevas doncellas y nuevos siervos...? ¿Quién es el causante de tanta miseria, de tanta muerte, de tanto dolor, de tantas lágrimas, de tanto...? —El rey exhausto, se apoyó contra la pared y se deslizó hasta el piso. Se recostó adolorido, y colocando su mano derecha en el lado izquierdo de su pecho, continuó con su lamento—: Mi corazón hoy gime de dolor... mi espíritu clama clemencia... Mis posesiones... Todas mis posesiones me han sido arrebatadas, mis anhelos de construir un mundo mejor se han esfumado y han emprendido vuelo con los insectos... Mis sueños de ver castillos majestuosos se han consumido como la podredumbre de la peste... ¿Quién podrá restituir mis heredades...? ¿Quién construirá mis mansiones y aposentos...?

El prófugo y el ministro viéndole abatido y derrotado movieron sus cabezas de un lado para otro como si dijeran que el rey no dejaba de tener razón en sus criterios... Ambos se acercaron al sitio donde se encontraba recostado el rey y trataron de levantarlo tomándole de sus brazos. El rey se dejó levantar. Mientras lo hacían notaron que por sus mejillas corrían unos hilos de un líquido color carmesí... Entonces el prófugo se estremeció e hizo un ademán con su boca para que el ministro también notara este hecho prodigioso. El ministro que

sabía el rey solía pintarse alrededor sus ojos con lápiz escarlata movió su cabeza en señal de que todo estaba bien...

Cuando el rey se hubo incorporado tomó aliento e intentó iniciar nuevamente con su sermón... Sin embargo, el ministro le indicó que se calmara porque podía sufrir un infarto al miocardio... ¿Miocardio? El rey le dijo que, también, los cardos eran suyos y todo lo perdido, también... ¿Mío...? ¿De quién más pudo haber sido...? Quedó la *palabrita* dándole vueltas en su cabeza. Cuando ya estuvo calmado prosiguió:

—Los esclavos que viven en el reino han sido adquiridos con el sacrificio de muchas guerras... Grandes batallas han sufrido mis antepasados para aprovecharnos de esos brazos que trabajen gratis en la construcción de los majestuosos edificios y hermosos jardines... Las victorias alcanzadas, las conquistas de pueblos y naciones no fue una dádiva de nadie. Las hemos luchado, lo hemos adquirido con sangre de nuestros soldados valientes y a costo de la sangre de los héroes de la patria... Mucho dolor, muchas lágrimas... El pueblo entero, durante generaciones, dio su vida para alcanzar las glorias. Nuestros ancestros han sacrificado sus vidas para que podamos heredar las riquezas alcanzadas... ¿Quién tiene el derecho de arrebatarnos lo que nos pertenece...? ¿Dejad libre lo que les pertenece...? ¿Quién es tan tonto para despojarse de sus vestiduras en medio del teatro? ¿Quién es tan estúpido para ofrecer su alimento antes de haber saciado él su hambre? ¿Quién es

el imbécil que arroja las perlas a los perros? ¿Quién es el rey inútil que deja sin protección a sus vasallos...?

La voz del rey se iba calentando y los ánimos se caldeaban. Entonces el ministro le ofreció una copa de vino... El rey aceptó la bebida. Aclarando su voz continuó—: Todo lo que el reino posee fue construido por nuestros ancestros... Los héroes han conquistado estas tierras y a los vasallos... Los valientes han defendido las heredades para que mi pueblo viva en paz... Y así lo ha hecho durante varias generaciones... Ahora nos han despojado de todo lo nuestro... Ya no tenemos nada...

—La libertad es lo máspreciado y sagrado que puede poseer los hombres... —le interrumpió el prófugo.

—¿Qué sabes tú de libertad...?

—Es la acción innata en los hombres para conquistar... —dijo atropelladamente el ministro. Quiso corregir la última palabra, pero fue demasiado tarde. El rey le cortó...

—¿Para conquistar... qué? La libertad no está en las paredes que nos aprietan, está en nuestro espíritu. Os confesaré una cosa: No podemos encontrar libertad en los otros, en el exterior de nuestras vidas. No. No se encuentra fuera de nuestro entorno. La libertad está en nuestro interior. Las cosas que nos rodean es sólo una cubierta que no impide que nuestro ser se eleve hacia las fronteras y los límites del Universo. Todo lo que nos envuelve, incluido, las costumbres, las leyes, no pueden impedir que seamos libres. Lamentablemente, desde que nacemos estamos sujetos a los nos envuelve, nacemos

ya en una prisión, y al crecer vamos adquiriendo las costumbres, el idioma y la religión de la sociedad en la cual nos ha tocado vivir. Nacemos y nuestro ser está vacío, a lo largo de nuestra existencia lo llenamos de prejuicios, de ideas, de creencias. Y cuando creemos que tenemos la edad suficiente para declararnos libres ya es demasiado tarde, pues, hemos pasado gran parte de nuestra vida aprisionados en ese medio. Estemos conformes o no, ya se han convertido en parte de nosotros mismos.

—Un momento... —le interrumpió el prófugo—. Dices que nacemos libres, sin nada que nos ate... pero a medida que vamos creciendo nos vamos volviendo esclavos de la sociedad. ¿Pero cómo el niño puede hacer valer su libertad si aún no tiene conciencia de su existencia? El niño depende de sus padres para alcanzar el desarrollo de ser un hombre independiente...

—... la independencia no quiere decir libertad... —continuó el rey—. La independencia nos hace actuar a nuestra manera, pero esa actuación ya fue influenciada por los actos que absorbimos cuando fuimos niños. Muchos tienden a confundir que son libres porque han alcanzado algún grado de independencia. Pero están equivocados. La libertad se extiende hasta las fronteras con la utopía y la imaginación. Y una vez que creemos haber alcanzado esos lares nos damos cuenta que el horizonte está aún más lejos. Muy pocos llegan hasta esos límites. Pero han corrido con la suerte de volverse locos. Por más independientes que nos creamos nuestros actos ya

estuvieron influenciados por el entorno en el cual vivimos...

—¿La libertad es una utopía inalcanzable...?

—No. No. Como les he dicho la libertad tiene de fronteras a la utopía... Pero esas utopías las formamos cada uno con nuestras aspiraciones.

—No entiendo bien... ¿Podría aclararme...?

—No es tan difícil de entender... Lo complicado del asunto está en la aceptación del concepto. Nuestras aspiraciones definen las fronteras. Si quiero llegar hasta el sitio donde corre el río y uso todas mis facultades para alcanzar las orillas, esa será mi libertad. Si deseo alcanzar las estrellas y hago todos los esfuerzos para llegar hasta ellas, esa será mi libertad. Si quiero conocer las profundidades en el conocimiento de la dirección del viento y de los misterios que encierra la vida y estudio hasta mirar, o tan solo atisbar, esos lugares, esa será mi libertad. Pensar a dónde quiero llegar y hacer los esfuerzos para alcanzarlos... Ahí está mi libertad.

—¿Es un deseo...?

—Es el deseo envuelto en el esfuerzo, en la dedicación y en el trabajo que dedicamos para alcanzarlo...

—¿Siendo así, muy pocos son las personas libres...?

—Pocos lo son, todos pueden serlo... El entorno en el cual nos desarrollamos no nos ha permitido alcanzar esa cualidad divina... Existen muchas situaciones que han impedido... Hay muchas fuerzas que no les conviene que el hombre sea libre... esas fuerzas impone

al hombre, desde que nace hasta que muere, a comportarse de acuerdo con sus intenciones.

—Espera, espera... Estás yendo muy rápido... —le cortó el prófugo.

—Sí. Muy rápido para nuestro entender... —acotó el ministro.

—La prisa que tengo no es por vosotros... Estoy solo en mi reino. Todos se han marchado... Y el hambre está gruñendo mis entrañas... ¿Quién preparará mis alimentos? ¿El hambre será parte de mi libertad? Todos mis fieles servidores se han ido con su libertad. La libertad que les ofrecí es la que ellos lograban hacer uso. Para qué dar más libertades que no sabrán utilizarlas... Sería como dar perlas a los puercos... ¿Para qué? La única libertad que tenían era suficiente para servirme... ¡Más que suficiente!

—Yo puedo tomarme la libertad de hacer su almuerzo... —se ofreció el ministro. Enseguida, recapacitó en su interior—: ¿Mi libertad alcanzará para servirle al rey?

—Bien has dicho fiel discípulo... Te tomarás la libertad de hacerme la comida. Nadie te ha obligado hacerlo, es tu libertad la que ha elegido hacerlo. Tu buena voluntad te ha hecho proceder de esa manera. Como la libertad reside en ti y la misma me favorece, no puedo negarme a que me sirvas. Pero si hubieras querido hacer algo más, cualquier cosa que no te he pedido y que, además, no quiero que lo hagas, entonces tu libertad se coartaría por mi voluntad. De aquí provienen las leyes

que rigen los comportamientos de las sociedades... —El rey guardó un instante de silencio para ver la reacción de sus acompañantes. Esperaba que ellos le preguntaran alguna explicación. Luego de ese momento, y sin que los asistentes dijeran nada, continuó—: Las leyes son la burbuja en la cual vivimos todos. En ésta cápsula invisible están, o deberían estar, todos los actos de los seres humanos. Todos aquellos que pueden ser regulables. Digo que deberían estar, sin embargo, lamentablemente, no están todos: hay muchos actos que pueden ser justos pero que no están en este campo; es decir, son justos pero no legales. Ahora bien, la no legalidad no quiere decir que sean ilegales —que están en contra de lo que dictamina una ley— sino que no están establecidos en una ley.

—Mil perdones, mi rey... —intervino el prófugo—, ¿podrías darnos algún ejemplo.

—Veo que me estáis prestando atención. Y eso me agrada en sobremanera. Veamos, un ejemplo: La ley nos establece que debemos dar de comer a los esclavos una vez al día. ¿Cierto? —Sin esperar respuesta, prosiguió—: Entonces si cumplo con la ley, es decir si doy una sola vez estoy siendo legal, pero, ¿seré justo? Ahora bien, si por mi generosidad o porque me da la real gana, les doy de comer tres veces al día... ¿Qué será? ¿Será justo? ¿Sera ilegal? ¿Será No legal? En este caso, al dar de comer lo que los hombres requieran para vivir es justo pero no es legal. Y eso está bien. Entonces, algo está mal. Diré, en primera instancia, que las leyes están mal.

¿Maldad? No. No quiero pensar que quién elaboró las leyes los hizo por maldad. ¿O pueda ser que sí? —El rey quedose pensando en lo que había acabado de meditar. No supo si sus acompañantes estaban asimilando, sin embargo, continuó—: La ilegalidad estaría si no les doy de comer una vez al día. Entonces a más de ilegal estoy siendo injusto. Por eso las leyes deben ser justas. Y la justicia, en este caso, sería que los esclavos tengan derecho a comer las veces que sean necesarias para satisfacer sus apetitos y puedan con esa alimentación recuperar las fuerzas perdidas en sus trabajos... Esto sería justo. Si las leyes no establecen esa justicia, entonces las leyes están realizadas para favorecer a quién distribuye los alimentos o a quién tiene la obligación de satisfacer el hambre.

—Si no hay comida para repartir tantas veces como requieran los esclavos? —preguntó de repente el prófugo.

—Entonces la leyes deben establecer los procedimientos para una repartición justa —dijo el rey, esperando que su argumento sea suficiente.

—Quieres decir que si no repartimos igualitariamente los alimentos se trata de una injusticia, pero puede ser legal si las leyes están elaboradas para proceder así...

—Más o menos así... Esa es la idea... —El rey, en ese entonces, se frotó con su mano el vientre y disimuló la emanación de un gas, luego, reclamó—: ¿A alguien escuché que estaba dispuesto a preparar el almuerzo...?

¿No se estará confabulando, ante mis narices, una injusticia en este salón?

Los tres personajes salieron del salón y se dirigieron hacia la cocina. Mientras caminaban iban meditando en la disertación del rey... Sin embargo, al prófugo aún le rondaba por la cabeza algunas dudas, en especial sobre la situación mísera de los esclavos... ¿Legalidad? ¿Justicia? ¿Libertad?

Luego de haber saciado sus hambres retornaron al aposento del rey. El monarca estuvo satisfecho, pero la comida preparada por su ministro no alcanzó las expectativas de su delicado paladar. El ministro se rascó la cabeza y escuchó varios truenos a la distancia; miró a sus acompañantes y dibujó una sonrisa en sus labios.

—¿Le gustaron los espaguetis...? —inquirió el ministro.

—La salsa que lo acompañaba realzó el sabor de la pasta... —respondió el rey despreocupado mientras miraba a los acompañantes. Luego preguntó—: ¿Escucharon esos ruidos?

—Sí... —dijeron a coro. El prófugo, inmediatamente, ensayo una respuesta—: Se asemeja a los rugidos de los estómagos vacíos de los esclavos...

—¡Pregunto en serio...! —se enojó el rey.

Los únicos vasallos presentes quedaron en silencio mientras el rey se paseaba intranquilo por la sala. Enseguida, el prófugo carraspeó, el rey se detuvo y giró su cabeza en dirección del ruido, y observó al prófugo que bajaba su mano que había cubierto la boca. Luego,

con la mirada, le llamó la atención e incitó para que respondiera a la actitud impertinente. Sin embargo, el prófugo, para tranquilizar los ánimos caldeados, hizo una pregunta:

—Mi rey, ¿cómo podemos calificar un acto si es o no justo?

—La justicia está en el corazón... —respondió el rey.

—¿... en el corazón...?

El rey continuaba atento a los ruidos que provenían desde lejos. No obstante, la pregunta que le había formulado el prófugo requería una contestación satisfactoria. Observando que las miradas de los acompañantes estaban fijas en su rostro. Continuó—: Para explicarme en mi respuesta: todo lo que consideramos justo es porque viene del corazón. Les contaré una historia que me relató mi padre cuando aún era un niño...

>>Los esclavos de un pueblo cercano al nuestro tenían de gobernante a un soberano muy inteligente. La sabiduría de sus decisiones, decía él, nacían de su corazón. Es decir, del amor que profesaba a los semejantes; a todos, sin excepción de persona, sea esta esclava o algún personaje de la burguesía. Era su corazón quién dictaminaba sus sentencias. En pocos, muy pocos arbitrajes, eran decretados por su razón... Y, ninguna por la legalidad... Claro, debemos entender que él era la ley... entonces, sus decisiones eran legales y justas. Con este preámbulo les contaré que, en cierta ocasión, llegó antes su tribuna dos pastores que estaban en disputa por una

oveja que había cruzado la verja del corral vecino. Ninguno de los dos sabía con certeza si la oveja les pertenecía, pues lamentablemente no llevaba ninguna señal que demuestre su propiedad. Cuando el rey mandó que trajeran a la oveja en disputa, los pastores empezaron nuevamente el altercado de quién debería hacer la tarea dispuesta. El uno argumentaba que la oveja le pertenecía, por tanto sería él quién haría el mandado; el otro decía que él acometería con la orden porque la oveja estaba en su propiedad. El gobernante mandó que se callaran ya que la solución al problema de propiedad de la oveja estaba resuelto. Cómo podría saberlo sin siquiera haber observado a la oveja disputada, se preguntaban los presentes. Entonces el rey les dijo: Si ambos desean traerme la oveja, pues, que ésta quede en pago de mis servicios... Los pastores se miraron estupefactos a los ojos y dudaron de la sabiduría del soberano. Observando la reacción de los pastores, el rey manifestó: La oveja no será para mi usufructo sino para repartir su lana entre quienes padecen de frío. Les diré, además, la oveja nos les pertenece a ninguno de los dos, pues el pasto que lo alimenta no les pertenece, todas las propiedades y campos son del rey... por lo que, lo que la oveja ha comido me pertenece y la oveja es mía... Entonces el pastor a quién verdaderamente le pertenecía la oveja le dijo al rey: Tu buen corazón me ha contagiado y acepto la propuesta para que la oveja quede en tu disposición para bien de la comunidad... El otro pastor quedose callado pero en su interior rebullía: El rey dice que el pasto

es suyo, pero para que ese pasto crezca debo regarlo todos los días... la oveja es mía...

>>El rey se puso de pie y ordenó que la oveja sea entregada al primer pastor. El otro protestó, y señaló que no podía cumplir el mandato pues lo considera injusto... Entonces matadlo y recibid cada uno su parte, dijo el rey, un tanto molesto. El segundo pastor cayó en el ardid del rey y aceptó que la oveja sea repartida. Al rey no le quedaba duda que la oveja pertenecía al primer pastor y mando a sus soldados para que cumplieran la orden. Así se hizo. Una vez que le fue entregada la oveja, el pastor la llevó ante el soberano para que dispusiera lo que su majestad había ordenado.

Terminado el cuento, el rey les dijo:

—Todo lo justo nace del buen corazón... El amor a los demás hace que procedamos con justicia. Si no hay amor en tus actos, entonces lo que haces está guiado por tu razón... Si no hay amor ni razón en lo que concibes, ¿cómo puedes esperar justicia en tus acciones?

—Mi rey... —dijo el prófugo—, las cosas de las razón no las comprende el corazón... Y las cosas del corazón no las entiende la razón... ¿Qué se debe hacer para que los dos anden tomados de la mano?

—Lo que dicte tu corazón... hazlo con el corazón. Pueda que no te diga nada, pero si sientes, en tu corazón, amor al desposeído, al desamparado, al enfermo, al discriminado, al que no ha sido tratado con justicia, entonces tu corazón actuará en favor de ellos y esa será la

justicia. La razón te dará la sabiduría para proceder en beneficio de ellos.

—Trataré que mis actos estén guiados por el amor... —Quedose pensativo el ministro, y sabiendo que no todos sus actos estarán guiados por ese sentimiento, le pregunto al rey—: ¿El odio nos conduce a la injusticia...?

—El odio y la indiferencia... El odio, porque nunca se puede esperar nada bueno actuando con el rencor... Y la indiferencia porque si no tienes afecto o desafecto, ¿qué guiará tus acciones...?—Inmediatamente sin esperar respuesta, dijo—: Tus prejuicios, tu formación, tus costumbres... tu proceder será igual a como te han enseñado...

Luego de que hubo pronunciado estas palabras los estruendos de la tormenta resonaron en la cubierta del palacio del rey. Todos salieron atropelladamente hacia el exterior. Y antes de asomarse a la salida notaron algunas gotas de lluvia cayendo a sus pies. Retornaron deprisa a los aposentos de rey para evitar que la lluvia mojara sus rostros y cabellos y, ante todo, para evitar que la humedad lavara los pensamientos y reflexiones que acaban de aprehender del monarca. Al adentrarse fueron entonando cánticos de alabanza a los dioses celestiales.

Apenas estuvieron acomodados en el apacible camastro del rey se olvidaron de la plática. En cada uno de ellos nació la esperanza de que vendrían días llenos de prosperidad, y que, todos los males sufridos y pade-

cidos en los últimos tiempos dentro de poco serían solo unos malos recuerdos.

La historia hubiera tenido un final feliz, pero la maldad en el mundo ocurre aún en los tiempos de prosperidad. Lo que ocurrió en los años siguientes, luego de que la lluvia empapara los terrenos y florecieran los campos, fue peor de lo ya vivido. Los horrores por la codicia, la envidia y el egoísmo, dejaron a la tierra yerma y las muertes se multiplicaron por toda la nación. La codicia, y el acaparamiento de las riquezas por ciertos grupos elitistas de aquella sociedad provocaron rebeliones que diezmaron a la población menos favorecida. La envidia de lo que poseían unos y deseaban otros facilitó cruentas guerras en las que nadie, ninguno, salió favorecido. La población se volvió egoísta, y el materialismo se hizo presente en la vida cotidiana de la gente. Pero, ¿qué fue lo que pasó? Aún no se termina, las luchas continúan y las actitudes de las gentes ha vuelto miserables a todos. En aquellos por privilegiar sus posesiones se olvidaron de vivir; y en los otros, por carencia de heredades murieron por obtenerlos. Lo que sucedió luego me fue relatado por fugitivo, pues, el rey y su ministro retornaron a sus afanes de gobernar a un pueblo plagado de esclavos. Y ellos no supieron nunca lo que su mandato o su necesidad provocó en el pueblo.

Cuando el prófugo se adentró dentro de la sociedad de esclavos... ¿Por qué dices esclavos...? Vivían esclavos de las leyes que al rey se le ocurría... Ahora que

estaba en tiempos de vacas gordas, las leyes que dictó el rey fueron adaptadas a las nuevas condiciones de prosperidad, de forma que los beneficios de lo que la sociedad producía sean, en mayor parte, del provecho de los poderes del reino: Los gobernantes, la guardia y el clero.

En primer lugar: De todo aquello que producía la tierra una porción era destinada a satisfacer a los poderes reinantes: Una fracción para la subsistencia del rey y de los lacayos y sirvientes del monarca; otra, para la guardia que protegía al rey —la clase militar era numerosa, así había ordenado el señor que sea, pues, temía que su reinado fuese asaltado por el pueblo; y, de suceder, sus privilegios hubieran cesado para ambas partes. Situación que no convenía a los intereses de ninguno; y, una tercera fracción fue para la clase celestial —menos numerosa que la de los soldados, pero igual de glotona e inútil— que esperaba impaciente las remesas de sus fieles.

En segundo lugar, estaban las riquezas materiales de los orfebres y artesanos. Grandes cantidades de metales y minerales eran usufructuados para adornar los palacios y los templos. Y otra para fabricar las espadas y los fusiles. Los mantos de las mejores sedas y lanas cubrían los cuerpos del rey y su corte; y las mejores vestimentas abrigan a los soldados y al clero.

La tercera, y la más valiosa de todas eran el ingenio y dedicación de la gente. Todos los conocimientos adquiridos por el pueblo —sapiencias y destrezas heredadas de sus ancestros y de una evolucionada inventiva

propia— fueron aprovechados para saciar el apetito ególatra de los de arriba en la construcción de magníficos palacios y templos y en la fabricación de nuevas armas para proteger al rey.

Fue así que, las leyes fueron dictadas para favorecer a estos tres grupos privilegiados. Y cada quien deseaba obtener una mejor tajada. Aunque eran cómplices del abuso nunca estaban satisfechas. A pesar de vivir a costillas del pueblo nunca se resignaron con lo que obtenían gratis. La situación no se hubiera descalabrado si en estos grupos favorecidos no se hubieran inmiscuido otras personas que deseaban también obtener los mismos beneficios. Y estos se creyeron también parte del poder y empezaron a minar las escuálidas riquezas de los obreros. Y vinieron las guerras.

Sin embargo, antes de que sobrevengan las disputas por el poder, las élites sociales —catervas de malandrines inspirados por su afán troglodita— acapararon para sí todos los espacios que no pudieron atender eficientemente las tres instancias supremas de la sociedad. Y se adueñaron de las tareas del comercio, la banca, las comunicaciones, las minas, la energía, la salud, la educación y de todo aquello que fue mal atendido por el gobierno civil, los militares y el clero. Con el devenir del tiempo se convirtieron en parte del poder. Y empezaron a manejar a su antojo todo el convivir del pueblo. La sociedad, en un principio, creyó inocentemente que todo marchaba bien, pues, si la capacidad de los tres capataces mayores no era suficiente bien valía la

pena que las élites apoyen u coadyuven en las tareas, aunque sea con mingas de solidaridad y tés de caridad.

Entonces el gobierno civil se desatendió de sus obligaciones y dejó que estos grupos abusaran por brindar sus servicios —Ya les pertenecía con exclusividad a ellos, y crearon la atmósfera de que era los únicos que podían ofrecer esos bienes—. Iniciaron con el comercio de los alimentos e impusieron los precios que mejor les convenía, cuando la producción superaba la demanda arrojaban al mar el superávit, y para que toda su actuación se revista de legitimidad se apoderaron de los espacios políticos en los cuales dictaban las leyes que mejor aprovechara a sus propósitos. Como el negocio en sus manos marchaba bien se asignaron las tares de educadores, y formaron profesionales que luego, con el conocimiento y la sabiduría, servían en sus haciendas y empresas con sueldos que los obligaba a mantenerse en ese estatus de trabajadores dependientes. Aunque eran instruidos nunca aprendieron a pensar, se educó para servir a los amos de la sociedad.

De igual manera lo hicieron con la salud... y la gente nunca se curó de sus enfermedades, pues, las corporaciones médicas mantenían a las personas con las energías suficientes para seguir en sus trabajos, no obstante, debían volver a sus dependencias a curarse por repetidas ocasiones... hasta cuando les llegaba la parca. Habían inventado —nunca supo, el prófugo, si el gobierno lo sabía y, siendo cómplice de la fechoría, nunca dijo nada, o si los mercaderes de las enfermedades lo

hacían a espaldas de la autoridad— los paliativos de las dolencias y los placebos en sus tratamientos.

Luego incentivaron el ahorro, aunque vaya en desmedro de su calidad de vida, para que esos dineros vayan a sus locales, a sus entidades financieras que dieron en llamarse *bancos*. Al mismo tiempo empezaron a formar imágenes de cómo la sociedad debía vivir y qué tenían que comer, qué vestir, qué carroza manejar, y en cuál tipo qué casa vivir; incluso qué tipo de esposo o mujer sería el ideal, cómo debían que ser los festejos de las bodas y otras ceremonias —en contubernio con el clero crearon las fiestas fastuosas y las ropas elegantes y les mintieron que prevalecía el ligue si éste contaba con el consentimiento de las divinidades—, en fin todo estaba bajo su control; y se inició el consumismo de artículos superfluos que no servían para vivir felices, pero les hacían creer que obteniendo esos bienes encontrarían la felicidad... La felicidad de las apariencias... Y la gente empezó a pedir más dinero de lo que tenía ahorrado y a gastar en miles de cosas que no necesitaba. Los incautos habían caído en sus redes... Las élites se encontraban en el paraíso. Riéndose a carcajadas.

El clero inventó imágenes milagrosas para curar enfermedades —una para cada dolencia—; para tener riquezas —una diferente dependiendo del monto soñado—; otras para tener esposo, otras para viajar...; en fin, un mosaico de todos los colores y sabores —a gusto del cliente, decía el prófugo—. Y edificaron templos y capillas para cada una de ellas... Y en cada una puso un

gerente para administrar los ingresos que los fieles entregaban a cambio de que su pedido sea satisfecho... A cambio recibían la esperanza de obtenerlos algún día, pues, era sólo un ofrecimiento de cumplirlas. Nunca les dieron garantía de que su pedido sea cumplido y satisfecho plenamente. Nunca. Claro, había algunos que eran más estrictos que otros en sus exigencias: en varios se podía entregar lo que bien se podía, en cambio, en otros el monto de la aportación era exigida. Pero las carencias del pueblo eran muchas y las necesidades sobreabundaban, por lo que, la esperanza —la última aspiración que tiene un ser humano para aliviar sus penas— la depositaron en las divinidades. ¡Qué más les quedaba! Las otras actividades estaban en posesión de las élites de la sociedad.

El prófugo, al mirar como la sociedad había florecido, por la bendición de la lluvia, luego de haber pasado tan terrible miseria y muerte, se dio cuenta que la gente estaba contenta, no era completamente feliz pero sus necesidades primordiales estaban someramente satisfechas. Como él nunca había visitado una escuela, una iglesia ni un banco se maravilló que todo eso ya tenía a su alcance.

Pero se desencantó enseguida. Cuando pasó frente a una iglesia vio a dos pordioseros que estaban apostados, lastimeramente, en la puerta de ingreso. Cada vez que alguna persona pasaba por su delante estiraban sus manos con la esperanza de recibir cualquier moneda. Se preguntó: ¿Si la sociedad tiene los templos del saber, el

comercio de alimentos y la banca repleta de dinero por qué están en esas condiciones? ¿Quiénes serían sus padres? ¿Serán acaso un rezago, unos parientes, de los esclavos picapedreros? Hace poco había visitado grandes palacios desocupados y saboreado las más exquisitas comidas, en sitios donde los restos eran desperdiciados o compartidos con los perros; había conversado con gente engalanada con vestidos bellos y pulcros... Y se sorprendió al notar la desigualdad de vida entre los diferentes habitantes de la sociedad. Si, reflexionó, se encontraba en una colectividad en la cual la justicia de las leyes imperaba, entonces, por qué la calidad de vida no es similar para todos. Concluyó que, o bien las leyes no estaban administrando justicia o las leyes no eran las adecuadas. Mejor será cambiar las leyes, pensó: Creo que estas ordenanzas ya no nos sirven...

Y se alejó, no sin antes dejar su manto, dividido en dos partes, para que cubra las espaldas desnudas de los mendigos.

Cuando, el prófugo, se acercó al mercado del pueblo observó a varios soldados, fuertemente apertrechados, agrediendo a un hombre. Los verdugos azotaban la espalda del ciudadano quién pedía clemencia y perdón por los errores que había cometido. Desde una esquina contraria a la plaza un grupo de jóvenes observaban inmutables la golpiza. El prófugo intentó intervenir para evitar que la flagelación le cause la muerte, sin embargo, uno de los carniceros le detuvo en el acto con un brusco ademán de su espada. Se apartó un tanto del

sitio esperanzado de que el acto criminal termine pronto. Pero los abusivos seguían golpeándole a pesar de que ya el hombre desfallecía, sin embargo, soportaba quedamente los latigazos. Unos murmullos se escucharon en derredor: “Está muerto...” Entonces, unos jóvenes que pasaban por el lugar, armándose de valor y con unos palos que se procuraron de un pilo de leña intervinieron dispuestos a defender al infeliz. Los soldados al ver la actitud beligerante de los muchachos se abalanzaron contra ellos dejando libre al ajusticiado y empezaron una trifulca de palabras; no obstante, ninguno hizo uso de sus armas. La actitud tomada por los chicos fue respaldada por los otros ciudadanos que transitaban por allí. En breve, una multitud se arremolinó alrededor de los soldados mientras estos amenazaban con utilizar sus espadas si alguien osaba tocarlos. Viéndose rodeados consideraron que su batalla estaba perdida y bajaron sus espadas en señal de rendición. El más atrevido se abrió paso a través de la gente y marcharon a sus recintos militares. Nadie digo nada.

Este hecho fue la gota de agua que rebasó el vaso y empezó a manifestarse el descontento de la gente; al inicio fueron pequeños brotes de rebeldía pero estos continuaron hasta convertirse en verdaderas batallas campales. La situación hubiera terminado con la muerte de todos los habitantes de no haber intercedido un joven solitario que, con su don de palabra y su carisma, convenció a la población, a los rebeldes y a los gobernantes que terminaran con las hostilidades e hicieran las paces

en buenos términos, Argumentó que, para que haya convivencia pacífica era necesario la aceptación de las diferencias y que, sobre todo, las actuaciones debían estar adobadas de afecto, con sentimientos de verdadera solidaridad y cariño. La población que solía quedarse pasmada cada vez que escuchaba los sermones del joven aceptó de buen agrado sus consejos y sugerencias. De igual manera, los gobernantes cedieron a sus pretensiones porque las palabras del mozuelo habían favorecido para que se restableciera la concordia y, al mismo tiempo, se conservara el estatus quo imperante desde antes de las rebeliones.

Sin embargo, quedaron rezagos de la rebeldía en ciertos grupos subversivos cuales deseaban un cambio radical e integral de la sociedad. Con este propósito se habían refugiado en los alrededores del pueblo, escondiéndose en cuevas y bosques. Y desde allí prepararon el ataque final y contundente para terminar con los poderes imperantes y con las castas privilegiadas de la sociedad.

PARTE III

El prófugo, al enterarse que en las colinas selváticas alrededor del pueblo pernoctaban algunos grupos de insurrectos al sistema dominante, fue en su búsqueda para cerciorarse de su existencia y conocer cuál era la ideología que les impulsaba a mantenerse en esas precarias condiciones. Cuando estuvo cerca de lo que él supuso era la puerta de ingreso al refugio de los sublevados tuvo temor de ser atacado, entonces tomó una rama de olivo y se colgó al cuello. Los centinelas percatándose que una persona solitaria caminaba por el bosque se pusieron en guardia y siguieron cautelosamente sus pasos. Uno de los subversivos le identificó como el amigo del rey y dio la voz de alerta a su comandante. El Jefe dispuso que continuaran en vigilancia estricta del forastero, pues, dijo, podía tratarse que su presencia hubiera sido ordenada por las élites gobernantes para espiar las actividades del grupo. El prófugo se adentró en el bosque sin encontrar señales visibles de presencias humanas. Su mente retornó los instantes en que, en similares circunstancias, habíase encontrado con el Hijo de la Serpiente y un escalofrío recorrió su cuerpo. En ese instante percibió un ligero movimiento de las malezas y sus pies trataron de huir del lugar. Miró atentamente al sitio pero la calma reinaba en el lugar. Con pasos discretos y mirando hacia todos los lados continuó en su camino.

Hubo recorrido varios trechos cuando a una distancia que alcanzaba su visión notó un claro en medio de la arbolada. Quedose quieto y oteo, girando sobre sus talones, su derredor. Su instinto le previó que se encontraba ante un peligro inminente. Se retiró la rama de olivo del cuello y la levantó, arriba de sus hombros, en señal de que venía en son de paz. Cientos de ojos miraron los ademanes del hombre pero desconfiaron de su actuación, pues ya el comandante les había revelado quién era el intruso. El silencio era total y el forastero creyendo estar a solas siguió su camino y se introdujo receloso por el descampado. El impacto que le causó cuando descubrió lo que vio a continuación casi pone fin a esta historia. Pero, el comandante, acompañado de su sequito de custodios, salió de su escondrijo y le cortó el pasó. Sin que le diera tiempo de huir fue aprisionado. Y enseguida se le interrogó:

—¿Quién sois...? —preguntó el comandante aun a sabiendas que conocía de quién se trataba. Y sin que le diera tiempo de contestar, le inquirió—: ¿Quién te ha enviado a merodear por estos lares...?

El forastero vio inútil inventarse alguna mentira. El joven que fungía como Jefe de la banda era quien había intercedido en la trifulca del mercado. Le reconoció enseguida y contesto sin disimular su sorpresa.

—Estoy aquí por mi propia voluntad... —Y sin esperar que fuera aceptada su argumentación, continuó—: Tú sabes que soy amigo del rey, pero, ni él ni nadie me

han ordenado vigilarlos, son otras las causas que han motivado mi búsqueda...

—... ¿Y se puede saber cuáles son tu nobles intereses...? —Pregunto el Jefe con cierta ironía en su voz.

—Conocer que les impulsa a rebelarse al orden establecido...

—Bien dices ilustre caballero... rebelarse al orden establecido... Este estatus nos ha sido impuesto a través de la intimidación, del engaño y la fuerza... El temor que siente la gente, aunque sólo sea pensar, si se atreve a desobedecer la palabra del rey... Lo que él habla es ley para todos, así él estuviera totalmente equivocado... Y de hecho que lo está, pero nadie se atreve a contradecirlo. Ni los más cercanos amigos pueden dudar de su infalible palabra... Y la verdad de él se ha convertido en la verdad que todos tenemos que acatarla sin protestar; por no hacerlo, lo sabes bien, seremos condenados a la picota... Los soldados están ahí para que se cumpla...

—¿Te refieres a lo del caso de los esclavos...?

—A ellos y su negación para que el pueblo sea libre...

—Pero él tiene mucha razón al decir que el pueblo no sabrá cómo actuar si le otorga la libertad...

—Ahí está el dilema... La voluntad de ser libre nos pertenece a todos, aunque la libertad será la que me sea otorgada por la sociedad... Sin embargo, las condiciones no son humanas de quienes viven privadas de su libertad... Además, esos hombres no están purgando

alguna culpa realizada a la sociedad... Están en esas realidades porque el rey así lo quiere...

—Me estás poniendo difícil... —sonrió el prófugo— Te ruego me expliques eso de que la libertad está en lo que la sociedad me permite... ¿La libertad no nos pertenece a todos...?

—Son puras apariencias... Si tú dices que tienes libertad, ésta será la libertad que te permiten las leyes. Las leyes las dictamina quien tiene el poder y, ese poder, te hace creer que eres libre cuando actúas bajo, o el dominio, de esas leyes... Lo único que te pertenece es la voluntad... y el librepensar.

—Entonces qué es lo que tú estás persiguiendo al luchar contra ese orden establecido...

—Mejores condiciones de los que están bajo el poder...

—Pero, ¿qué ganamos con eso...?

—Mejores personas... Y una vez que la conciencia de la sociedad se encuentre a un nivel de ver la realidad de las cosas...

—¿Conciencia de la sociedad...? ¿Qué estás diciendo...? ¿Acaso la sociedad tiene conciencia...? —preguntó intrigado el prófugo.

—Por supuesto... la conciencia colectiva... La conciencia individual se desarrolla y se produce una pandemia que contagia a los demás... Y toda la sociedad abre los ojos y ve con claridad el comportamiento de una sociedad... Y descubre cómo debemos vivir todos sus miembros.

—¿Pareces que estás fumado...? Me haces recordar las historias que contaban mis ancestros... En esos relatos decían que había, en medio de un huerto, dos árboles frutales: Uno con frutos del Bien y del Mal; y en el otro con el fruto de la Vida...

—Yo también escuché esa leyenda...

—Sí. La humanidad comió el fruto del árbol del Bien y del Mal... Y entonces se le abrieron los ojos...

—Más o menos así... Pero, en nuestro caso, no existe ningún árbol con esos frutos y la claridad la veremos cuando alcancemos cierto nivel de conciencia...

—... entonces... — el prófugo soltó una carcajada— siéntate, porque para alcanzar ese nivel tardaremos algunos siglos...

—No. No necesariamente. Quienes han visto esa luz... tomarán las manos de los ciegos y les ayudarán a llegar hasta el final del túnel.

—¿Ciegos guiando a ciegos?

—No... Es verdad que dentro del grupo existen individuos que no pueden ver esa luz, pero otros serán los que los guíen para salir de esa oscuridad... A veces, se ha hecho de una manera violenta...

—¿Manera violenta...? —le interrumpió.

—Así es... Mediante la lucha armada... Acortar la brecha del tiempo.

—Entonces, ¿ese es tu camino...? ¿Armar una rebelión mediante el uso de la fuerza...?

—Sí. Y te invito a que formes parte de nuestro ideal...

—Me estás convenciendo... Pero, ¿qué te llevó a pensar de esta manera...?

—La vida... Y la vida de mi abuelo...

—¿Quién fue tu abuelo...?

—Te contaré algunos pasajes de su vida... Bueno, de la vida que él me contó que había vivido...

Los demás miembros de la banda habían salido de sus escondites cuando se inició el diálogo entre el forastero y su comandante... Para algunos de ellos las cosas estaban claras, la lucha era el camino para encontrar la liberación... Y después de alcanzar el poder ser ellos los que impongan La Ley... Y siendo ellos La Ley otros serían lo que se rebelen a su ley... Otros miembros entendieron poco de lo que habían hablado, sin embargo, cuando escucharon que el comandante iba a relatar la historia de su abuelo, acomodaron sus resorteras, sus rosarios, sus cálices y la botella de vino bajo la enramada donde escondían otras cosas sagradas, y se dispusieron a escuchar el relato.

—Mi abuelo, de parte de mi madre, pertenecía a un pueblo que vivía bajo el dominio de un gran reino. Sus habitantes no eran sus esclavos pero eran tratados igual como si lo fueran...

—¿Tratados igual...?

—¡No interrumpas...! ¡Déjame continuar!

—¡Solo pedía una explicación de las costumbres de ese pueblo...! Me disculpa... ¡No lo haré otra vez...!

—¡Está bien! —El comandante creyó conveniente relatarles lo que había sucedido en tiempos anteriores a

la vida su abuelo, ante todo, para que se entendiera el porqué del proceder de su ancestro—. ¡Te contaré a breves rasgos! Te confesaré que muchos amigos presentes en ésta banda conocen gran parte de esta historia... — Quedose, un momento, en silencio ordenando los hechos; luego continuó—:

<<El gran reino que dominaba al pueblo de mi abuelo había alcanzado tal poderío en toda la parte baja del Continente luego de librar cruentas batallas. Nuestra nación era muy pequeña y no pudo resistir la invasión... Apenas los ejecitos enemigos cruzaron la frontera nuestro pueblo se doblegó. Si eso no hubiera ocurrido tal vez nuestra nación hubiera desaparecido en pocos años... — El comandante interrumpió el relato observando el rostro de asombro del prófugo; luego le preguntó—: ¿Pienzas que fueron unos cobardes...?

—No he dicho tal cosa... Pero, la tierra que a uno le ha visto nacer se lo debe proteger hasta la muerte...

—No siempre... No siempre... Sin embargo, no es éste el momento para darte mi opinión al respecto... Tampoco quiero justificar la actitud de nuestros abuelos, y tampoco es mi propósito limpiar sus errores... Sin embargo, las acciones que estamos promoviendo son parte de ese legado... ¿Ahora me dejas continuar?

—Por supuesto...

>>El imperio conquistó a nuestra pequeña nación e impuso sus leyes y al monarca que gobernaría la zona. Nuestro pueblo conservó las sabidurías ancestrales, no obstante, las practicaban con reserva y en el más abso-

luto secreto dentro de sus viviendas. Hacerlo a la luz del sol era considerado como una afrenta al monarca impuesto y los castigos eran severos e incluían la muerte. La población vivía temerosa... Y los abusos de autoridad se cometían a diario. El imperio, por supuesto, mantenía en estas tierras sólo a su clase militar, los ciudadanos del gran imperio nunca se enteraron de lo que sus gobernantes habían conquistado... Por lo tanto, la educación era exclusivamente marcial y la atención sanitaria era exclusiva para los de su clase... El comercio de las subsistencias era escaso y apenas alcanzaba para la supervivencia de los habitantes... Se vivían días de hambre y carencias. La capital del imperio dista a muchas leguas de nuestro pueblo y sus conciudadanos apenas conocen las tierras conquistadas. En ese estado de cosas, contaba mi abuelo, apareció un hombre que iba a trastocar el estado reinante...

>>Cierta día cuando mi abuelo fue al mercado para abastecerse de algunos alimentos, si tenía suerte de encontrarlos, vio a varios soldados que sujetaban a un par de traviesos muchachos. Estos pilluelos habían recogido algunas semillas tiradas en el suelo y aún se los veía masticarlos. El guardia tironeaba de los niños para que escupieran lo comido, pero estos se negaban hacerlo; el tendero, dueño de los granos, no manifestaba contrariedad por lo que ocurría, parecía que le daba igual si los muchachos los habían recogido de sus sacos o si se los habían procurado de lo que estaban regado en el piso; los transeúntes veían la escena pero no se atrevían a

intervenir por temor a ser ellos los atacados. Mi abuelo hacía otro tanto, pero en su corazón sentía tanta rabia por el abuso de los soldados. En tanto estos, los soldados, se jactaban de su actuación y reían a carcajadas; toda su actuación era una pantomima para fastidiar a los muchachos. Los inocentes hacían esfuerzos sobre-humanos para liberarse de las garras... pero las fuerzas, en cada tironeo, iba disminuyendo; al escuchar las amenazas de llevarlos aprisionados acusados de hurto empezaron a gemir y unas gruesas lágrimas rodaron por sus sucias mejillas. Ante esta situación, la gente se conmovió pero tampoco intentó inmiscuirse en el jaleo.

>>Fue entonces cuando surgió ese hombre. Nadie supo de dónde salió, sólo hizo su aparición como si hubiera emergido de la nada. Los presentes no recordaban haberlo visto en el pueblo. También para ellos era un extraño. Este hombre tendría unos veinte y tantos años, con una complexión física que denotaba no dedicarse mucho tiempo a la gimnasia, la mirada de sus ojos negros era penetrante y parecía que con solo ver a una persona supiera sus más íntimos sentimientos y sus más viles deseos; su rostro tenía una facciones agradables y si alguna mujer estuviera presente verían en él a un sujeto apuesto y gentil; su piel estaba dorada por el sol y vestía una túnica de color marrón y calzaba sandalias desgastadas.

>>El hombre se acercó decidido al sitio y retiró, con un ademán resuelto, la mano que sujetaba el brazo de uno de los muchachos. La gente observó la actitud

valiente del hombre y temió que enseguida fuera castigado por los otros soldados. Cuando los otros intentaron intervenir el hombre les miró a los ojos y fue como si una barrera hubiera construido en ese instante, pues estos de detuvieron en el acto. <<¿Qué culpa han visto en estos niños?>>, les preguntó. Los soldados no supieron responder pero miraron enojados al sujeto, parecían decirle que eso a él no le incumbía y que dejara de entrometerse en sus cosas. <<Su silencio me indica que estos muchachos son inocentes...>> Los soldados bajaron la vista al suelo, pues, no podían soportar la mirada de fuego que salía del hombre. <<Ordeno que los dejen ir a sus casa, pues, lo que estos niños han hecho no amerita el trato injusto de ustedes>> Las palabras salieron como si él tuviera autoridad sobre ellos. Los soldados se retiraron dejando libres a los jovenzuelos. Los niños miraron al hombre y echaron a correr calle abajo. La muchedumbre que se había agolpado en derredor miraba estupefacta el hecho.>>

—¿Qué pasó después...? —preguntó uno de la banda.

—Pues, no lo sé... A la verdad, esa pregunta debería haberlo hecho a mi abuelo... Pero no se me ocurrió en ese entonces... Lo que me contó fue que, desde ese instante, este hombre se convirtió en un líder. Pero esto es nada más que el principio. Hay otras historias similares en donde él siempre estaba a la defensa de los más vulnerables de la sociedad... Protegía a los niños, a los ancianos, a las mujeres y a los enfermos...

—¿Nos puedes relatar otra de sus historias...?

—Creo que sí... Pero antes debemos preparar algo de comer y de beber para brindar con el visitante... —Al decir esto miró al prófugo que sonreía de satisfacción. <<Ya era horita de poner algo en el estómago>>, pensó el prófugo.

Una vez que hubieron satisfecho su apetito, el comandante volvió a su lugar y continuó su relato: la historia que su abuelo le había contado.

<<Como les contaba este hombre se convirtió en un líder... Su liderazgo no cayó bien a los gobernadores, es decir a los conquistadores. ¡Ah! Tampoco fue bien visto por los ancianos del pueblo. Como siempre ha sucedido con nuestro pueblo, ustedes lo saben bien, los ancianos ocupan la cúspide de la pirámide de jerarquización social. ¿Pirámide social? —El prófugo estuvo a punto de interrumpir el relato, pero se contuvo porque ya había prometido no hacerlo— Los ancianos veían de mal modo el atrevimiento del hombre. Pero no era tanto porque él fuera un futuro contrincante y opositor de sus costumbres. No. Los ancianos temían que la actitud de este valiente hermano provocará una revancha feroz del imperio y tomará, en el futuro, represalias en contra de la población subyugada; pero, más temor era el sentido por ellos mismo, por supuesto. Su liderazgo fue acrecentándose a medida que iba oponiéndose a las actitudes abusivas de los soldados. Claro, las defensas eran frecuentes porque, también, eran continuas las arbitrariedades de los guardias. En poco tiempo fue considerado

como el salvador del yugo imperial de todo el pueblo; en la intimidad de sus hogares, veía en este hombre al liberador y sería él quien diera dura batalla al imperio.... Algunos hombres, también valientes pero menos osados, se unieron a la causa de su líder. En grupos de seis a ocho personas recorrían el pueblo y si se topaban con algún atropello intervenían en el acto. Los soldados intentaban vanamente resarcirse pero la mirada del hombre impedía cualquier desquite. Cuando la situación se volvió insostenible fue puesta en conocimiento de las autoridades del reino. En el consejo del monarca se analizaron las medidas que se aplicarían para frenar la actitud insolente del hombre. Mientras tanto él continuaba con su obra de proteger a los desvalidos.

>>Mi abuelo, me contó, que este hombre era tan audaz que muchos de sus actos de rebeldía lo hacía en las mismas narices de las autoridades. Una mañana cuando una mujer fue al estanque en busca de agua él se acercó para conversar con ella. Ustedes saben de sobra —miró a los presentes para intuir si alguno de ellos tuviera alguna duda—, las mujeres fuera de sus viviendas no pueden hablar con ningún hombre. El hombre se aproximó a la mujer porque precisamente en ese momento un grupo de oficiales de alto rango estaban descansando junto a la fuente. El hombre interrogó, interesado de verdad, a la mujer sobre su familia y cómo iba su vida. La mujer viendo a las autoridades cerca quiso rehuir el diálogo, sin embargo, haciéndole el juego, entabló inmediatamente la conversación. Aunque temía

por su integridad sabía que estando cerca de ese hombre nada le podría ocurrir. Los oficiales vieron la escena y desenvainando sus espadas se aproximaron a la pareja. Ninguno de los dos les hizo el menor caso y continuaron con su plática como si nada estuviera pasando. El más corpulento se abalanzo para asestarle un puñetazo al líder. El puño hubiera dado en el blanco de no haber intervenido con rapidez la mujer quien interpuso su vasija en la dirección del misil y el cántaro se hizo añicos. El agua salpicó los rostros y las vestimentas de los presentes. Este hecho enojó enormemente a los militares; la mujer y el hombre, mirándose a los ojos, dibujaron en sus labios una sonrisa cómplice y satisfecha. Antes de que manifestaran su cólera y, en grupo, arremetieran contra ellos, el hombre, con su peculiar y autoritario tono de voz, les ordenó que repusieran el costo de la vasija rota. Ellos sorprendidos del talante del hombre guardaron silencio esperando que quien hubiera dado el puñete respondiera por el daño causado. El corpulento, en tanto, reclinado sobre el suelo se frotaba la mano recogido del dolor. Permanecieron en silencio durante un buen tiempo esperando a que el herido se repusiera y diera su respuesta. Cuando estuvo en condiciones de expresarse miró sorprendido a sus compañeros quienes aguardaban ansiosos su contestación. Estaba confundido y no sabía qué deseaban de él. Entonces, uno de los compañeros le comentó que la pareja estaba esperando que repusiera el costo de la vasija rota... Aún con el dolor en su mano miró de soslayo a sus compañe-

ros y dándoles una señal con el guiño de sus ojos, huyeron en veloz carrera. La pareja quedose riendo a carcajadas...

—¿Le ganó la pelea sin utilizar un dedo...?

—No tenía armas más que su palabra... El abuelo decía que la astucia de su palabra era poderosa y convincente. Con el uso de su verbo persuadía a muchos que las enfermedades no eran más que síntomas de la esclavitud de sus almas. Muchos enfermos sanaban sus heridas con solo escuchar sus prédicas y los endemoniados se libraban de los malos espíritus al oír su voz.

—¿Te ha contado alguna historia sobre...?

—No sólo una, muchas... —le cortó el comandante—. Historias de ciegos viendo la luz, de sordos escuchando el cantar de los pájaros, de paralíticos caminando... Y más, mucho más... Y aunque no me quieran creer, de muertos vueltos a la vida...

—¿La resurrección...? Eso sí no te lo podemos creer... No. No te lo creo.

—Bueno. A mí no me consta... Pero es lo que me ha contado el abuelo...

—¿Nos puedes contar algo más...?

El interés por la historia de aquel hombre había calado en lo más profundo de su curiosidad. El comandante haciendo una pausa, continuó con su relato.

<<Les decía que, las autoridades de ese pueblo estaban hartos de las insolencias del hombre... Y también los ancianos estaban muy preocupados. Los soldados ya no realizaban las maldades acostumbradas. Y su

fama crecía día a día como espuma de rompopo. El pueblo llano empezó a llamarlo el salvador y libertador. Y decían que él debía ser el futuro rey, que él es la persona ideal para que les gobernara. Cuando estos rumores llegaron a oídos del monarca, impuesto por el imperio, se espantó de las consecuencias de tal designación. Todas sus prebendas y beneficios que obtenía por ser el único monarca de esas tierras se perderían... tendría que desalojar su palacio y despedir a todas la bellas doncellas que le acompañaban durante el día y la noche...

—¿Se convirtió en rey...?

—No. No era ese el designio del hombre. Pero déjenme contarles otros pasajes de este hombre...

—Sí. Queremos saber más de éste libertador...

<<La maldad en esta parte del imperio condenaba, ya les he dicho, a los niños, a las mujeres, a los ancianos, y a los enfermos... Esta gente vivía excluida de la sociedad y no había ley que protegiera sus derechos; por eso, cuando este hombre llegó y conoció sus problemas, se puso la cruz al hombro e intentó cargar el pesado madero para, de algún modo, aliviar las penas sufridas por todos ellos.

>>En una ocasión, mientras él se encontraba en una tenaz discusión con los ancianos de su pueblo respecto al trabajo que algunos de sus hermanos hacían para el monarca, un tumulto se avecinó al lugar...

—¿Había gente que trabajaba para el monarca impuesto...?

—Muchos lo hacían... Eso les procuraba, por un lado, tener ciertos beneficios del imperio y, por otro, algunas monedas para la supervivencia... pero recibían el rechazo de sus hermanos... Les seguiré contando...

—Antes de que continúes, qué decía o cuál era la postura de los ancianos... y la del líder...

—Pues él decía que esos trabajadores no debían ser rechazados por su gente aunque no veía con buenos ojos que estén sirviendo al imperio... También manifestaba que no se podía tener dos amos... Los ancianos, en cambio, como jefes de su pueblo, habían expulsado de sus registros a todas esas personas y les amenazaba con prohibirles regresar a sus hogares...

—Me parece cruel... ¿Por qué los ancianos había dispuesto tal cosa?

—Decían que esas personas habían traicionado a su pueblo... Y que estaban desobedeciendo las leyes ancestrales...

Un silencio profundo reinó el lugar. Pero el silbido de un pajarillo despabiló a los presentes. La tarde avanzaba y algunas sombras iban cubriendo el escondrijo, entonces el comandante ordenó que le sirvieran algo de beber y que buscaran y encendieran alguna leña para calentarse en la fría noche que se avecinaba. Cuando le trajeron las bebidas algo fermentadas, continuó con su relato:

<<La discusión con los ancianos se interrumpió cuando una mujer, a la que había seguido el tumulto, se lanzó a sus pies. El hombre miró a la chica y, sin pro-

nunciar palabra, le dio la mano para que se levantara... “¿Qué está pasando aquí...? Preguntó a la muchedumbre. Uno de los perseguidores se adelantó y dijo: “Esta mujer ha tratado de esconder, bajo su techo, a un hombre que trabaja en el otro lado...”

>>El gentío enardecido empezó a gritar consignas chauvinistas exigiendo que la mujer sea expulsada del pueblo. El hombre levantó su mano en señal de que guardarán la compostura. Enseguida la muchedumbre se apaciguo esperando el dictamen del hombre. Los ancianos encontrándose en este dilema optaron por quedarse callados hasta que el líder diera su opinión. Entonces, les preguntó: “¿Qué ley nos conmina a despreciar el trabajo de las personas...? ¿Acaso nuestras leyes ancestrales nos mandan a desproteger a la familia...? ¿Si existe esa ley que sea condenada ésta mujer?” Los ancianos se miraron unos a otros e hicieron mutis de foro.

>>Notando que nadie se atrevía a contradecirle les dijo: “Las leyes deben ser justas, pero la justicia no siempre está legalizado. Si no existe una ley que establezca las condiciones o la prohibición sobre las personas que van a trabajar sirviendo al imperio, no se puede dictaminar nada al respecto. Pueden decirme que lo que no está escrito puede hacerse al buen criterio de los sabios, pero esos sabios deben hacerlo para que su sabiduría se refleje en las acciones de los hombres...”

>>El tumulto no entendió nada de lo que había declarado el hombre. Entre la gente se miraban unos a

otros sin que nadie tenga los argumentos precisos para responder la explicación dada. La situación resultó incómoda para los ancianos, quienes tenían una ligera esperanza de que la población continuara con sus reclamos. Confiaban que la gente haría respetar lo que ellos habían predicado; si hubieran logrado su propósito su condición de líderes no habría sido menoscabada. Entonces, para asombro de los presentes, el hombre se abrió paso entre la multitud y se alejó del lugar. La mujer fue tras él. Nadie se aventuró a detener su camino. Los ancianos viéndose en desventaja se refugiaron en la casa vecina y no salieron hasta cuando la muchedumbre se dispersó.

—¿Si tú hubieras estado en la multitud, qué hubieras dicho? —preguntó el prófugo dirigiéndose al comandante.

—Pues... En primer lugar: Yo no hubiera estado dentro del tumulto... porque no considero que la actitud de la gente era la correcta. En segundo: Considero que, la actuación de la población estuvo prejuiciada por las enseñanzas de los ancianos. De aquí he aprendido que la forma en que nos comportamos dentro de una sociedad está encadenada con otras vivencias asimiladas en la niñez, juventud... y en toda la vida. Ahora bien, ¿Cómo saber si un pensamiento no está prejuiciado? ¿Existen los pensamientos libres? Muy difícil saberlo... Nos comportamos de acuerdo con lo que hemos sido formados... Nuestra condición de Seres Humanos nos da la capacidad para ir asimilando las enseñanzas que se nos

van presentado en el día a día... El resultado de todas esas vivencias somos y actuamos. Si cometo alguna travesura y eso me causa satisfacción, creo que lo hago porque en mi subconsciente está grabado que al repetir esa acción sentiré placer...

—¿Todas las actividades que el hombre realiza las hace por placer...?

—Muy buena pregunta... —el comandante se quedó en silencio. Espero que de algún lugar le caiga la iluminación para responder... Al cabo de un instante pensó en contestar que, en verdad, no lo sabía. Sin embargo, en su condición de comandante se suponía que era el más sabio, y creyó que estaba obligado a responder. Le dijo—: Las acciones que realizamos en nuestra vida no todas se realizan por placer. Las actividades pueden ser: involuntarias, obligadas, naturales, por placer... por necesidad... o porque nos da la gana...

—Entiendo... —dijo un miembro de la banda, sin entender bien su alcance.

Sin embargo, esta respuesta satisfizo al comandante porque pensó que ya no tenía que explicar cada una de las acciones señaladas... Antes de que alguien más pregunte sobre este asunto desvió el tema para que le dejaran continuar con el relato. Entre la gente se empezó a escuchar varios murmullos que se fueron regando entre toda la concurrencia. Así que el líder exigió atención para seguir contando la historia. Cuando todos se hubieron callado, prosiguió—:

<<No habían pasado mucho días desde que el hombre libró a la mujer del ataque del populacho cuando, nuevamente, tuvo que enfrentarse a los ancianos. Esta vez fue con respecto a los tributos que el pueblo debía entregar al imperio. Los ancianos, con la herida fresca luego del chasco que el hombre les había ocasionado, perseguían al hombre a todos los sitios con la esperanza de verle caer en algún error... El líder, llamado el salvador y libertador, había heredado hace poco una pequeña fortuna a la muerte de su padre, e iba camino al palacio de los impuestos imperiales a depositar los pagos correspondientes al año real cuando fue interceptado por los ancianos del pueblo. Antes de ingresar le preguntaron: “¿Por qué pagáis los tributos a quiénes os dominan?” El hombre había cumplido fielmente con esta ley aunque no era de su agrado hacerlo, no por avaro sino por convicción ideológica; decía que era preferible hacer el pago a sufrir las consecuencias del incumplimiento de la ley; al fin, es sólo dinero, comentaba... Entonces les respondió: “La ley impuesta por el imperio así nos obliga, y a todos por igual y de acuerdo a su capacidad...” —lo dijo remarcando la última frase en clara alusión ya que conocía que los ancianos se negaban a tributar—. Los ancianos empezaron a transpirar gotitas de felicidad: el hombre había caído en la trampa; él, del que decían iba a ser el salvador y libertador del yugo imperial, estaba en persona haciendo lo que el monarca, impuesto por el imperio, había ordenado. “Cómo tú, que te haces llamar libertador, estás en las puertas del palacio

cumpliendo con uno de los más pesados yugos que nos han impuesto el rey...” La acusación fue realizada en un tono de voz bastante alto, casi gritando, para que sea deliberadamente escuchado por la gente que pasaba por el lugar. Muchas personas prestaron atención a lo que hablaban y se arremolinaron frente a los interlocutores. Una vez que lograron el propósito de ser el centro del escándalo, repitieron en voz estridente la acusación: “Tú, que dices llamarte libertador, estás pagando la ignominia del imperio... Comportándote de esta manera nunca serás el ejemplo en la vida en nuestro pueblo...” El hombre bajó su cabeza y miró sus sandalias... las suelas estaban desgastadas y pensó: <<Saliendo de ésta me iré al mercado a comprarme un par nuevo...>> Luego alzó su rostro y miró a los ancianos que le observaban con la satisfacción que da luego de una victoria. Sacando de su bolsa algunas monedas, les preguntó:

—¿Saben, ustedes, de quién es éste dinero...?

—¿A qué viene ésta pregunta...? —Respondieron los ancianos con otra pregunta. Sin embargo, vieron al hombre que aguardaba impaciente una contestación, así que, uno de los ancianos recogió una moneda, de varias que reposaban en la mano extendida, y sin demora reconoció la figura acuñada en la misma. Con una sonrisa irónica, dijo—: Pertenecen al imperio.

—Pues, si le pertenece al imperio. Entonces, ¿por qué me acusáis por devolver lo que no me pertenece? La imposición de las leyes no está en mí... pero su cumplimiento, sí. La responsabilidad moral de quién hace una

ley no es de quién lo acata. —Mirando a los ojos de los ancianos, prosiguió—: Los he pillado y la trampa que habéis urdido no les resultó muy efectiva. La sagacidad de vuestros pensamientos malévolos y, de seguro, fraguado con premeditación y alevosía, puede tener efectos contrarios, y los males que queréis causarme, y al final recaerá sobre vosotros mismos... Pero llegarán días en que los gravámenes no serán cumplidos y los rebeldes tomarán el poder para trastocar las injustas e inmorales imposiciones... Entonces, la libertad se hará realidad y las leyes se dictarán para favorecer a los justos...

Al decir esto, tomó la moneda de la mano del anciano e ingresó al palacio para cumplir con sus obligaciones anuales. Los ancianos meditaron, por un momento, en las palabras del hombre, alzaron sus hombros y fueron caminando despreocupados hasta confundirse con la gente que iba al templo>>

—Entonces, ¿lo que, ahora, pretendes es dar cumplimiento a esa profecía...?

—Más o menos... y también para resarcir el grave daño que nos han provocado... Una vez que nos hagamos del poder, la situación será totalmente diferente...

—¿Diferente...?

—Eso deseamos... Nuestro anhelo es empezar a vivir nuevamente, tener una vida en la cual impere la justicia y que ésta esté legalizada... El tiempo apremia y no queremos que nos suceda lo que le ocurrió al hombre...

—¿No logró cumplir sus ideales...?

—No. Lamentablemente no le alcanzó su vida...

—No me digas que falleció en alguna peste... No me extrañaría que haya ocurrido así. ¡Tantas que asolan al pueblo sin derecho a la salud!

—No. No fue contagiado con ninguna epidemia... Su muerte fue complotada, acusado de sedicioso y ejecutado como un criminal...

—¡Haber! ¡Haber! ¿Cómo sucedió eso...? ¡Cuenta, cuenta!

La noche había alcanzado las altas horas... Y en el cielo titilaban las estrellas como mudas testigos de la historia; en el bosque se escuchaba el cri-cri de los grillos, eran parte de los insectos que habían logrado huir, luego de la tempestad ocurrido hace muchísimo tiempo en su país de origen, hasta estos lares; el prófugo reconoció el cantar de las ranas salidas del río contaminado. Un frío polar recorrió la zona y los miembros de la banda cabeceaban en sus puestos medio dormidos. Algunos, los acostumbrados a las traspasadas de su pasada vida bohemia, codeaban a los que dormitaban para que se mantuvieran en vigilia. Algunos se despabilaron y se percataron que la conversación estaba para un par de horas más. Una vez despertados completamente se enteraron que su comandante contaría de cómo había sido ajusticiado el hombre.

El comandante, que hasta entonces se encontraba sentado al pie de un árbol, se levantó para aliviar el amortiguamiento y dolor de piernas y para que fugara de su cuerpo la modorra que también le iba haciendo

preso. Realizó varios movimientos lentos para estirar y aflojar sus músculos. Y cuando estuvo relajado, continuó su relato:

<<Todo empezó el día... o mejor dicho, empezó el inicio de su fin. Ese día, por la mañana, el hombre se encaminó al templo, la misma iglesia cuando él, siendo niño, había conversado con los ancianos del pueblo y les había sorprendido con sus reflexiones y sabiduría. Los ancianos, otros pues los anteriores hace mucho que habían muerto, también habían acudido y estaban en el tabernáculo haciendo las plegarias acostumbradas a sus divinidades. Cuando el hombre ingresó observó que muchos pordioseros se apostaban en la puerta de entrada. Esto le disgustó y se mostró enojado con los presentes. Desde la primera vez que acudió a este lugar la escena no había cambiado; parecían ser las mismas personas de antaño las que estaban recostadas con las manos extendidas. A pesar de su enojo entregó varias monedas a cada uno de ellos. Bastante contrariado se dirigió apresuradamente al altar, tenía la firme convicción de hacer frente a los ancianos y demandar atención y cambio a la escena vergonzosa por la que acaba de pasar.

>>Los ancianos escucharon el barullo y salieron del tabernáculo para cerciorarse de dónde provenía la bulla. Apenas asomaron sus cabezas en el salón vieron al hombre que gesticulaba las manos y conversaba con algunos de los asistentes. Antes de acercarse pudieron escuchar las reclamaciones y recriminaciones. Los ancianos, indignados, aceleraron el paso para intervenir e

interrumpir la plática. Cuando se encontraron frente al hombre lo miraron con rabia.

—¡No sabrás acaso que estás en la casa de nuestro creador...! ¡Te exigimos respeto a este lugar sagrado!

El hombre interrumpió su perorata y se enfrentó a los ancianos.

—Si ésta es la casa del creador, ¿por qué sus hijos están padeciendo de hambre y frío en la puerta de ingreso? La debilidad de sus cuerpos se debe a que carecen de alimentación y vestido y sus espíritus desfallecen en la inanición... ¿Cuánto de los tributos que ustedes reciben, diariamente de los fieles, está destinado para estos menesterosos? ¿Estas criaturas conocen o están conscientes de su estado de ignorancia y abandono? Abandonados y excluidos de los frutos del Bien y del Mal y de los frutos de la Vida.

Cuando, el hombre, hizo alusión a una de sus principales creencias se enfurecieron. Tomaron varios ramos de flores que adornaban la capilla y le lanzaron a la cara. Los pétalos de las margaritas y los claveles se dispersaron entre los presentes y los tallos de las rosas, plagado de espinas, fueron a incrustarse en la frente del hombre. Unas finas gotas de sangre rodaron lentamente por sus mejillas y se introdujeron en su boca. Al sentir un delicioso sabor salado se bebió el cáliz. Los ancianos al ver que habían herido al hombre se asustaron y, enseguida, se apresuraron a limpiarle las cortaduras utilizando sus túnicas de color blanco. El hombre se dejó enjuagar las lágrimas escarlatas.

Este último incidente casi deja en el olvido las motivaciones por el cual había recibido la agresión. Los ancianos, fingiendo arrepentimiento, se disculparon por el embate e intentaron alejarse de lugar. Sin embargo, los presentes les cortaron el paso exigiendo entre murmuraciones que respondiera a las inquietudes del hombre. A pesar de que la contestación que dieron a continuación no convenció a los presentes, los dejaron marcharse.>>

—¿Qué respondieron los ancianos antes tan graves acusaciones...? —quiso saber el prófugo.

—Pues... la respuesta la había dicho él mismo hombre, tiempo atrás: Los pobres existirán por siempre... vivirán eternamente entre ustedes... Y, por lo tanto, ellos no podían hacer nada al respecto.

—¿Así de sencillo? ¿Él lo había dicho...?

—Sí, pero en otro contexto... Desde entonces se ha malinterpretado... y han hecho uso de la misma para que ciertos grupos la utilicen para justificar sus protervas actuaciones... La de los ancianos, es una de ejemplo.

—¿Y qué paso después...?

<<Los ancianos, cuando se retiraron, no fueron a sus habitaciones a meditar sobre lo que habían cometido... No. Acudieron, con brevedad, hasta el palacio del monarca impuesto y le contaron que el líder, el salvador y libertador, tenía entre manos las malas intenciones de liberar al pueblo y de ser, él, el futuro gobernante... El monarca, impuesto por el imperio, incrédulo, les pre-

guntó si lo que decían era cierto... Opinó que todo lo que ellos decían era una falacia, pues entre sus seguidores no había ninguno que alguna vez haya empuñado una espada... Ellos mismos habían realizado algunas pesquisas y en todas no habían encontrado ninguna arma... Rebatíó la idea diciendo que los seguidores eran simples obreros de la construcción, hijos de los mismos obreros que su padre había tenido en vida y, completaba nómina, varios pescadores artesanales... ¡Ah! Dentro del grupo, dijo el monarca impuesto, están, también, algunas mujeres de dudosa reputación... Con esta gente no se hace una revolución, les dijo; luego pidió que se retirasen y que fueran a ocuparse de los asuntos de sus gentes que él ya tenía bastante con buscar alimento para toda su hueste...

—¡Espera! ¡Espera un momento...! De los seguidores no has dicho nada... —interrumpió uno de los miembros de la banda.

—Pues no hay mucho que contar... Sólo les diré que los seguidores estaban completamente seguros que su líder iba a liberarlos del yugo imperial. No sabían cómo, pues, en sus tertulias y adoctrinamientos nunca habían tocado el tema de las armas... Siempre les inquietaba la duda de que él, jamás, haya tocado el tema...

—¿Y eso de las mujeres...?

—Nada... Mujeres, como cualquier otro Ser humano... Con ideales y utopías de ver un país lleno de prosperidad, con educación y salud para sus futuros

hijos... Claro, es verdad, que hubo mujeres dentro del grupo de seguidores del hombre... Pero ese papel, el de las mujeres, en esta revolución fue minimizado en el futuro por los mismos seguidores... Debemos entender que reinaba el machismo más recalcitrante en esos tiempos... En resumen, pensaban así: O todas las mujeres eran putas o nunca habían existido... Pero, mejor, déjenme continuar...

<<Ante los oídos sordos del monarca impuesto los ancianos esa misma tarde corrieron presurosos a la casa del emperador del reino. Ustedes saben que el emperador tiene un poder superior al del monarca impuesto. El emperador, es un hombre ocioso que se pasa todo el día recostado en su camastro disfrutando del aleteo de las palmas y del sabor agri dulce de las uvas, le molestó que unos plebeyos vinieran a estorbar su plácida vida. Cuando los esbirros le comentaron que venían los ancianos a darle quejas por las actitudes subversivas de un hombre que le decían el salvador y libertador se desesperó y permitió, de mala gana, que ingresaran los intrusos.

>>El aposento del emperador resplandecía como un espejo; las doncellas que agitaban las ramas eran tan bellas y exóticas como perlas negras de la mar; los murales multicolores, que cubrían todas las paredes de la morada, contenían los más exquisitos paisajes del Mediterráneo y estaban elaborados de nácar y coral y coloreados con sutiles tintes traídos, exclusivamente para estas pinturas, del lejano Saturno; los pisos brilla-

ban como joyas recién pulidas reflejando chorros de luz, cuales rebotaban en los yelmos de los guardias proporcionándoles la apariencia de seres celestiales. Quienquiera que haya entrado en ese momento no dejaría de preguntarse por qué las doncellas de piel color ébano no dejaban de abanicar el camastro del jerarca a pesar de que el ambiente adentro era fresco y agradable. Pero esa duda se disipaba inmediatamente cuando uno se acercaba al camastro para entrevistarse con el emperador. Del camastro emanaba un tufillo maloliente que era aventado al agitar permanentemente las palmas. Cuando los ancianos se aproximaron al lecho del emperador tuvieron que realizar un ademán disimulado de frotarse las narices hasta ambientarse con el hedor. Al levantar la vista vieron un extraño signo sobre la cabecera de la cama. Era un símbolo que ellos no habían visto en toda su larga vida, ni en parte alguna que ellos habían visitado. El parecido era sombroso con el signo del odio y la prepotencia: dos franjas entrecruzadas con aletas en cada asta. Los ancianos reclinaron sus cabezas en señal de profunda reverencia, respecto y temor. El emperador se sintió halagado, pero no sabía que ellos tuvieron ese comportamiento porque, en ese instante, acudieron a sus mentes los recuerdos de los horrores y las crueldades sufridas por sus hermanos cuando los inventores del signo maligno habían gobernado su pueblo.

—¿Qué signo era ese...? ¿Cuáles eran los sufrimientos padecidos...? —preguntó el prófugo. Y vio en el

rabillo de los ojos del comandante brillar unas minúsculas lágrimas.

—La historia sobre los hechos acaecidos en esa etapa negra de la humanidad ha quedado grabada en la mente de nuestro pueblo y en la del mundo entero como la más infame ignominia que hombre alguno pueda cometer contra otro semejante...

—Veo que tus ojos lloran... —dijo el prófugo con un hondo sentimiento de solidaridad— por lo que siento mío el dolor que debió haberles causado...

—No. Yo no estuve presente... pero aún recordamos tan nefasto futuro...

—¿Recuerdo del nefasto futuro...?

—Es difícil explicarte... Pero mis camaradas de la banda conocen de este posterior suceso. Ya te contaré con más detalle, otro día... La noche avanza y las lumbreras del cielo pronto dejarán de acompañarnos...

—Sí. Mejor que sea así —salió una voz somnolienta de en medio de los camaradas—, continúa con tu relato.

El comandante, prosiguió:

<<Los ancianos, luego de taparse sus narices para evitar la hediondez del camastro del emperador, le contaron sobre las pretensiones del hombre... De producirse la rebelión, dijeron, tú dejarás de ser el emperador y nosotros tendremos que dejar nuestros hogares... ¿Las consecuencias serán desastrosas para el imperio? Las ínfulas que el hombre estaba experimentando superaban toda lógica, añadieron. Le contaron que el monarca

impuesto no creía que una banda de menesterosos pueda tener la fuerza suficiente para provocar una revuelta y lograr derrocar al poder...

—¿Qué ha dicho el monarca...? —preguntó sin ánimo de saber su respuesta.

—Ha dicho que los seguidores del hombre son obreros, pescadores y mujeres, gente sin ninguna influencia en la sociedad. Que estos grupos sociales no son capaces de levantar una revolución...

—¿Y esa es realmente la clase de gente que sigue el hombre...?

—Efectivamente —afirmaron los ancianos.

>>El emperador se levantó de su camastro y se puso a dar vueltas dentro de su aposento. A cada paso que daba echaba un vistazo al suelo y al mirar su reflejo en el piso reluciente se acomodaba su abundante barba. Los ancianos miraban expectantes la actitud del emperador. Luego de un tiempo, que pareció eterno, el jerarca se pronunció:

—Al parecer este hombre sí se cree el próximo gobernador de tu pueblo —dijo señalando con un dedo a quién él consideró como líder del grupo.

—Lo que manifestamos es la más absoluta verdad —respondió el anciano, el que había sido señalado con el dedo, quién consideró esta actitud del emperador como el más grande honor que había recibido en su vida.

—¿Verdad? ¿Qué es la verdad...? —preguntó el emperador levantando la voz. Pero ésta vez no señaló a

nadie en particular. Lo hizo como si su pregunta estuviera dirigida a los dioses y a las divinidades celestiales.

Los ancianos escucharon la pregunta y les pareció como si mil truenos salieran de la boca del emperador. Tuvieron temor. Conocían que, ante la menor desavenencia, el soberano no dudaba en mandar a ejecutar a los contradictores, y poco le importaba si los objetantes de su palabra fueran familiares o amigos. Por eso no se atrevieron a contestar la pregunta y prefirieron guardar silencio con la esperanza de que fuera el mismo emperador quien se respondiera. Pero no lo hizo. Él sabía que la pregunta no tenía respuesta. Entonces quiso saber las intenciones de los ancianos:

—¿Qué pretenden hacer ustedes...? —Apenas acabó de pronunciar, recapacito en la pregunta, y la reformuló de la siguiente manera—: ¿Qué podemos hacer al respecto?

—Nosotros poco podemos emprender... Y lo que hemos efectuado y las trampas que le hemos tendido siempre nos ha resultado al revés, siempre nos ha salido el tiro por la culata... Queremos que, su majestad, lo arreste e investigue de dónde provienen sus pretensiones...

—Y si lo condenamos sin juicio previo... Me basta dictar el veredicto y el problema quedaría resuelto... ¿Para qué tanto lere, lere...?

Los ancianos movieron sus cabezas en señal de desaprobación. Pero se cuidaron de abrir sus bocas.

El emperador, uno de los más crueles humanos que había visto la tierra y descendiente directo de los hombres que habían creado la cruz aleteada, dictó la sentencia. En pocos días más se cumplió la condena.

La historia de los ancestros del emperador está plagada de asesinatos, homicidios, flagelaciones, humillaciones, ignominias, discriminaciones, abusos de poder, mentiras, apropiaciones de bienes ajenos, violaciones... En las crónicas de los monarcas de la época se encuentran registradas todas las maldades realizadas por estos hombres. Quien se atreva a revisar aquellos libros verán en sus páginas las manchas de las lágrimas de sangre derramadas por los lectores anteriores. En cada línea un horror, en cada frase un holocausto. Muchos pensadores aterrados ante tanta barbarie fueron creando castigos y condenas imaginarias para estos hombres. Sin embargo, quienes se atrevieron a pronunciar esas penas fueron ajusticiados con la horca. Pero, de la sangre derramada renació la valentía en otros intelectuales y se levantaron sobre los miles de cadáveres de vidas inocentes, y alzaron la voz para defender la vida de sus congéneres. Uno de estos filósofos, en un momento mágico de su genialidad y locura, creó un lugar lleno de azufre y fuego; manifestó que a dicho lugar debería ir toda la parentela del imperio. Pero pasó el tiempo y nada cambió. Todo permanecía tal como el imperio dictaba. Y sucedió lo inesperado. De a poco éste castigo imaginario se fue revirtiendo en contra del pueblo, y la creencia del sitio donde arde el fuego eterno sirvió para que fuera

aprovechada por las élites para subyugar al pueblo. Y la irrealidad se convirtió en credo; y, cuando ésta se alojó en el pensamiento, le nacieron raíces y creció el árbol de los cultos vanos. Las generaciones pasadas y venideras comieron inocentemente del fruto amargo; las cúpulas se revistieron de riquezas al esquilmar los bolsillos de los incautos y el temor de rebelarse contra los canónigos llenó las plazas y las iglesias de millones de fieles ingenuos y el invento se propagó como la plaga de langostas...>>

El prófugo y los demás miembros de la banda, al escuchar semejante perorata, pensaron que al comandante ya le estaba dominando el sueño y que deliraba por falta de reposo. El prófugo entendió un poco de lo que acaba de escuchar; esto de las plagas lo había vivido y sabía de lo nefasto que resultaba cuando los insectos atacaban los cultivos. Medio confundidos por las extrañas palabras se mantuvieron el silencio. No habían comprendido qué realmente le había ocurrido al hombre. En algunos volvió a su mente la imagen de la cruz aleteada y no encontraban la relación entre este símbolo y la muerte de aquel hombre.

El prófugo se levantó de su asiento y dio algunos pasos para estirar sus piernas; se le estaba acalambando el cuerpo y temió que al escuchar tanto horror su mente se contagiara con la maldad humana y confundiera, inocentemente, la muerte con la vida eterna. Tampoco él llegó a entender cómo había fallecido el hombre... Por lo que preguntó:

—¿Y cómo realmente sucedió la muerte de aquel hombre?

El comandante miró al firmamento y observó que aún titilaban las estrellas en el manto negro, sin embargo, la madrugada no tardaría en llegar y ninguno había pegado los ojos.

Lo que le había contado el abuelo estaba por terminar. Meditó si sería mejor dejar para otro día, u otra noche, el trágico final del hombre. Ese asunto podría tomarle algún tiempo pero bien valía epilogar el asunto para que los miembros de su banda sosieguen sus espíritus y pueda conciliar sus sueños en la ansiada paz.

—Ya he contado... Les he dicho: El emperador, sin juicio previo, sentenció al hombre a la muerte ignominiosa del garrote como si hubiera cometido los más cruentos y sanguinarios actos; lo condenó al peor castigo, en contubernio con los ancianos, al que sólo estaba reservado para los más viles criminales...

—¿El garrote...?

—Sí. El hombre fue atado en un madero sin labrar y con sus mismas vestiduras formaron un torniquete alrededor de su cuello; el entornado hicieron girar poco a poco, como si quisieran prolongar el suplicio, y le fueron apretando el pescuezo para que el aire retenido en sus pulmones reventara en su vientre...

Los presentes, que nuevamente se adormilaban, al escuchar este cruel castigo se despabilaron y como si fueran un coro de las huestes celestiales murmuraron al

unísono: ¡Qué barbaridad! ¡Qué crueldad! ¡Maldad, maldad!

Cuando se acallaron los susurros, el comandante prosiguió:

—El hombre, como ya les he contado, heredó una substanciosa fortuna de su padre... Cuando fue aprehendido, ofreció una suma cuantiosa a cambio de su liberación.

—Y se las entregó...

—Mucho más de lo que había prometido... Cuando le estaban ejecutando, los esbirros del emperador y de los ancianos, se repartieron el precio del rescate jugando una partida de naipes. Claro, el emperador y los ancianos no acudieron al cruel evento... Dieron la orden, pero fueron los soldados quienes cumplieron la sentencia.

—¿No asistieron...?

—No. No acudieron. Según ellos, ya habían cumplido su misión con este revoltoso. El mundo requería de su presencia para otros asuntos, más o menos, de la misma transcendencia del que acaban de ejecutar...

—¿Y qué se propusieron...?

—Bueno... Ellos han intervenido en los asuntos de la humanidad desde siempre... la historia no hubiera sido, nunca, la misma sin sus actuaciones...

El comandante se interrumpió en su análisis cuando vio, detrás de los matorrales, varias luces titilantes que se movían zigzagueantes de un lado para otro. No era iguales a las luces vistas en el cielo; aquellas es-

taba fijas en el firmamento y las de ahora se movían de un lado para otro e iban creciendo en tamaño y luminosidad. Con su dedo índice señaló en esa dirección; los miembros de la banda y el prófugo observaron en la orientación mostrada y, sin saber qué hacer, miraron al comandante en espera de alguna orden. Cuando las luces se acercaron pudieron notar que se trataba de antorchas sostenidas por varios hombres. El grupo se componían de un medio centenar de soldados y varios jóvenes ancianos. Los miembros de la banda se pusieron en guardia y formaron un círculo alrededor del comandante y del prófugo. Cuando los intrusos llegaron al sitio cercaron la zona con el fin de que ninguno de los sediciosos logre huir. Claro, ellos no sabían que los seguidores del líder le guardaban una absoluta fidelidad y que jamás le abandonarían sea cual fuere las circunstancias que le rodearen. Quién parecía ser el jefe de los intrusos cruzó, sin que a su paso encontrara ningún impedimento, hasta el lugar donde supuestamente estaba el líder. Una vez que se halló frente a él, le preguntó:

—¿Eres tú el libertador...?

El prófugo estuvo tentado de responderle que sí; que, efectivamente, él había sido elegido para llevar adelante la liberación del pueblo. Pero no. No respondió, prefirió quedarse callado.

—El silencio otorga... —digo el jefe de los intrusos. Y antes de que el agua se enturbie, ordenó—: ¡Arresten al líder...!

Los soldados, al escuchar la orden, se adelantaron presurosos hasta el prófugo y le sujetaron los brazos por detrás de la espalda. El líder observó la escena sin decir nada; solamente se limitó mostrar una sonrisa. Los miembros de la banda estaban convencidos de que su líder dejaría que se llevaran prisionero al prófugo. Esto les permitiría continuar con su plan liberador; caso contrario, sin su líder ellos tendrían que dejar la banda, y sus sueños de liberación se iría al carajo. Sin embargo, estaban equivocados. Un líder jamás iba a permitir que los actos de su rebeldía fueran pagados por un inocente. Si lo buscaba a él, él haría frente a lo que deviniera. Adelantándose hacia los soldados que sujetaban al prófugo, les ordenó:

—¡Dejad libre a este hombre...!

El jefe de los soldados y los jóvenes ancianos se miraron estupefactos, No creían lo que habían acabado de escuchar... La voz del líder sonó estruendosa y cargada de liderazgo y los soldados estuvieron a punto de soltar al prófugo. Pero el jefe detuvo en seco a sus subalternos, con una sola mirada cargada de ira y disgusto, evitó que cometieran tremendo desacierto.

En los siguientes segundos se produjo tal confusión que casi provoca el desbande de todos los sitiados. Sin embargo, el líder hizo un llamado elocuente a los presentes para que guardaran la compostura e indicó que la diplomacia debe primar cuando se recibe visitas de tan alta alcurnia. El jefe de los soldados se preguntó quién era este hombre para ordenar con ese talante,

creyéndose superior. Entonces dirigiéndose al líder, inquirió:

—¿Se puede saber quién eres... —el tono de su voz se elevó en las últimas palabras— para ordenar lo que debemos o no tenemos que hacer...?

—Ustedes puede hacer lo que os plazca... Sin embargo, están en mí territorio y harán lo que exclusivamente yo lo permita...

—Y, ¿se puede saber quién nos ordena...?

—El problema no es de “quién...”; la situación está en la “jurisdicción...”

—El emperador es el soberano y gobierna en todas las tierras habidas y por haber... Sus palabras son órdenes y nosotros cumplimos sus mandatos... No hay en la tierra hombre alguno que pueda estar sobre sus edictos... Quién las incumple debe morir.

—¿Morir...? —Preguntó extrañado el líder—. La muerte no es de su competencia. Acaso no habéis escuchado que, *quién a hierro mata a hierro muere*... Por lo tanto, no tiene el emperador esa potestad sobre la vida de sus súbditos. —Los presentes no comprendían a qué iban todas esas palabras. ¿Qué tiene que ver la muerte en este asunto...? Notando el desacuerdo a sus comentarios, prosiguió—: El emperador no puede ordenar en este sitio porque no es suya. Esta zona les pertenece exclusivamente a los rebeldes. Nadie tiene jurisdicción en este sector.

—¿Cómo que no...?

—No. Definitivamente no. Porque en este sitio tratamos asuntos relacionados con la justicia... No de la injusticia.

—El emperador, también, es injusto...

—Además estamos actuando en la ilegalidad...

—El emperador, también, es ilegal...

—Lo que es ilegal queremos hacerlo legal porque es justo... Hacer que se reconozcan nuestros derechos...

—El emperador reconoce a la derecha... Pero le disgusta la izquierda...

—Yo soy de izquierda... —dijo el líder. Luego soltó una sonora carcajada. Y enseguida añadió—: Por eso debe ser que sus vasallos no me han reconocido. El líder de este grupo subversivo soy yo.

Los integrantes de la banda de sediciosos rieron de buena gana. Los soldados avergonzados soltaron las amarras de los brazos del prófugo, y los jóvenes ancianos bajaron la mirada pero no evitaron que los demás vieran sus rostros de mil colores. El jefe de los soldados creyó que le estaban jugando una broma por lo que ordenó que, no soltaran al prófugo. Este, con sus muñecas magulladas, se quejaba de dolor; no obstante no abrió la boca y dejó que los soldados continuaran en su confusión.

—Les digo la verdad... El libertador, el líder este grupo, soy yo...

—¿Qué hacemos...? —preguntó a su jefe, quién estaba sujetando las amarras del prófugo. Y sin saber a qué atenerse miraba expectante hacia todos los lados.

El jefe, luego de meditar un instante, ordenó que también tomaran prisionero al líder... Consideró que si no era Chana sería Juana. Con los dos prisioneros salieron del descampado. Las luces del alba empezaban a clarear el bosque. Los miembros de la banda no hicieron nada para impedir el arresto de su líder y, a pocos pasos detrás de los soldados, medio escondidos entre los matorrales, siguieron el destino de su comandante.

El comandante, conjuntamente con el prófugo, sería conducido a prisión. No sabían qué les deparaba su futuro, pero tampoco desesperaban. Todo problema tiene su solución y si no encontramos la solución entonces eliminamos el problema, había dicho en alguna ocasión. Pero en esta ocasión la situación era delicada y difícil, pues, había llegado al límite de pagar con su vida todas sus rebeliones. Si el precio a la independencia es la muerte, bienvenida sea la vida de los que lo han entregado para alcanzarla.

A pasos cansinos y apesadumbrados el cortejo avanzaba y mientras se dirigían hasta la puerta de ingreso del calabozo se iba preguntando si sus amigos subalternos de la banda llegarían a rescatarle o si ya estarían fraguando alguna emboscada para liberarlo. ¿Pero por qué pensar en esa posibilidad si, hace poco, no habían movido un dedo cuando fue tomado prisionero? Dudó de la amistad, de la fidelidad, de la camaradería... A los amigos se los conoce en los ratos malos..., en los buenos, yo me he dado a conocer.

Antes de ingresar vio que las paredes de la cárcel estaba derruidas, las verjas corroídas y de su interior emanaba un fuerte olor a vómitos, excrementos y orines. Enseguida tuvo arcadas y se inclinó sobre su vientre para evitar que fluyera fuera de sí toda la comida ingerida; no podía permitirse ese lujo no sabía cuándo en el interior recibiría algún alimento. Apenas estuvieron dentro de la prisión notó al ambiente cargado de miseria y muerte. Sus fuerzas y su ánimo decayeron, fue como si a un globo le pincharan con una aguja y se desinflara de repente; todo su vigor para alcanzar la liberación de los suyos se evaporó, y la levedad del vapor libertario se alejó llevado por el viento. Se sentía el ser más infeliz del mundo, la luz que iluminaba su camino se había apagado y la oscuridad más profunda invadía su cuerpo y su alma. Los dioses que habían guiado su sendero habían huido en desbandada. Lo dejaron sólo para que debatiera él mismo su suerte. Sintiéndose un despojo entre los despojos se recostó en el suelo donde muchos hombres, esqueléticos y desfallecientes, le miraban con rabia y egoísmo: el sitio del que habían gozado hasta hace poco debía ser compartido por dos nuevos intrusos. Al poco rato de estar en ese calamitoso lugar se acostumbró al hedor y pudo respirar sin taparse la nariz con sus manos. Sus manos debían estar atentas para defenderse ante la posibilidad de cualquier ataque. No llevaba nada que pueda ser apetecido por los presente, pero los trajes que vestía fue codiciado por muchos ojos, apenas había entrado.

Una vez que encontró su lugar en medio de tanta miseria le tomó la mano al prófugo y le invitó para que se acomodara junto a él. Así lo hizo. Desde la parte superior de la celda se introducían, por una ventana asegurada de gruesos barrotes, unos rayos polvorientos de luz que apenas clareaba a los miles de gentes que había en la mazmorra. Esta misma abertura servía de ventolera y cada cierto tiempo les llegaba unas débiles olas de aire. El ambiente lúgubre no impidió para que el comandante iniciara una breve conversación con el preso que a regañadientes le había cedido un espacio.

—¿Qué te trajo a este lugar...? —pregunto el comandante.

—Los soldados me trajeron... Estoy aquí desde que era muy joven... —respondió el presidiario.

—Malo... Muy malo. Pero, amigo, le pregunté qué no quién...

—¿Amigo? Igual da... Le contaré, enseguida: Una día, muy de mañana, en que yo salía de la casa de mis padres para pastorear a las cabras miré a un soldado dándole de puntapiés a un vecino, amigo de la familia. Nuestro vecino, entrado en años, no podía defenderse del atropello. Entonces intervine y con el cayado golpeé al soldado hasta dejarlo mal herido, casi muerto. Al enterarse los otros soldados de lo que yo había causado, me tomaron preso y dentro del calabozo me dieron una zurra que rompieron mis costillas... Hasta el día de hoy, veinticinco años después, sigo esperando que se realice un juicio justo... —Una fina lágrima rodó por la mejilla

de aquel hombre. Pasó el dorso de su mano sucia por sus ojos enrojecidos tratando de limpiar su dolor y secar su impotencia. Después guardó un silencio tan profundo que, desde los cielos se escuchó gemir a las divinidades y llorar a los dioses.

El comandante puso su brazo sobre su hombro y le acompañó en su pesadumbre y desolación. Supuso que la mayoría de los hombres que se encontraban en este sitio debieron en algún momento de sus vidas haber cometido similares crímenes. Todos, una vez arrestados, eran metidos en este lugar y olvidados hasta que el mal olor de la muerte le señalaba a la guardia que alguien debía desocupar el lugar.

Esta es la suerte que persigue a quienes por un error, una imprudencia o mala fortuna han caído en manos de una legalidad injusta. O cuando la legalidad no actúa porque no conviene que sea aplicada a quienes imponen las leyes. Quienes deben, por su oficio, su moral u obligación, impartir legalidad y se olvidan que existen leyes e imponen el juicio arbitrario de los opresores.

El comandante se sumió en una tristeza incommensurable. Si lo que acaba de escuchar le sucedía a él, estaba sentenciado al olvido en esta mazmorra. Sin embargo, el monarca se enteró, a través de su infinita red de informantes, que el prófugo había sido tomado prisionero. A media tarde, llegó, hasta la celda, un delegado del monarca impuesto seguido de un pelotón de guardias. Ordenó al centinela para que dejaran salir al prófugo. Entonces se produjo una confusión que hubie-

ra sido fácilmente resuelto si las preguntas hubieran sido las correctas. Cuando el delegado ordenó que sacaran al prófugo el centinela no sabía a quién se refería. Por eso, antes de cumplir la orden, le dijo:

—Todos los presentes, señor delegado, están detenidos, ¿cómo puede un prófugo estar prisionero...?

El delegado nunca esperó tal pregunta. Cuando recibió el mandato del monarca impuesto se puso enseguida manos a la obra. Y se hubiese ahorrado la gestión de solicitar un pelotón de guardias si no hubiese sido alertado que, el lugar al que debía visitar era sumamente peligroso.

—Este... —se quedó en silencio un instante, luego prosiguió—: Me ha pedido expresamente el monarca impuesto que se trata de una vieja amistad y que ha ingresado al presidio en la madrugada de hoy...

—En la madrugada ingresaron dos sujetos... ¿A quién de los dos debo liberar...?

El delegado se molestó, pues, supuso que el centinela se le estaba burlando. Así que dispuso que fueran liberados los dos sujetos.

Una vez liberados siguieron al delegado hasta los aposentos del monarca impuesto. En el camino se preguntaban a dónde serían conducidos. Lamentablemente no habían escuchado la orden de liberación, e imaginaron que su condena ya había sido dictada y que sus suertes estaban echadas. Sin embargo, la dirección que tomaban y la forma en que fueron llevados: sin grilletes ni sogas que aten sus cuellos y extremidades, les supu-

so que su destino era diferente. Cuando ingresaron al palacio del monarca impuesto el prófugo codeó a su acompañante y le guiñó el ojo. Sabían que estaban a salvo.

Una vez que se encontraron frente al soberano el delegado levantó la mano derecha, juntó sus talones y saludo al monarca: ¡Hola Rey! ¡Misión cumplida! Los prisioneros estaban ubicados detrás del delegado y apenas se les veía sus túnicas. Entonces el delegado dio un paso al costado y las figuras maltrechas y malolientes de los dos presidiarios se hicieron evidentes a la vista del soberano. El monarca impuesto no pudo contener la emoción de ver a su amigo. Había transcurrido solamente algunos días y ya le extrañaba como enamorado a su fiel amante. Dejando su trono y corona corrió presuroso para abrazarlo. Y fue en este instante en que el delegado supo quién debía ser el liberado. Mientras el monarca impuesto y el prófugo se abrazaban cálidamente, el delegado asió los brazos del comandante desde atrás y dio una orden a los guardias, con una particular señal de sus ojos, para que enseguida fuera inutilizado. Los guardias aprisionaron al comandante quien no hizo la menor resistencia. El prófugo, viendo lo que pasaba a su alrededor, le comentó al monarca impuesto que quien le acompañaba era un amigo y le rogó que también le dejara en libertad. El monarca preguntó:

—¿Y no es éste de quién la gente dice que será su libertador...?

—No soy un libertador, soy un... —Respondió el comandante sin que la pregunta estuviera dirigida a él; sin embargo, fue interrumpido por el prófugo, quién contestó por él:

—La gente anda inventándose cada cosa... —dijo el prófugo.

—Cuando el río suena piedras trae... —comentó el monarca impuesto—. Para saber realmente si es o no un libertador, preguntémosle a él mismo. Entonces se dirigió al sitio donde estaba aprisionado y mirándole a los ojos, inquirió:

—¿Es verdad lo que la gente viene diciendo sobre ti...?

—Es lo que la gente dice... La voz del pueblo es la voz...

—¡Atrevido! —el monarca impuesto le lanzó una fuerte bofetada antes de que terminara la frase—. Me importa un comino lo que la gente piense o deje de pensar... Me importa si tú, muégano de mierda, te crees el libertador...

El comandante miró con furia al monarca impuesto mientras se sobaba la mejilla para aliviar el dolor. Luego, miro al piso reluciente y se quedó en silencio. Entonces el soberano ordenó al delegado que levantara el rostro del supuesto libertador, y cuando lo tuvo levantado le dijo:

—Si tú crees ser el justiciero del pueblo y dices ser el libertador, ¿qué es la libertad? ¿De qué quieres liberar al pueblo?

El comandante estuvo esperando éstas preguntas, por tanto, apenas las escuchó dibujó en su rostro una leve sonrisa. No obstante, lo hizo con tal disimulo para que el monarca impuesto no pensara que se estaba burlando de él. Para empezar su perorata hubiese querido sorber algún bocado de vino u horchata para aclarar su voz. Pero sabía de sobra que obtener ese anhelo era tan imposible como vivir en el fondo de la mar. Tragó saliva, carraspeó e inició su respuesta:

—No me considero justiciero de nada ni de nadie... La situación en la que vivimos está dada o impuesta por el poder y, si no nos doblegamos al imperio, ese poder nos aniquila sin contemplaciones. La historia de la humanidad está plagada de muchas leyendas sobre esta realidad. Cada vez que los hombres no cumplían con lo que les dictaba el poder, les caía fuego del cielo, se les inundaban sus terrenos, se les desecaban los campos... es decir la paga de la desobediencia era la muerte. Si no cumples lo impuesto, mueres. Así de trivial y cruel era y es el escenario en el cual nos desenvolvemos. Siglos tras siglos la humanidad se ha comportado de esa manera y el más fuerte siempre impondrá la ley con la que quiere dominar. Entonces, para imponer su capricho, el imperio dicta las leyes que cumplan ese propósito, o sea, impone su voluntad. Dicho de otra manera, la voluntad del poder está disfrazada en las leyes imperantes. Las leyes no son más que el instrumento mediante el cual el pueblo cumple los designios del poder.

El monarca que muy poco había cavilado sobre estos temas escuchaba con atención la perorata. Hace algún tiempo, cuando él fue designado como monarca, había jurado cumplir y hacer cumplir las leyes. Esas leyes eran el soporte para la estabilidad y el convivir pacífico de los pueblos, ¿cómo es que ahora, éste líder, me sale que son impuestas para favorecer a la voluntad de un poder? Notando que el comandante se tomaba un respiro, intervino:

—No has respondido a mí pregunta... Pero he escuchado con suma atención tus reflexiones. Ahora, déjame decirte —pronunció estas palabras como si estuviera aconsejando a un hijo—, estás totalmente equivocado, tan equivocado como un camarón en medio del desierto. Las leyes, desde un inicio de la humanidad, no están para satisfacer caprichos de los monarcas sino para ordenar los comportamientos de los pueblos. Déjame decirte, chiquillo, —aquí, lo hizo de una manera despectiva como si se tratara de un muchacho malcriado— si un pueblo está procediendo de una manera extraña los legisladores tiene la obligación moral de dictar las leyes que regulen ese comportamiento. Las leyes son necesarias para que una sociedad no actúe en contra de sus miembros...

—No en todos los casos... —el comandante tuvo el atrevimiento de interrumpirlo— No en todas la sociedades. Sucede que las leyes son el camuflaje de lo que el poder quiere. Nos hacen creer que es para nuestro bienestar, pero es solo una ilusión. Platón veía sombras

dentro de su caverna y una de las sombras era justamente las leyes... Podemos discutir este asunto hasta el final de nuestros tiempos... y al final veremos que la frontera entre la regulación del quehacer de las sociedades y sus miembros y el capricho del soberano es muy sutil, casi imperceptible... Debo aceptar que, en muchas sociedades, cuando el nivel de consciencia es elevado, las leyes son dictadas para lograr el bienestar de los ciudadanos, sin embargo, en otras sociedades, es evidente que las leyes fueron dictadas porque el soberano así lo dispuso para satisfacer su capricho o voluntad... —hizo una pausa para tomar aliento, luego concluyó—: Nadie puede intuir las intenciones que tuvo el soberano al dictar una ley... pero siempre se puede calificar los resultados... Ya lo dijo un sabio profeta: Por sus frutos los conoceréis...

El monarca impuesto quedose pensativo masti-cando suavemente las últimas palabras del comandante... Existía mucha verdad en lo que decía, pero le quedó un sabor agridulce en su boca. Necesitaba de un postre para compensar completamente a su exigente paladar. Hubiera querido retomar el tema y profundizar en algunos asuntos, sin embargo no dijo nada y guardó en su mente la esperanza de volver en el futuro a tocar el tema...

Por unos segundos, un silencio profundo se alojó en el lugar y se pudo escuchar el gemido lastimero de los prisioneros. Los sonidos llegaban en oleadas, rozaban los oídos de los presentes, los estremecía, los lasti-

maba, y luego se alejaban dejando una huella imborrable en sus almas.

En el momento que la ola golpeó el espíritu del monarca, éste sintió una necesidad irresistible de llenar sus pulmones de aire fresco. Se aproximó a la puerta de ingreso y respiró profundamente. El oxígeno del campo se acomodó en sus entrañas, subió hasta su cabeza y fue desalojando los pensamientos que habían estado germinando desde tiempos inmemoriales. Aquellas ideas extrañas encendieron, en su espíritu, una luz de alerta que le hizo presumir que algo, no sabía qué, perjudicial estaba por ocurrir. No distinguió la diferencia de ese sentimiento, si era por solidaridad o era venganza. Pero se adaptó fácilmente a sus intenciones. Con el cerebro embotado le exigió al comandante que prosiguiera con su defensa.

—Ya habéis escuchado que las leyes son impuestas por el poder para satisfacer sus trogloditas deseos... Por eso cuando me preguntáis sobre la libertad no puedo sino definirla en ese ámbito.

—¿En cuál ámbito...? —Intervino el prófugo. Él siempre se había considerado fuera del círculo. Pero no porque lo hubieran expulsado, sino porque fue por su propia iniciativa que él había fugado. Aunque ya no recordaba el mal que había cometido, en su conciencia guardaba la pesadilla de su acción, era como una visión lejana, casi perdido en su memoria; aunque, en ciertas noches, regresaba para perturbarle el sueño.

—En el mundo donde imperan las leyes. En los tiempos cuando aún no dominaban las leyes podemos tener otro concepto de la libertad.

—¿Dos conceptos de libertad dependiendo del lugar en donde hemos vivido...?

—Exacto...

—Quieres decir que, los crímenes cometidos antes del imperio de la ley y después de la ley no son iguales...?

—No son iguales... Además, ¿qué catalogamos como crimen cuando en la ley no está establecido como tal...?

—Sí, puede ser... Pero no se aplica en todos los casos... —dijo el monarca y miró de reojo al prófugo—. Matar a una persona será siempre una maldad, haya o no leyes que lo definan como crimen. Y no importa si esa acción tiene o no un castigo tipificado en las leyes...

Esta reflexión hizo vibrar las fibras más íntimas y susceptibles del cuerpo del prófugo. Él recordó que había cometido algo grave y aunque, en ese entonces, no hubieron leyes que lo juzguen, él sabía que había hecho algo malo; su condición natural le había revelado el hecho, pues, no se explica de otra manera del por qué había fugado de la escena del crimen. Todas estas reflexiones le pusieron nervioso y miró con recelo al comandante. Sabía que si descubrían lo que había cometido sería juzgado, ya que, ahora, se encontraba en un lugar donde los hechos de los hombres vivían bajo el poderío de las leyes.

El comandante prosiguió:

—En una sociedad donde rigen las leyes existen dos tipos de libertad: Una, la libertad aparente; y dos, la libertad real.

—¿Libertad aparente...? —inquirió el monarca.

—A la libertad no la podemos generalizar. No es general, pues, no es única y no todas contienen los elementos que definen esa condición de libres. Una condición, por cierto, utópica de los seres humanos. Veamos: Todos los que nacemos dentro de una sociedad ya estamos siendo influidos por esa circunstancia. No solo en el nacer sino en el transcurso de toda la vida. Es decir, nada más nacer ya lo hacemos en una libertad aparente. Nuestros actos que los consideramos libres, inclúyanse los pensamientos, nunca serán libres en su totalidad, pues, estarán cargados de la herencia genética, de las costumbres ancestrales, de la familia, de la sociedad en la que nos criamos, de la religión que profesan nuestros padres... y en definitiva, por todo lo que nos rodeará en el transcurso de la vida. Podemos decir que estamos, o que somos, libres pero ésta libertad es sólo aparente, pues todo lo que pensamos, hacemos y dejamos de hacer está influenciado por el entorno. Nada de lo que forjamos es un producto genuino. Si creemos que nada nos mueve a pensar de una u otra manera es porque vivimos ciegos de la realidad circundante. Todos nuestros actos están viciados por algo.

>>He dicho que no es única pues toda acción depende del lugar donde esté ubicado. Mi punto de vista

será diferente de otro que se encuentre, adelante, detrás, o a un costado. Menos será si se encuentra al otro lado de la orilla de un río. La libertad para mí será comerme en la cena un emparedado de pernil... y esa libertad estará condicionada a que encuentre el pan y el pernil en el supermercado.

>>Muchos dicen que nuestra libertad termina donde comienza la libertad de los otros... Y es verdad. Cada uno tiene su campo de acción; y este campo está cargado de una infinidad de factores... como he dicho, hasta de nuestra genética. Pero el principal factor influyente para definir una libertad aparente son las leyes de una sociedad. Nadie puede considerarse libre si pesa sobre sus hombros el imperio de la ley. Y menos si son injustas.

—Entonces, ¿todos los que dicen vivir en libertad, o sueñan con ella, lo hacemos sólo de manera aparente...?

—Al parecer es así... Si las leyes me indican que debo comer pan todos los días, entonces la libertad de comer pan es sólo una libertad aparente. Es la ley la que gobierna mi libertad... No soy yo quien vive en libertad...

—¿Y si dejo de comer pan?

—En la ley establecerá los castigos por incumplirlo... Y los castigos me obligaran a comer el pan...

—¿Y si las leyes no establece comer pan... y pruebo un bocado todos los días...?

—Puede haber en la ley la prohibición de comer pan...Y comerlo, igual, sería castigado. Sin embargo, si

no establece un hecho y lo cometo, entonces mi acción ya será un acto de libertad real.

—¿Solamente si no hay ley hay libertad real...?

—Por supuesto... Porque nuestros actos no están sujetos a la voluntad de otros. Al estar fuera del campo de la ley nuestros actos tienen la condición de libertad real... Esa libertad es la que tienen los animales salvajes: acechan, matan y comen lo que su instinto les ordena. Sus actos son libres y no están condicionados por leyes. Nadie regula su caza.

—¿Quién comete un crimen que no esté escrito en la ley es como si no lo hubiera cometido...?

—No. No. ¿Cómo calificar un hecho como crimen si no está escrito en la ley que dicho acto es un crimen? No se puede calificar un acto si éste no está tipificado en las leyes. Pero hay situaciones naturales que no requieren de ley para calificarlos como inhumanos... Dentro de estos actos está el homicidio... matar a una persona, por más que no haya sido escrito en ninguna ley como crimen, siempre será una transgresión a la vida... y por tanto, debe recibir un castigo.

El prófugo, al escuchar la última frase, sintió que le estaban cercando como a una fiera salvaje. Huir del lugar no le iba a resultar fácil. Afrontar un juicio le sería deshonroso. Volverse orate, un demente, era la solución a su conflicto. Saber que no sabe lo que hace porque su raciocinio ha volado hasta los remotos tiempos de su vida, hasta aquellos tiempos en los cuales las acciones humanas estaban guiadas por el instinto de superviven-

cia. Pero, a la verdad, las inculpaciones que se formaron en la mente del prófugo estaban sólo allí. En su cabeza.

Nadie de los presentes sabía nada del pasado de él, por lo que, ninguno tuvo la intención de recriminarle sobre sus errores como tampoco levantar testimonio e iniciarle un juicio por sus crímenes. Su presencia en este interrogatorio fue fortuita; quién realmente estaba siendo acusado y juzgado no era él, era el comandante. Si recordaba él había caído en la redada por equivocación, o mejor dicho, porque los pesquisas no conocían el aspecto físico de quién fuera el comandante. Pero la capacidad de su cerebro no logró procesar toda la información generada en este día. Y se desbordó.

Distraídos como estaban en la discusión, los presentes, no se percataron que el prófugo se había procurado de la espada de uno de los guardias. El soldado no puso objeción a que le fuera arrebatada, pues, consideró que el prófugo haría un uso prudente y racional si las cosas se tornaban difíciles, y más, tratándose de que en el salón estaba presente el hombre más peligroso para los intereses del reino, el temido comandante.

Entonces, para asombro de todos, se abalanzo con el arma con la malévola intención de herir o causar daño a quién le había conducido a este grave conflicto existencial. El comandante con el rabillo del ojo observó que una sombra venía en su encuentro y, en un acto reflejo de protegerse, levantó su brazo izquierdo. Sin embargo, el ataque era furibundo y venía cargado de una fuerza descomunal. La espada atravesó la mano

defensora cercenándole el dedo índice y culminó la embestida en el cuello de la víctima que consiguió separar la cabeza del cuerpo que lo sostenía. Entonces se exhibió el espectáculo más espeluznante y macabro que ojo humano hubiera visto. La cabeza del comandante rodó por el piso reluciente con los ojos desorbitados como queriendo llevarse la imagen del agresor hasta el otro lado de la vida. Un hilo muy fino de existencia perduró en su cerebro y, en ese brevísimo espacio, recordó a su abuelo y le pidió perdón por no haber cumplido bien su tarea. En tanto el cuerpo, sin tener ya el control natural de su cabeza, deambuló de un lado para otro dando pasos erráticos hasta que se desmoronó en el piso. Del cuello brotaba una gran cantidad de sangre que fue salpicando al monarca y a los soldados.

El prófugo con las manos ensangrentadas y manchadas por su segundo crimen se quedó paralizado y miró hacia a todos los lados sin intención de huir. En el salón empezó a recorrer un silencio sepulcral que fue quebrado por un grito desgarrador que el prófugo expulsó con la energía de mil truenos. Este grito levantó a todos los hombres que habían muerto injustamente. En ese grito expulsó toda la rabia acumulada en los cientos de siglos de vivir sin que nadie lo ame. Por el abandono dejado por sus abuelos y padres, por haberlo dejado en el olvido... por ser el prófugo del afecto humano, y ajeno del sentimiento animal... Sin fuerzas dejó caer la espada en el suelo. El sonido que se produjo al chocar contra el mármol ocasionó un eco que volcó las paredes y levantó

la cubierta del palacio. Los guardias no pudieron soportar las imágenes espeluznantes y huyeron despavoridos. El monarca vio estupefacto todo lo ocurrido y movió su cabeza sin comprender lo sucedido. El mundo no se acaba con la muerte de un rebelde, exclamó. Ya aparecerán otros...

PARTE IV

La tarde moría, y unos tímidos y tibios rayos de sol iluminaban las espaldas de un hombre que caminaba errático por las calles desoladas de un pequeño pueblo. La sombra de su cuerpo se proyectaba sobre los adoquines quebrándose en las paredes manchadas de grafitis. Con sus pasos lentos y cansinos parecía que no querer alcanzar ningún lugar. Tal vez no había ese sitio en ninguna parte del mundo. Y si encontrase ese lugar, presumía sería en el confín de la tierra, donde estarían hacinados los malditos y proscritos del universo. Quienquiera que se acercase vería en su rostro una tristeza infinita y un sentimiento de culpabilidad insondable. Sus labios reseco y agrietados, carentes de apaciguar su sed con el agua del perdón, clamaban un sorbo de la bebida de la misericordia. Le dolía su conciencia y dirigió sus pasos en la búsqueda del lugar donde mitigar su culpabilidad. Su figura desapareció al doblar la esquina.

Luego de que el prófugo decapitó al comandante, huyó por el mundo entero buscando un refugio para aplacar su culpa. Subió a los montes más altos y vagabundeo por miles de extensos valles; pasó de ciudad en ciudad y de país en país; migró de un continente a otro y no encontró lugar donde reposar su afligido espíritu. Al girar la esquina se encontró de repente con un rótulo de terciopelo escarlata con letras góticas de marfil, que decía: *La Componenda del Mundo*. La puerta de ingreso

bajo el letrero era de madera desvencijada y varios resquicios dejaban ver el interior del local. Se apreciaba un ambiente cubierto de humo negro y a varios hombres vestidos de rojo, sentados alrededor de una mesa llena de bebidas, que discutían sobre asuntos que desde el sitio donde se encontraba el prófugo no logró descifrar. Tenía intención de pasar de largo, pero cuando cruzó la puerta escuchó una palabra que lo detuvo.

Pacto. ¿De qué pacto de trataba?

Esto intrigó al prófugo y apegó su oreja a la puerta para enterarse más del asunto que discutían en el interior. No logró descubrir más allá de lo que su mentalidad entendía. Sin embargo, su perspicacia le decía que algo se estaba tramando. Su intención era ingresar al recinto, pero, al golpear la puerta delataría su presencia y los conferenciantes podrían desviar la conversación a otro tema; al contrario, si entraba sin anunciarse sería despedido sin piedad. Caviló un momento cuál sería la mejor opción. En buena hambre no hay mal pan, se dijo, y se sentó contra la pared contigua a la puerta; así no llamaría la atención, y sería tomado por algún transeúnte descansando o quizá, por sus ropas raídas y desgastadas, por un pordiosero. Aguzó el oído y sacó de su morral un mendrugo para aparentar que eran uno más de los menesteres que solían apostarse en ese lugar. Mientras masticaba, escucho decir:

—Las creencias están calando en el fondo del pensamiento del pueblo...

—Con el poder en nuestras manos será cuestión de imponer las leyes necesarias para que los seguidores coman de nuestras manos...

El prófugo al escuchar la última frase dio otro mordisco a su reseco pan e imaginó que dentro estarían sirviéndose los más exquisitos majares y bebiendo el mejor de los vinos. En tanto él, daba pequeñas mordidas a su mendrugo para que su fiambre no menguara tan pronto.

Una voz, que le resultó conocida, inició una larga disertación. Aunque él sólo escuchaba retazos de la plática pudo recomponer el meollo del asunto. Desde hace algún tiempo había escuchado, por casualidad, que el imperio buscaba algunos acercamientos con los ancianos. Las atrocidades cometidas a los fieles en épocas pasadas deberían ser enterradas y echadas al olvido. Esto fue lo que escuchó el prófugo:

—Déjenme recapitular nuestra propuesta: Los seguidores del profeta están muy convencidos de que él no tardará en venir... El mismo les ha prometido que llegaría por una segunda ocasión y que, ésta vez, implantaría su reino en estas tierras. Esa promesa se ha divulgado por varias naciones y ha conseguido varios adeptos... Esto nos coloca en una situación difícil.... No sabemos si realmente ocurrirá, aunque sinceramente mi criterio es que nunca lo hará. No obstante, sus mensajes de amor y solidaridad se están regando como mala yerba. Hace un tiempo me contaron una historia en la cual él había anunciado que si una semilla cae en tierra fértil ésta

fructificaría y la cosecha será al mil por uno... Pues bien, los seguidores lo habían interpretado así con sus mensajes y clamaban que, ahora, los que creían en su palabra no sólo eran de cientos sino millones. Es más, nos consta, los discípulos no han dejado de crecer. Por tanto, si dejamos que ésta condición perdure, en poco tiempo estaremos viendo a uno de ellos sentado en el trono de nuestro rey.

—¿A uno de ellos...? No será que vendrá el mismo a posesionarse en vuestro trono. —dijo un anciano de vestido escarlata.

—Uno de ellos... Los muertos, están muertos. —Vio a la concurrencia y continuó con su disertación—: Al llegar ellos al poder nos despojarán de nuestros privilegios y seremos desalojados de vuestros territorios... Ustedes también serán reubicados... Y eso no podemos permitirlo por nada del mundo. No es conveniente para nuestro reino, para nuestro rey, para nuestra corte, para nuestros comerciantes, para nuestros usureros, para nadie... Por eso les propongo un pacto...

—¿Un pacto...?

—Una alianza para evitar que el pueblo llegue al poder... Toda la ideología de sus creencias las hacemos nuestras y las hacemos leyes. Siendo que las leyes son iguales para todos los hombres, las aplicamos para los fieles y no fieles. Con esto: Los infieles tendrán que creer mediante decreto real en la ideología de los creyentes, pues, no hacerlo, constituiría una desobediencia al rey, y eso causará el temor por los castigos que puedan re-

caer en ellos. Los castigos los impondremos en las mismas leyes. Inventaremos todo tipo de puniciones y sanciones que bien podríamos hacerlas reales e imaginarias. Idearemos situaciones dolorosas y condenas eternas. Todo lo maquinaremos de forma que no haya forma de escapar en estas rígidas normas. Por otro lado, la congregación de fieles estará complacida al saber que se ampliará su ideología a toda la población.

—Maquiavélica la propuesta...

—Algún día nacerá ese señor, y nosotros seremos los padres de su pensamiento... ¡Nada mejor se ha ideado hasta el momento...! ¡Díganme ustedes! El imperio unido a la caterva eclesial en un solo grupo para defender al poder, para privilegiar las castas y, de una vez por todas, derrotar al libre pensamiento y eliminar la subversión. ¿Qué más se puede pedir? Si esta propuesta no es acogida por los señores de las vestimentas escarlatas, pues, reculo mis palabras e iré a buscar alianzas con las divinidades del Olimpo.

—¿Olimpo?

—Esos dioses creerán en mis palabras y verán que la idea es tan grandiosa como los monstruos marinos que habitan más allá de la mar... Neptuno y Poseidón brincarán contentos sobre las aguas profundas de su reino y serán ellos los únicos reinantes en el imaginario popular. Las loas y las honras germinará en las mentes lúcidas de los poetas y los cánticos sublimes de alabanza se dispondrán para elogiar su grandeza y glorificar la protección que nos cobija. Y los mortales erigirán

monumentos y estatuas de oro y plata en su honor y gloria. Y sus fieles construirán palacios fastuosos para adorar sus imágenes. Y ellos nos proveerán una vida llena de manjares y miel. Ellos vencerán a la muerte eterna y el hades será un paraíso de gozosos placeres mundanos...

Los ancianos vestidos de escarlata no daban crédito a lo que decía el imperio. Si un pacto con el imperio llevaría a su dios a semejantes sitios, bien valía apostar para que se conjuguen los poderes materiales y celestiales. Se miraron unos a otros con aires de incredulidad. El más viejo, haciendo una venia, hizo uso de la palabra e indicó al imperio que requerían de un momento para conciliar la propuesta. El imperio se quedó perplejo ante semejante desatino, sin embargo, a regañadientes, aceptó salir del recinto para que los prelados dilucidaran su respuesta.

Cuando el imperio salió fuera del salón encontró al prófugo masticando su mendrugo de pan. Al verle no le reconoció e hizo un ademán despectivo como si se tratase de una cucaracha. El prófugo quedose mirándole un instante para recordar sus facciones, pero estas habían cambiado. Los años habían pasado y un infinito número de arrugas surcaban la piel cetrina del monarca. No sintió rencor por el olvido, antes bien, de su corazón emergió un sentimiento de compasión y lástima por aquel hombre abatido por la ambición y la presunción. Su cara, también, debía haber sufrido fuertes afectaciones por los crímenes cometidos, y creyó justo absolver al

monarca de todas sus crueldades. Mejor así, se dijo, y esperó que desde el interior emane el llamado a la conciliación.

Por las rendijas de la puerta, al principio, en pequeñas bocanadas emergió un humo blanco impregnado con un olor fragante a incienso. A los dos personajes les llamó poco la atención y dejaron que el fenómeno continuará sin mayores aspavientos. Ambos presumieron que debíase a que los ancianos invocaban a los cortes celestiales para recibir la iluminación divina. Dentro de un corto tiempo la humareda se hizo abundante, entonces se apresuraron a empujar la puerta violentamente para evitar la asfixia de quienes dilucidaban en el interior. La nube blanquecina emergió repentinamente y golpeó el rostro del imperio y del prófugo. El olfato refinado del imperio le dijo que habían llegado a un consenso. Colándose el prófugo al cortejo ingresaron y notaron las caras felices de los vestidos de escarlata. Cuando se acercaron a ellos se confundieron en un solo abrazo. Se había consumado el pacto. Todo se ha consumado, dijo el prófugo.

Fue en el instante en que el prófugo abrazó al anciano mayor cuando le susurró al oído:

—¿Y todos los crímenes cometidos contra los fieles fueron perdonados?

El anciano se apartó, soltándose bruscamente de los brazos del prófugo. Le miró a los ojos y se pilló que él haya ingresado subrepticamente. Le tomó del brazo y le

condujo a un rincón apartado de la taberna. En vos balbuciente, le dijo:

—Lo que voy a confesarte no puedes divulgar a los historiadores... Esa historia la volveremos leyenda con las leyes... Se convertirá en un mito lejano y, por los siglos de los siglos, la humanidad la olvidará... El tiempo se encargará de echar fertilizante sobre los cadáveres y sobre ellos nacerán las futuras generaciones...

—¿Echar tierra sobre nuestros mártires...?

—La historia de la humanidad está repleta de acontecimientos similares... La independencia de los pueblos se ha levantado sobre la sangre derramada de los llamados héroes... las revoluciones se erigen sobre los cadáveres muertos en las revueltas... el credo de millones de personas se asienta en el símbolo de la expiración y el sacrificio... la riqueza está cimentada en el fallecimiento de sus ancestros... Y la paz descansa victoriosa encima de montañas de fusiles...

—¿Y olvidaremos a nuestros muertos...?

—¡Nunca...! ¡Jamás! El sudor y la sangre vertida por nuestros padres en las lides emancipadoras no podrá, nunca, hacerse en vano...

—Pero te escuché decir que con las leyes convertirás en leyenda la memoria de nuestros ancestros...

—Es el precio que debemos pagar para continuar con nuestra historia... con la vida —Meditó un momento, y concluyó—: Todo tiene su precio... Así es la vida.

—¿Así...?



El pueblo se encontraba apostado fuera del palacio esperando las últimas órdenes para emprender la conversión de los infieles. Muchos comentaban, entre ellos el prófugo, que el poder celestial había acertado al permitir la unión del imperio con los ancianos eclesiales. Sin embargo, los ancianos debían aceptar lo que ellos, el imperio, decidieran y cumplir, a raja tabla, con sus santos mandatos. Muchos no estaban en condiciones para iniciar semejante propósito. Sus escuálidos recursos no serían suficientes para invertir en tan loables intenciones del concilio. No obstante, dentro del palacio se cocinaban los designios de las órdenes divinas y los hombres ilustres las condimentaban con el cilantro y el perejil para disimular el fuerte sabor que emanaban de los componentes del puchero. El fiambre, una vez servido en los tableros comunales, debía ser tragado por el pueblo so pena de ser condenado a la inanición o a que los vigilantes, con sus lanzas y espadas, embutieran las tripas carentes del alimento espiritual. En eso dilucidaban entre las cuatro paredes del concilio.

Quién ocupaba el lugar prominente del salón estaba togado de una capa blanca, de una blancura impoluta como copos de nieve recién caídos. La túnica, en parte central de su pecho se encontraba bordada, con hilos de oro y plata, un símbolo parecido al de los barcos piratas: dos fémures cruzados y coronados de una aureola de espinas punzantes. Inició los parlamentos con

una intervención muy corta, —a la verdad era muy parco en sus palabras y sus conversaciones se limitaban a dictar mandatos monosílabos— lo que dio a entender que no estaba para elucubrar en las disposiciones. Todos los dictámenes ya habían sido tomados por las huestes imperiales y lo que se discutiría serían algunos detalles superfluos.

—El tiempo apremia. No tenemos mucho que discutir. El mes próximo marcharemos en busca de las reliquias de nuestros mártires. Símbolos sagrados que pondremos en los templos. Para su adoración. Cientos de soldados. Cientos de caballos. Todos armados hasta los dientes. El pueblo debe acompañarnos. Entregar sus joyas y tesoros. Y si no tienen riquezas, sus hijos.

—¿Y cuándo partiría el primer batallón...?

—Mes siguiente...

La simplicidad de las órdenes disgustó a muchos de los ancianos que levantaron un murmullo por todo el recinto. Los más atrevidos rasgaron sus vestidos en señal de desacuerdo; otros mostraron sus pechos lampiños manifestando que prefieren entregar su corazón que arriesgar sus fortunas en tan osada aventura. Ante tanta ridiculez de sus colegas el consejero de la corte eclesial codeó a su jefe para que interviniera y calmara los ánimos. El monarca eclesial se apoyó en los brazos de su sillón, se incorporó y levantando sus brazos calmó a los revoltosos. Cuando el silencio volvió al salón inició su discurso:

—¡Señores! ¡Señores! —enmudeció un instante y miró a su alrededor para cerciorarse que entre los presentes no estuviera ninguna mujer— ¡Señores! Señores! —Repitió el saludo—. Sus acciones me avergüenzan —observó fijamente a los descamisados—, pues, nuestra dignidad está más allá de unas cuantas palabras. No acabo de entender si el rasgar de sus vestiduras fue provocado por las pocas palabras de nuestro imperio o por el apremio en emprender la reconquista de nuestros símbolos. De una cosa sí estoy seguro... Los recursos para emprender tan magnífica empresa no saldrán de nuestros bolsillos. Todo estará financiado por las escuálidas fortunas de nuestro pueblo. ¿Por qué invertir nuestro patrimonio si las utilidades y lucro serán para los fieles? ¿Acaso la recuperación de las reliquias y su adoración posterior será de beneficio nuestro? No. Todo lo que emprendemos será para que el pueblo supla su carencia de ídolos y dioses. No lo hacemos por nosotros... ¿Quién les ha dicho tal cosa? Nosotros sabemos, ¿lo dudan?, que esos vestigios son eso: ruinas. Pueden tener un valor histórico... pero, nada más que eso. En cambio, el contenido espiritual que emana de esas piezas tiene un valor infinito. Y eso es lo que debemos explotar. Explotar hasta que las mentes y los cerebros de las personas se trituren en mil pedazos y se les reste la capacidad de pensar. Y nos saldrá gratis... El imperio lo ha dicho. Lo repito: Será costeadado por los bienes de la gente. El abastecimiento de víveres lo obtendremos en las requisas de los graneros y silos de los campesinos; las

herraduras y pertrechos obtendremos de las herrerías del pueblo; los jamelgos los confiscaremos en las cabaillerizas; las carretas las construiremos con nuestros obreros... ¿De qué os quejáis? Los jinetes serán los más valerosos guerreros y sus escuderos los mejores soldados. Los muertos, ¿dudáis que habrá?, serán ellos... Nosotros esperaremos, descansando plácidamente en nuestros palacios y moradas, el regreso glorioso de los encomendados, y nos traerán, en cofres del cuero curtido de la bestia, los vestigios sagrados. ¿Qué más queréis? Entonces, ¿por qué esperar más...? Nuestras riquezas alcanzarán los mismos cielos como en su tiempo alcanzó la torre de la confusión de las lenguas...

—¿Confusión de lenguas...? —interrumpió el consejero.

El jefe no le prestó atención y continuó con su conferencia:

—Esas riquezas invertiremos en la construcción de los más suntuosos y majestuosos palacios. Los altares, los sitios en los cuales depositaremos las reliquias, estarán cubiertas de oro puro y adornado de las joyas más brillantes y extravagantes... Nuestros aposentos serán contruidos con la misma madera de las reliquias y nos cobijaremos en las noches frías con las más finas telas de seda y algodón. Nuestro alimento será italiano y nos serviremos en platos traídos de la China... Beberemos de los mejores vinos eucarísticos franceses y las frías madrugadas nos encontrarán cobijados de los cálidos, delicados y suaves brazos de los jóvenes catequis-

tas. Pasearemos por los hermosos jardines de la impunidad y cantaremos las mejores melodías de los genios. Gozaremos y bailaremos hasta el final de los tiempos...

No había terminado su discurso y se escuchó, por toda la sala, un estruendoso aplauso. Los del bando del imperio, también batieron las palmas; pero en algunos de ellos quedó rondando la duda. El más atrevido del equipo, preguntó:

—¿Y nosotros qué ganamos...?

Quién ocupaba el lugar más elevado del salón miraba tranquilo todo el alboroto, y agradeció que uno de su equipo hiciera tal requerimiento.

—Primero debemos enfrentarnos al enemigo... Debemos vencerlo... Reconquistar lo que nos fue hurta-do... Y luego, sólo luego, podremos cantar victoria. —Se acomodó sus vestiduras y se aseguró que el símbolo bordado en su pecho quede a la vista de todos. Se aclaró la voz y exclamó—: ¡Dad la orden para que inicien las requisas de los vivieres, la construcción de las carretas y la expropiación de los jamelgos...! ¡Palabra de rey!

Las órdenes se dictaron y se promulgaron en las misas. En menos de un mes cientos de rocinantes y carromatos estaban listos para ir en busca de su ideal y de la reconquista de su credo. Miles de gentes humildes se apostaron en las riberas de los caminos para ver partir a sus padres y a sus abuelos... Algunas madres lloraban desconsoladas porque, cruzados entre los caballeros valerosos, iban sus pequeños hijos. Todos ellos aún no habían cumplido los doce años y su presencia se perdía

entre las innumerables patas y ruedas... El son acompasado de los tambores retumbó en el cielo y las nubes despejándose dieron paso al sol que enrojeció de espasmo y vergüenza. El polvo levantado por el paso lento de los marchantes cubrió sus cuerpos y se perdieron en el horizonte... Cuando la muchedumbre se esparció, y cada uno corrió a proteger sus sentimientos dentro de sus hogares, unas gotas de lluvia remojaron el paisaje y apaciguó el ánimo de los dioses...



La horda de conquistadores, apostados en la cima de una colina, divisó un caserío asentado en el valle; era el primer pueblo a ser invadido. Entre los frondosos saucos y cientos de buganvillas coloridas, apenas, se asomaban las edificaciones de una sola planta, de paredes blancas y tejados rojizos. Se respiraba un aire de tranquilidad y la claridad del día mostraba un ambiente de sosiego y paz infinita. De las chimeneas surgían hilos grises de humo y sus entechados reflejaban luces multicolores. El paisaje era muy hermoso, tan apacible como le hubieran extraído a un cuento de hadas. Nadie en el pueblo se percató de la presencia de los intrusos. Los pueblerinos estaban en sus labores cotidianas: los viejos habían partido para los campos a cultivar el algodón y el maíz; las mujeres limpiaban y barrían los corrales, cocinaban los granos y cantaban canciones de cuna a sus infantes; los niños jugaban con sus gatos y los carrete

de hilo vacíos; los canes, recostados bajo la sombra del umbral de las puertas, esperaban pacientes el regreso de sus amos; las gallinas piaban y los cuyes garas, alborotados con el gen de la preservación de la especie, buscaban afanosos a su pareja. De los árboles colgaban las papayas y las naranjas, los membrillos y los chamburos, el tomate y el capulí; en el huerto crecía la manzanilla y el toronjil, el ají y el tomillo. La fragancia de los lirios y la canela, del babaco, del siglalón y los geranios inundaba, exquisitamente, el ambiente de almíbar y caramelo.

El capitán de la tropa miró extasiado la campiña y escuchó dentro de su cabeza una voz susurrante que le incitó para que dejara pasar el cáliz de la invasión para otro día. Pero ya había llegado hasta el lugar y tenía que cumplir con el cometido. No era tiempo de arrepentimientos ni de volverse atrás, aunque el aroma del lugar lo haya embriagado y atontado. Alzó su brazo derecho en señal de alistamiento de sus huestes; su mano derecha sostenía una bandera blanca con el mismo símbolo bordado de las capas del clero. El aire flameó el estandarte y espantó a las palomas que circulaban por el lugar. Las aves volaron a esconderse detrás de las colinas temerosas de que los invasores los degüellen y que sus cabezas rueden hasta los patios floridos del pueblo. Apenas, los pájaros, hubieron despejado el ambiente el capitán colocó el blasón en dirección del caserío y, en medio de un griterío atroz, la tropa inició su recorrido bajando la pendiente. Algunos rocinantes tro-

pezaron y resbalaron en el avance, y en el traspiés alcanzaron pronto la sima. Los soldados, sudorosos, no querían quedarse muy atrás y dando brincos sobre las rocas alcanzaron a los jamelgos. Una vez que todos hubieron alcanzado el valle se reunieron en torno al capitán para recibir las indicaciones e instrucciones del plan operativo.

Mientras tanto, la población creyó que la lluvia se avecinaba y que los truenos anunciaban su llegada. Los niños, que habían estado jugando en los patios, entraron de prisa a sus moradas tan asustados como si el diablo hubiera venido a recogerlos. Sus madres y abuelas, viendo sus rostros blancos como la cera y los ojos desorbitados como piedras salientes del río en estiaje, les preguntaron qué había provocado tal impresión. Los niños se quedaron mudos y de sus labios no salió ni una sílaba. Apenas tuvieron acción para mostrar con sus manos la dirección de la calle. Cuando las mujeres salieron a los caminos vieron a la caterva de malandrines que invadían sus propiedades y asaltaban su tranquilidad. Las patas de los soldados y sus fieros animales destruían todo lo que encontraban a su paso; las flores y las plantas medicinales de los jardines caseros se mezclaban con la tierra y se adherían a las suelas y herraduras. El tropel se acercaba amenazante y las mujeres atemorizadas recogieron a los bebés de sus cunas y, a los más grandecitos, les empujaban para alejarse pronto del lugar. Corrieron horrorizadas hasta los montes sin llevarse nada. Biberones y pañales, compotas y tallari-

nes, el ajuar tejido a mano y regalado por la abuela, los mitones y las camisitas, los calzones de la abuela y el ahogapulgas de papa Vicente, la cuchara mama, la olla de barro, la piedra de moler el ají y el ajo, el cordel para tender la ropa, la paila de la fritada, el fogón recién parada la olla, la batea para bañar al niño y el trozo de jabón negro, la plancha de carbón y la ceniza para pelar el mote, la piedra plana de hacer la melcocha, los toctes y la panela, el dulce de higo y la mermelada de mora, la navaja de hacerse la barba el taita... los atados de hierbaluisa y toronjil, y los de hacer la limpia a los huambras, y los pétalos de rosas blancas, y el huevo de hacer el chuca-chuca, y el utilizado para curar el espanto a los guaguas, y la ruda marchita en el dintel de la puerta para espantar a los malos espíritus, las tusas y el maicito recién desgranado, la imagen del patrón Santiago y de la virgencita de la Nube... Todo, todo quedó abandonado en las solariegas casas. La mujeres huían despavoridas del demonio de la conquista.

En tanto, sus hombres, sus bravos hombres, estaban lejos en los trabajos de los hombres y no escucharon nada. No supieron que sus guaguas y sus mujeres estaban llorando de miedo escondidas en las montañas. No pensaron que, en la noche, al llegar a sus casas, ya no encontrarían a sus huambras y no habría a quien acurrucar y apapachar. No. No sabían. Y tampoco estarían sus hembras, ya no tendrían el calor de sus vientres y el sabor de sus senos; no tendrían a sus compañeras para acostarse en las gélidas noches a hacer los

guaguas. No supieron que sus mocosos estarían congelándose en las cúspides andinas...

Los más pequeños colgados en las tetas de sus madres saciaban sus hambres y sus temores. Los mayorcitos, agarrados fuertemente a las faldas y a los anacos de sus mamas, tiritaban por la incertidumbre de su futuro y del presente de sus taitas. Las mujeres, sentadas al filo de las rocas de las lomas, miraban ansiosas el horizonte, esperando ver, entre los bosques y las ramadas espesas, la figura de sus machos; el viento traía sonidos graves del oriente, pero eran de lamentos lejanos, no eran las voces masculinas de sus hombres.

Y llegaron las hordas a las viviendas. Y las encontraron vacías. Vacías de almas humanas. Y vieron las evidencias de la maldad. Las pruebas por las que habían invadido, con saña y crueldad, la campiña. Allí estaban: la ruda y el palo santo. El maligno convivía con ellos y ellos estaban en el deber de limpiar el maleficio del pueblo. El capitán ordenó:

—¡Tomad los objetos! ¡Mostraremos a nuestros ancianos para recibir los consejos sobre castigos que debemos imponer...!

Y los hombres bajaron de sus bestias y guardaron las evidencias de la brujería. Y entraron a las habitaciones de los hechiceros y las ocuparon como si hubieran sido suyas desde siempre. Y comieron su comida, su mazamorra y sus locros, y saciaron su sed con la chicha de jora y la yuca, con el pulcre y el agua de guayusa. Y se acostaron en las cunas mullidas de heno y paja de los

guambras; y con las hachas de los hombres cortaron la leña para alimentar la hoguera, y utilizaron sus sandalias y se vistieron con sus capas y ponchos, y con el sombrero de fieltro dominguero; y en el patio vieron tendidas las enaguas de las mujeres, y lujuriosos acercaron sus narices y apercibieron el aroma de la vida y se extasiaron en las emanaciones de la naturaleza virgen, y estrujaron los corpiños en sus caras. Y el hedor de su vicio impregnó los pisos de tierra y las paredes de adobe y bahareque. Y, satisfechos en su concupiscencia, se quedaron dormidos.

El paso lento, sobre las hojas secas y la tierra húmeda, de los maridos regresando al hogar despertó a los intrusos. La horda intrusa emergió de los aposentos profanados y se apostaron en posición de ataque pisando las cercas vivas de ingreso. Los cuerpos malolientes alertaron a los recién llegados y, sin perder oportunidad, atacaron con sus azadones y palas. Las lanzas y espadas redujeron inmediatamente a los propietarios. Enseguida fueron tomados prisioneros. La resistencia fue inútil; la sangre de muchos parientes y amigos tiñó de escarlata los sembrados de valeriana y manzanilla. Encaadenados y con la soga al cuello fueron conducidos hasta las instalaciones interiores; hasta la cocina donde reposaban los cuchillos y las sartenes, los cucharones y los tenedores. Esos utensilios serían los instrumentos para vaciar la verdad, para extraer la magia de las entrañas de los reclusos. Y empezaron las pesquisas.

—¿Por qué tenéis la ruda...?

—¿Por qué escondéis la valeriana...?

—¿Y el palo santo...?

—¿Y los atados de hierbas...?

—¿Dónde escondéis el fruto de sus hechizos...?

—¿Dónde guardáis al maligno...?

Y no tenían respuesta. No la había. Sus tatarabuelos los habían enseñado.

—¿Y dónde están tus muertos...?

—¿Dónde reposan sus cenizas...?

—¿Dónde han ocultado sus reliquias...?

—¿Qué viento ha esparcido sus recuerdos...?

Y no tenían respuesta. Sus muertos reposaban en las colinas, pero su energía había renacido en las margaritas, en los sauces, en los robles. Y corrían cantarines con las aguas del manantial y el río. Y descansaba en la cúspide de los nevados y en las estribaciones de las cordilleras. Y se volvía fantasma en la niebla y en la garúa de la tarde. Y brillaba con la luna en la noche y refulgía, como el oro recién bruñido, cuando el sol les acariciaba en las mañanas.

Sin embargo, la horda era necia. No entendía el hechizo de los dioses y la magia de la vida. Su ambición por el poder y la gloria era inconmensurable. Y torturaron a sus prisioneros para que fuera revelada la verdad... La verdad... Indagaron amenazantes, con punzantes dagas en los cuellos y flagelaciones hirientes en los genitales de sus víctimas, preguntando reiteradamente por el paradero de las hechiceras y el destino de los hijos engendrados por el maligno.

Y también, la horda era estúpida. No comprendía que la vida es efímera y que ninguna cosa en la tierra sirve para alcanzar la dicha. Que todo, todo, lo puedes tener menos la vida. Porque la única vida que te pertenece no la puedes prolongar provocando la muerte.

Entonces sitiaron al pueblo y, parapetados entre los arbustos, aguardaron a que las mujeres y los niños se aproximaran a sus hogares para tomarles cautivos. Y esperaron por muchos años, más de cincuenta; y no se cansaron de vigilar esperando la rendición. Y lo que quedaron de las familias, de a poco se acostumbraron al embargo y, con inmensas carencias, sobrevivieron al destierro. En tanto sus hombres habían sucumbido al castigo y sus huesos fueron enterrados en fosas comunes esperando que el tiempo borre la huella de la ignominia. Pero de las osamentas florecieron los ideales de la rebeldía y la utopía de la libertad.

Pero, la victoria de los invasores logró mejores frutos. Conquistaron las tierras, y se adueñaron de los rebaños, y se hicieron del oro y de la plata. E impusieron su cultura y su idioma. Y dominaron a sus descendientes. Y fundaron las catedrales y colocaron en los altares a sus mártires y a sus dioses. La diosa lluvia fue expatriada y, en reemplazo, vino el señor de girón; y el dios sol fue expulsado y pusieron en su lugar a un mesías; y desterraron a la Pachamama, a la fértil y llena de hijos y, en su lugar, instalaron a la madre virgen; y todas las divinidades fueron suplantadas por otros dioses, unos dioses extraños, misteriosos, con batas de mujer,

barbados y aureolados de piedad y santidad, deidades ajenas a su realidad y a su cosmovisión.

Y se quedaron a vivir en esas tierras. Porque esas tierras tenían riquezas infinitas en el suelo y bajo el suelo, en el aire y sobre el aire, en el monte y más allá del monte, en el río y bajo el río. Porque de sus entrañas brota un líquido negro que mueve el mundo, porque sus suelos están cubiertos de una selva exótica y mágica.

Porque en el aire habitan millares de pájaros multicolores, y en sus audaces vuelos se remontan a los confines del mundo a contar a sus ancestros el martirio padecido por sus amigos y familiares; y a los ríos han migrado millones de peces fieros, ávidos de carne invasora, sedientos de venganza y deseosos por aplacar la furia de los hijos de los hijos de sus amos naturales. Y sus volcanes vomitan fuego y ceniza candente reclamando la inútil sangre derramada de sus abuelos; y los nevados reflejan al firmamento el alma buena de sus gentes.

Aunque las heridas aún siguen abiertas y el desangre no ha parado; y, aunque las voces callen pacientes, dentro de su cuerpo late ferviente el espíritu de la rebeldía. Y llegará el día, así ha jurado Pachacamac, en que serán revelados los misterios y explotará su voz, su rabia, sus sentimientos y su venganza hasta quebrantar el mar, el aire y los cielos... Hasta recuperar la tierra despojada. Así ha jurado...



Desde la terraza de un enorme edificio, el prófugo, observó una planicie extensa que ocupaba toda la superficie del lugar. Alrededor de este campo se encontraban varios edificios burocráticos todos pintados de un color gris con franjas verticales alternadas de rojo y negro. En cada espacio dejado por las franjas se colgaba pancartas con el símbolo del partido: Una equis con aletas pintadas de rojo sangre encerrado en un círculo gris y una circunferencia de color negro. Sobre la plataforma miles de soldados formaban escuadras de diez filas de diez hombres cada una. Todos marchaban al unísono. Y era sus enemigos. No comprendía, en su mente se le había borrado el viaje, cómo fue que llegó a para a este lugar, ni por qué y desde qué tiempo atrás los marchantes eran sus enemigos. Sin embargo, los sonos marciales retumbaban los cielos y los soldados desfilaban con ardor sublime y en cada paso que golpeaba el pavimento demostraban su fervor sacrosanto al líder. El líder, sentado en el palco ubicado en la parte frontal del edificio, conversaba animadamente con su corte de honor hasta que la tropa llegara hasta su lugar.

Cuando, los soldados, pasaron frente a la tribuna levantaron los brazos en dirección al líder y gritaron su nombre. El líder se puso de pie y levantó su brazo derecho respondiendo al saludo de sus huestes. Los batallones que siguieron en la marcha llevaban, cargados en sus espaldas: fusiles, ametralladoras y cañones. Estos

últimos eran tan pesados que requerían la ayuda de un compañero de menor rango para que la marcha no se detuviera. Muchos iban maquillados y sus caras mostraban tintes de variados colores: rojos, verdes, grises y negros; en las mejillas se mostraba ese extraño símbolo, pero, a diferencia del color de sus rostros, éstas eran amarillas.

Detrás de los soldados en camuflaje les seguían los tanques acorazados con su respectiva misilera en la parte superior. Y cerraba el desfile cientos de tropas llanas conformadas de niños, de entre los doce y dieciséis años, con sus resorteras en los bolsillos. Pero al igual que los soldados mayores, la pasar frente al palco, hicieron el mismo saludo riguroso al líder. En todo el Universo se comentaba que este era el mayor ejército conformado por comandante alguno.

Las tropas desfilantes, de pronto, se detuvieron y corrieron a ubicarse en alguna sombra proyectada por algún árbol y, de ser posible, debajo de algún altavoz. Sabían que desde allí podrían escuchar mejor el mensaje alentador y motivador de su líder. Escucharían sobre los grandes ideales para continuar en la lucha fratricida con sus hermanos sionistas. El discurso estaría cargado de esperanza para lograr, por todos los medios bélicos posibles, ser los únicos en el planeta, claro, por mérito de ser los mejores.

El prófugo miraba sorprendido todo el show y buscó entre sus cosas algún pertrecho para sentarse. No halló nada de utilidad y se sentó en el suelo. Al rato se

escuchó un siseo en toda la zona; Los técnicos estaban poniendo a punto los altavoces. Enseguida se escuchó una voz sencilla, casi tierna, que saludaba a toda la multitud, se parecía a un padre iniciando el discurso del primer cumpleaños de su hija. La voz dulce embriago a los millones de presentes que aguzaron los oídos para no perderse ninguna palabra.

El discurso prosiguió con una breve historia sobre el origen de la humanidad y la lucha por la conservación de las especies. Desde allí dio un brinco a recordar lo que habían profetizado las sectas herméticas, que ellos, su raza, debía ocupar el lugar de los elegidos. El pueblo escogido por los dioses para gobernar el mundo no podían ser aquellos que habían invadido sus territorios, que habían ocupado sus comercios y usurpado sus empresas y, por su reconocida avaricia, habían logrado riquezas inmensas. No. Eso no podían permitirlo. La vanagloria de los intrusos de creerse los descendientes de las divinidades era tan falsa como la tierra de la cual provenían. Ellos no poseían tierras; eran errantes. Hizo memoria que los invasores habían llegado hace muchos años, muertos de hambre, a estas tierras que ahora pretendían adueñarse. Les comentó que en ningún lugar del planeta los querían de vecinos y que, en sus frentes llevaban tatuados el estigma de la deshonra pues sus ancestros habían asesinado al iluminado. Nadie podía evitar el odio a su raza y su linaje...

Con cada frase pronunciada levantaba los ánimos de los oyentes y aumentaba, poco a poco, su volumen.

Los fieles seguidores no apartaban los oídos de los altavoces y sus ojos se extasiaban con solo mirar, aunque sea de lejos, la figura de su líder.

A los intrusos, se escuchó, nuevamente, por los altoparlantes, los acogimos como a parientes, como a conocidos, como a nuestros amigos... y ellos nos han traicionado, se han robado nuestras joyas y nuestros tesoros más apreciados... Alzando la voz dijo: Pronto veremos, por nuestros parques y plazas, a nuestras mujeres caminando felices en sus brazos, y a nuestras hijas paseando alegres con sus hijos... Y nuestros hijos teniendo hijos en las hijas de los usurpadores... Y vociferó: ¡No lo podemos permitir...! ¡No! ¡Una y mil veces no...!

La muchedumbre se puso de pie y prorrumpió en sonoros aplausos y daba vítores de alegría y entusiasmo. Y se levantaron de sus asientos improvisados, de la banca de los parques, del césped amarillo de los parques, de la silla de los hospitales, de la butaca de la oficina, del sillón del auto... y levantaron al cielo los sombreros, las gorras y las bufandas alabando las premisas del líder. Del iluminado, del elegido para franquear su raza, su raza única e indómita. La Algarabía era contagiante y los ecos de la algazara llegaron a las naciones vecinas y a sus habitantes, que también, mostraron simpatía con las ideas del líder.

Lo que el prófugo vio después lo dejó anonadado. No supo si la transformación del espíritu de la gente se debía al encendido discurso del líder o porque en su in-

terior ya vivían y disfrutaban de aquel ideal y él sólo había resucitado ese sentimiento xenofóbico. La gente exigió justicia, pidió a gritos, que fuera saldada con sangre el atrevimiento.

Ante el clamor reivindicatorio del pueblo, el líder ordenó que las armas apuntaran amenazantes a sus malos vecinos. Hacía aquellos con quienes habían convivido, con quienes habían departido sus vivencias y compartido sus comidas. Y después, el prófugo, vio aparecer cientos tanques blindados que recorrieron las calles embargando las propiedades de sus conciudadanos; y los soldados buscaban dentro de las casas a sus antiguos amigos, recientemente envejecidas, para expulsarlos de la patria que los había acogido. Y no había escondrijo donde ocultarse... Y nada estaba oculto para los ojos de líder, pues, la vista de sus fieles eran sus ojos; y la boca y oídos de sus seguidores eran sus mensajeros y sus confidentes, y todos eran cómplices de su afecto privilegiado. De pronto, observó el prófugo, que los amigos y conocidos cruzaban el umbral de la amistad e iban hacia la otra orilla donde eran objeto del odio y la discriminación. Sin saber cómo, se habían convertido en sus enemigos. La semilla de la enemistad floreció y sus frutos alimentaron ciertos comportamientos propios de mentes trastornadas; y sus actos estaban saturados de crueldad inexplicable.

Y empezaron a formarse filas interminables de gentes identificadas por otro símbolo y por un número impregnado indeleblemente en sus brazos. Y les ordena-

ron subirse a los trenes de la expatriación, del exilio, del destierro; y les levaban con rumbo incierto, desconocido, extraño, inverosímil, inhumano; y los escondieron en campos de concentración para ocultar sus rostros y sus nombres de la humanidad; como corderos a su redil fueron llevados hasta los crematorios para extinguir su existencia... Y nadie dijo nada. ¿Nadie sabía nada? ¿Todos estaba de acuerdo? Y luego les llegó la muerte a millones... Nadie sabe cuántos. Y después, sólo después, se despertaron las conciencias y se abrieron los ojos a una realidad desconcertante y terrorífica.

Sin embargo, el eco del odio llegó a retumbar en otros lares, y esos lugares acogieron de buena gana sus mezquindades, por lo que, echando más leña al fuego redoblaron el esfuerzo para exterminar para siempre con los pueblos que se creían inferiores... Y otros pueblos lejanos vieron estupefactos y con horror la desdicha de los sometidos a la barbarie. Y se negaron a creer que tanta maldad pueda albergar el corazón humano. Y el mundo se dividió en dos bandos que lucharon entre si hasta desolar la tierra. Y destruyeron inmisericorde ciudades y pueblos, gentes, animales y plantas. Lo que se pretendía salvar era devastado con bombardeos desde el aire, desde la tierra y desde el subsuelo. Y explotaron las más letales y enérgicas armas creadas, pero nunca imaginadas, por el ser humano; y el hongo de la estupidez humana se levantó a los cielos y mostró al mundo cuan brutal puede ser el hombre contra el hombre. Y, aunque el mundo desfallecía y llegaba al final de su existencia,

en ninguno de los grupos nació la indulgencia. La indulgencia y la misericordia también habían sido alcanzado con un explosivo poderoso y, en medio de un parque desolado, desfalleció junto a miles de palomas.

El prófugo se preguntaba, con bastante incredulidad, si tanto horror había comenzado por un solo hombre. No se lo creía. No entraba en su mente que ese hombre hubiera sido tan poderoso mentalmente para convencer a medio mundo a conquistar al otro medio. No. No se lo creía. Pero la historia ya estaba contada. Los libros impresos así la contaban. Las películas filmadas y los documentales preparados para el efecto ya habían mostrado lo que se debíamos ver y creer. Pero él mantenía una duda...

Luego de tan cruenta conflagración, el prófugo alzó su vista al cielo esperando ver clarificado el firmamento; no obstante, los vapores aún merodeaban y giraban en torno de las nubes y entre ellas se iban formando nuevas figuras con el símbolo de la equis con alitas. En el horizonte pudo observar que esos objetos, siempre que la ocasión lo permitía o cuando no amenazaba lluvia, bajaban a la tierra a causar muchos y más terribles estragos. Parpadeó con el ánimo de que las formas se aparten de su visión, pero eran persistentes e imborrables en la vida y en la mente del hombre. Era tan propio del hombre que se le consideró connatural al ser humano; fue, es y será era parte de su espécimen, se dijo; la guerra lo llevamos en los genes, escuchó, lejanamente, repetir al eco...



Una mañana, apenas sonó el despertador, el prófugo, abrió los ojos a una nueva realidad. La noche había transcurrido con relativa tranquilidad; se había levantado una sola vez cuando sintió que algo le golpeaba la espalda, que resultó ser el producto de la caída del libro con el cual se había quedado dormido. Se desperezó, se calzó sus pantuflas y se dirigió, despabilado, hasta la cocina. Se preparó un café y se sentó a la mesa a saborear la aromática bebida. Cuando hubo terminado su taza caminó hasta la terraza a fumarse un pitillo. Al asomarse al balcón recordó aquel año en el cual, la paz, había sido asesinada en medio del parque junto con varias palomitas amigas. Aun guardaba en su retina las escenas de cientos de trenes, atestados de gente confundida, que se dirigían hasta los lugares más escalofriantes que pudieran imaginar; edificios lúgubres, también colmados de gente confundida, de los cuales emergía un humo negruzco con olor de odio y del sabor ácido de la crueldad; gente confundida que huía despavorida a cualquier parte del mundo, donde no vieran jamás la crucita alada... Movié su cabeza y se quedó mirando el horizonte. Parecía que esos malos sucesos hubieran ocurrido en otra vida, en otra dimensión desconocida del mundo...

Cuando regresó a la habitación su teléfono móvil estaba repicando una simpática cancioncilla. A su me-

moria le vino enseguida los momentos en los cuales caminaba solitario por los predios universitarios de alguna ciudad andina. En esos sitios olorosos a rebeldía y a subversión lo había escuchado por primera vez. Le gustó, y buscó dentro del menú del celular esa música para que dicha melodía le sirva como tono al recibir algún mensaje escrito o de voz. *El pueblo unido jamás será vencido...* le encantaba como se conjugaba la letra con la música en medio del ambiente relajado de su juventud. Al recordar esos momentos, sintió nostalgia de ver a los jóvenes rebelarse al sistema imperante con sus melenas descuidadas, con sus ropas triviales llena de colores psicodélicos, con sus zapatos de tenis y con la figura enigmática de un joven con la barba a medio crecer. Contestó al teléfono y la voz que escuchó al otro lado le pareció conocida. Habían pasado siglos desde que se conocieron pero aún el timbre le resultaba familiar.

Sí. Claro. Cómo no. Está bien. No. La próxima semana puede ser. No. Es urgente. Dónde se origina el problema. En la pobreza. En América Latina. Golpes de Estado. Miseria. Miserables. Desparecidos. Hijos de su madre. Represión. Huelgas. Piedras. Palos. Bombas lacrimógenas. Balas. Presos. Muerte. Hijos de puta...

Se cortó la comunicación y el prófugo salió apresurado de su departamento. Apenas se encontró fuera percibió el ambiente tenso. Y un olor fuerte le picó la nariz. Sacó su pañuelo lo remojó en la pila de ingreso al edificio y se cubrió el rostro. Las calles se encontraban repletas de tanques antimotines. Cientos de estudiantes

universitarios, junto a la gente simple del pueblo, gritaban consignas libertarias y se dirigían hasta el centro de la ciudad. El palacio se ubicaba en la plaza central. La muchedumbre avanzaba y los guardias parapetados detrás de escudos transparentes les impedían el paso. Desde la parte posterior de las protecciones salió disparado un misil que cayó en la acera donde se agolpaba la gente. El humo denso que emergió del artefacto provocó que las gentes se dispersaran mientras tosían a rabiar. Sin embargo, una vez que se hubo disipado el humareda la gente volvió a las embestidas. Los gritos revolucionarios caldeaba la atmósfera ya de por sí saturada de ne-grumo producto de la quema de llantas y gases lacrimógenos. Trozos de adoquines y botellas de vidrio llenas de gasolina con una mecha encendida volaban al bando de los chapas. Se escuchó varios disparos y muchos estudiantes quedaron tendidos en el pavimento mientras el resto huía desbandado.

Cuando el prófugo pretendió acercarse para auxiliar a los caídos vio que varios tanques blindados se acercaban subiendo la pendiente de la calle. Avanzaban a ritmo acelerado hasta el palacio. Varios soldados, vestidos con traje de camuflaje, corrían alrededor con sus metralletas apegadas a su pecho. El prófugo, con más temor que curiosidad, se refugió detrás de los pilares de una casa. Un ruido ensordecedor cruzo por el cielo. Enseguida los aviones se abalanzaron, con premeditación y alevosía, hasta los techos del palacio. Una explosión. Dos explosiones. Tres explosiones. Cuatro explosiones.

Eran tantas que el prófugo perdió la cuenta. Las llamas cubrieron al instante el edificio e iluminaron las caras de los tiranos. Una humareda negruzca inundó el lugar cubriendo la infamia de los usurpadores. Disparos de metralleta por este lado; y de fusil por el otro. Gritos de liberación. Maten al tirano. Maten al Presidente. Toque de queda y toques de trompetas por victorias deshonorosas. Restricciones en el movimiento de la gente y la movilidad general de los ejércitos. El General en movimiento restringido en su cuartel. Estadios repletos de revoltosos y comisariatos vacíos de víveres. La mentira ocupaba el lugar de la verdad; la verdad había perdido su batalla. Desparecidos. Y nuevos aparecidos en el poder. Padres que buscaban a sus hijos en los anuncios clasificados de la prensa; hijos que lloraban la ausencia de sus padres. Fiestas fastuosas inaugurando prisiones clandestinas con show de torturas y flagelaciones. Aeroplanos planeando a ras del mar dejando que sus aguas oculten sus muertos. La vergüenza y la ignorancia quemando el saber de los libros. Es destierro de la cultura y el exilio con la protesta de los cantores. El horror. La crueldad. La maldad.

Cuando se hubo tranquilizado el ambiente, el prófugo, salió de su escondite para atisbar lo que había quedado luego de la masacre. Un pueblo callado vagaba por las calles desiertas; miles de personas sumisas, con sus encorvadas espaldas, esperaban inútilmente que el golpe del tirano no cayera con fuerza. Se habían cerrado, bajo siete llaves, los centros del saber y los jóvenes

escondían bajo las camas sus preciados libros. El saber los hace libres y no conviene que se despierte ese prurito maligno del conocimiento. Las leyes que se habían impuesto convenían a los intereses mezquinos del imperio. Un pueblo que obedece la bota que los aprisiona es un pueblo gobernable. Pero algunos habían ido más lejos y los limpiaban con sus lenguas queriendo encontrar el sabor ácido del dominio y la tiranía. No hay azúcar, no hay arroz... solo hambre y opresión... El prófugo caminó por los edificios destrozados y vio crecer una plantita en medio de un solariego patio. Apenas se veían sus hojitas traspasando el duro cemento. Una nube gris dejó pasar un rayito de luz y le ayudó a crecer...

La semilla de la emancipación había caído en buen terreno, aunque estaba oculto bajo los gruesos suelos de las dictaduras, se había alojado tranquila dentro del espíritu de aquellas personas que aún mantenían viva la utopía de un mundo con justicia social. Y un día despertaron y, armados de resorteras y pistolas de madera, se metieron en los tupidos matorrales de las selvas tropicales para desde allí lanzar su dardos mortíferos al gigante imperial. Los monstruos, devoradores de mujeres, niños y hombres, retiraban con un tinguetazo las flechas envenenadas sin que les causara ningún rasguño. Pero las arremetidas se volvieron frecuentes y sistemáticas y, tanto va el agua al cántaro..., muchas tiranías cayeron. Pero la historia, que siempre ha sido parte del poder, se ha comportado benevolente con las crueldades cometidas, y ha preferido el olvido que el castigo

merecido. Sin embargo, la sangre derramada por conseguir un pedazo de tierra ha clavado, en el alma de las generaciones venideras, miles de cruces.

Fue así que el continente se llenó de grupos subversivos que buscaron en las armas la liberación de sus pueblos. Muchos lograron sus propósitos pero los objetivos quedaron lejos de sus ilusiones, y los monstruos devoradores del capital socavaron los cimientos de los ideales eternos y sublimes, y las pasiones se volvieron quimeras de quinceañera. No encontraron caballero que los acompañe a la ceremonia del baile y al cambio de las chancletas por los zapatos de tacón alto. Y confundieron al lego que sus utopías eran acciones de terror y les cambiaron de nombre. Los esfuerzos aunados de los poderes, de los nuevos poderes de una sociedad, evitaron su progreso y los combatieron con la desinformación, con el consumismo, con el progreso y la contaminación ambiental... Y les dijeron que las acciones eran inhumanas y contaminantes y que sus actividades subversivas estaban en contra de las querencias naturales. Y es irónica la vida y la historia de la humanidad, siendo ellos los destructores de la vida pasaron a ser los defensores de los derechos de nuestra madre tierra. Sin embargo, ni la madre que los parió les cree...

La historia de la humanidad sigue... y sigue sin solución. La maldad será nuestra esencia, lo que nos diferencia de aquellos, los animales, que por millones de años han convivido con nosotros en este planeta. Pero ellos permanecen callados, silenciosos. Saben que no

pueden molestar al hombre. Sin embargo, no quiere decir que con su mutismo se conviertan en cómplices de nuestras maldades. No. Están aprendiendo de los errores ajenos, esperan pacientes nuestra propia destrucción para ellos gobernar el planeta con la bondad y la solidaridad por el resto de los millones de años que aún les queda de existencia. Saben que hemos destruido a muchos, a miles, de sus hermanos durante toda la vida. Pero callan. Lloran quedamente y siguen adelante. Mueven sus cabezas y sus colas en desaprobación. Perdonan. Saben perdonar. Ellos son así. Todo lo perdonan.

Emilato.

Cuenca, 05 de noviembre del 2016.